

5808

SARDOU

Los Íntimos

COMEDIA EN CUATRO ACTOS



MADRID
TIPOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA
26 - Bailén - 26
1891

8

Los Angeles

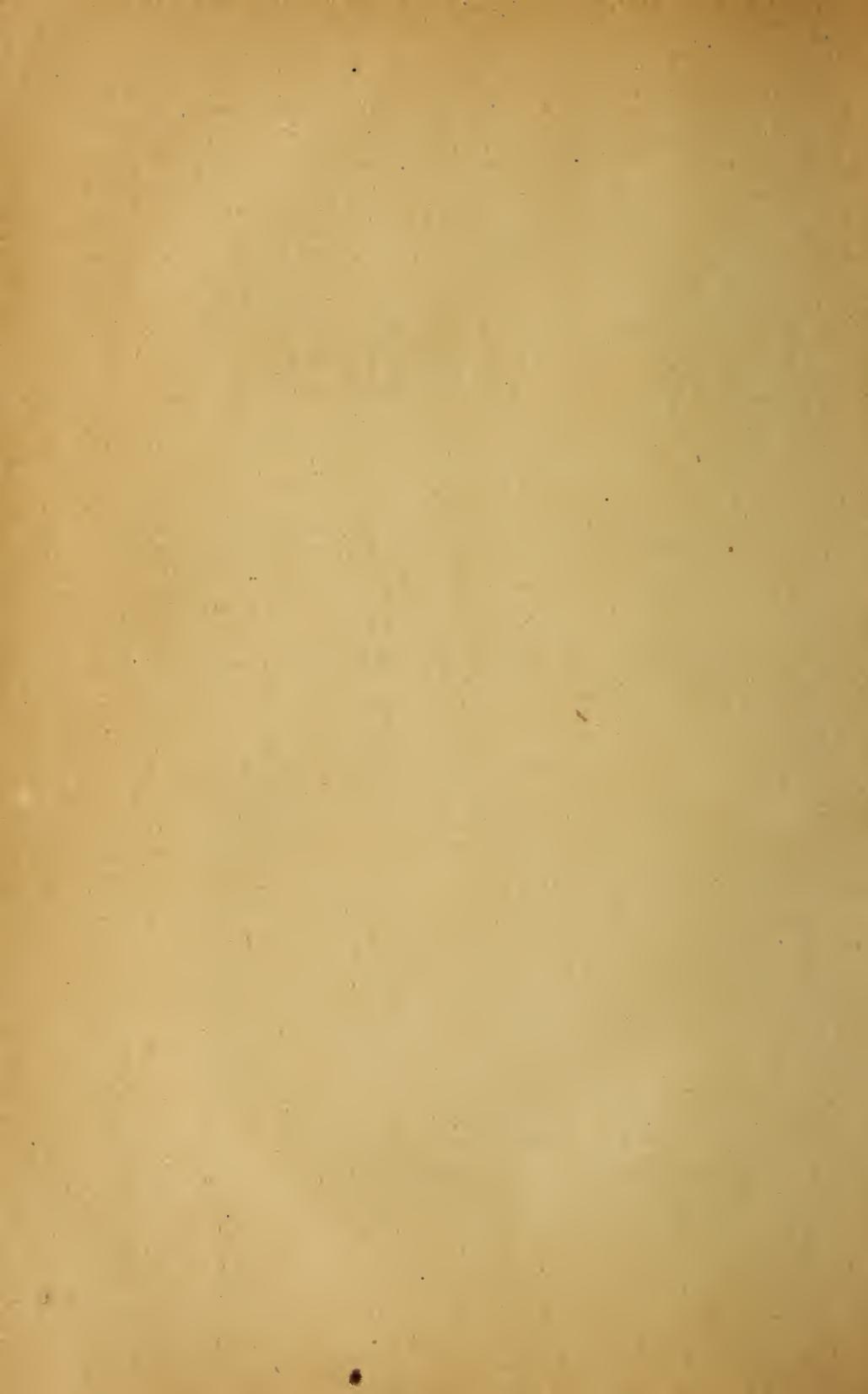
SHIRAZ

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

1000 UNIVERSITY AVENUE

LOS ANGELES

LOS ÍNTIMOS



SARDOU

Los Íntimos

COMEDIA EN CUATRO ACTOS



MADRID
TIPOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA

26 — Bailén — 26

1891

REPARTO

Personajes

Tolosa.
Martín.
Cesáreo.
Mauricio.
Vargas.
Abarca.
Lucas.
Rico.
Un jardinero.
Cecilia.
Blanca.
Señora Vargas.
Rafael.
Juana.
Lorenzo.

Acto primero.

Glorieta enrejada, cuyo fondo da al jardín. A la izquierda, en primer término, el exterior de la casa, puerta con gradas: en el ángulo, á la izquierda, un velador, y en él un servicio completo de refresco, un cuchillo, un limón, etc. En el fondo algunas macetas de flores. A la derecha, hacia delante de la escena, un canapé de jardín, una silla, una mesa, sobre la mesa una cesta de labores y un tomo encuadernado. En segundo término, una consola ú otro mueble, y encima un sombrero de paja y un abanico.

ESCENA PRIMERA

BLANCA Y JUANA

Las dos regando las macetas.

- BLANCA. No dirá mamá que no cuido de sus captus.
- JUANA. Lástima de cuidado para unas plantas tan extrañas y retefeas. Sin embargo, las hay ahora en todas las quintas de buen tono. ¿A Ud. le parecen bonitas, señorita?...
- BLANCA. Ni feas, ni bonitas; pero á mamá le gustan mucho; dice que le recuerdan tanto su país... Ayer las vió en la azotea del jardín y preguntó por qué no estaban aquí en la glorieta. Tempranito las he hecho subir hoy por el jardinero, y ahora, mientras se viste, tendremos tiempo de regar todas las macetas y darle así una sorpresa.
- JUANA. ¡Graciosa sorpresa!...
- BLANCA. ¿Por qué?...
- JUANA. Porque me hace *mucha gracia* oirla hablar á Ud. así de la señora.
- BLANCA. ¿De mamá?... (Pasa á la derecha.)

JUANA. Como que no es su mamá como Ud. la llama... sino su madrastra...

BLANCA. Es verdad; pero era yo tan niña cuando murió mi pobre mamá... y luego, qué me importa que sea mi madrastra, si es también buena y cariñosa conmigo, como madre verdadera. Cuando papá volvió de América, donde fue á rehacer su fortuna, y vino á buscarme al colegio en el que estaba yo desde su partida, al ver aquella hermosa señora, con quien se había casado allá, cogida á su brazo, sentí oprimírseme el corazón y rompí á llorar con honda pena... Entonces, ella me atrajo á sí, con tanta dulzura y cariño, llamándome "hija suya,, que yo me arrojé en sus brazos y la besé, y la besé como si toda la vida hubiera hecho lo mismo... y desde aquel día es muy singular lo que me sucede; mira... antes, cuando pensaba en mi primera mamá, aparecía en seguida á mi mente su imagen querida, con aquellos hermosos ojos azules y aquellos grandes bucles rubios. Ahora, en su lugar, veo á mi segunda madre; y después de tanto tiempo se me figura como si las dos formaran una sola persona; siempre la misma, como si hubiese vuelto á mi lado aquella que se fue...

JUANA. Usted puede figurárselo así; pero lo que es ella, yo le respondo á Ud. que no...

BLANCA. ¿Por qué?...

JUANA. Porque el tener una hija como Ud., significa un aumento de diez años en la edad de la señora, y con sus pretensiones...

BLANCA. ¡Es verdaderamente encantadora!...

JUANA. Al fin criolla; porque es criolla, ¿no es eso, señorita?

BLANCA. Sí.

JUANA. Según me ha contado Lorenzo parece que

era una familia muy rica, que los pleitos se comieron todo el caudal, al extremo que la señora vivía casi en la pobreza con su madre, cuando el padre de Ud., que ya había rehecho su fortuna, pidió su mano, y que ella aceptó, casándose con él por amor... á su madre (á parte) yo hubiera hecho otro tanto.

BLANCA. Hay que confesar, Juana, que había nacido para ser una gran señora. ¡Qué distinción, qué gusto!...

JUANA. (Dejando la regadera y adelantándose hacia la escena.) Mucho que sí; pero de algunos días á esta parte he notado en ella ciertas extrañezas...

BLANCA. ¿En mamá?...

JUANA. Sí, señorita. Me manda una cosa y cinco minutos después ordena lo contrario. Me llama, y cuando me presento, me mira con cierto aire de asombro... La mayor parte del día se lo pasa en un sillón, embelesada, triste, pensativa, levantándose á veces de repente sobresaltada como si ocurriera alguna desgracia en la casa. Vamos que si una tuviera tales genialidades, la despediría por inaguantable.

BLANCA. Papá está ocupado en el jardín todo el santo día, y ella debe fastidiarse de estar sola.

JUANA. Ya he concluído de regar, señorita.

BLANCA. (Va hacia el fondo, mirando hacia el campo.) Descansemos, pues. ¡Qué hermoso día de primavera hace hoy!... Mira que bonitos efectos de luz produce el sol entre el follaje, y qué poético aparece el bosquecillo allá á lo lejos... Qué grato es vivir con un tiempo como este; cómo enagenan y embriagan las dulces armonías de la Naturaleza, ¿no lo sientes tú así?...

JUANA. Forzoso será que embriaguen y turben la vista, ya que Ud. me está hablando del bosquecillo que se encuentra á la derecha, mientras está Ud. mirando hacia la casa del señor de Tolosa, el médico, que se halla precisamente á la izquierda.

BLANCA. (Algo turbada.) ¿Yo?...

JUANA. ¡Pues!...

BLANCA. Me parece que tarda mucho hoy. (Reponiéndose.) Lo digo, como puedes comprender, por nuestro convaleciente.

JUANA. (Arreglando el canapé, la silla, etc.) Ya, ya, así lo entiendo... Pero puede Ud. estar tranquila respecto al convaleciente, señorita; la señora lo cuida con tanta solicitud y esmero que nada deja que desear; buena ocurrencia tuvo de enfermarse en casa el tal don Mauricio...

BLANCA. ¡Pobre joven, se enfermó de repente! Papá lo había hecho venir, casi por fuerza, para enseñarle la nueva quinta que habitamos y procurar distraerle un tanto, porque parece que Mauricio ha sufrido grandes penas. Al levantarnos de la mesa, después de comer, se puso pálido de pronto y cayó casi sin sentido. Llamaron al médico... no estaba en casa... Papá se acordó que aquí cerca vive un amigo de Mauricio, el doctor Tolosa, médico homeópata...

JUANA. (Con intención.) Un joven muy simpático y amable...

BLANCA. Eso es... y que no practica la medicina sino por afición... Corre en su busca, lo trae, y ahí nos tienes con Mauricio en cama, enfermo con fiebre y...

JUANA. Afortunadamente no ha sido cosa grave.

BLANCA. Gracias al doctor Tolosa, que si no...

JUANA. Ahí viene la señora.

BLANCA. ¡Mamá!... ya verás que contenta se pone cuando vea aquí sus captus favoritos. Voy á preparar el golpe de efecto. (Se coloca de modo que tape las macetas.)

ESCENA II

DICHOS Y CECILIA

Cecilia entra por el fondo con la labor en la mano.

CECILIA. ¡Ah! ¡una regadera!... ¿Qué estabas regando?...

BLANCA. Estas macetas...

CECILIA. (Mirando los captus.) ¿Cardos?

BLANCA. ¡Cómo cardos!... no ves que son los captus que tu quieres tanto.

CECILIA. ¡Ah, sí, que feos son!

BLANCA. Y yo que los he estado regando toda la mañana, creyendo darte una sorpresa agradable.

CECILIA. ¿Por mí? ¡pobrecilla! ven, ven acá, deja que te de un beso (La besa.) Estás muy linda hoy, y sabes que se te quiere mucho. ¿No está por aquí Mauricio?

BLANCA. Creo que está con papá.

CECILIA. (A media voz.) ¿Cavando? (Alto.) Juana, vaya Ud. á ver si el señorito Mauricio está en su cuarto (Se acerca á la mesa.)

JUANA. El recadito de siempre (Y entra en la casa.)

ESCENA III

CECILIA Y BLANCA

Cecilia sentándose en el canapé.

CECILIA. ¡Ay, Dios mío, qué calor!... No tiene una ganas para nada.

BLANCA. (Con sorna.) ¡Ah, já! ¿vuelven á salir las famosas zapatillas de papá, que empezaste el año pasado?...

CECILIA. ¡Lengüita larga! ¿Esto es llamarme perezosa, eh?...

- BLANCA. (Pasando por detrás se viene á sentar en el canapé.) Para emprenderla de nuevo con ellas es menester que te aburras aquí mucho, ¿verdad?...
- CECILIA. (A media voz.) ¡Aquí ó en otra parte! (Alto.) ¿Te diviertes mucho tú?
- BLANCA. (Sentada en la banqueta como un niño.) Ya lo creo que sí.
- CECILIA. Feliz tú, hija mía; con tal que estén buenos tus pajaritos y que tengan nuevos capulios las flores, ya estás contenta todo el día. ¡Ah! ¡Dichosa edad la tuya!... También tuve yo un jardín, que me parecía tan grande como el mundo; y regaba mis flores, y hablaba con ellas. ¡Cuánta cavilación en mi cabeza de diez y ocho años! ¡cuánta fantasía y dorados sueños para el porvenir! ¡qué deliciosos viajes por el quimérico país de las ilusiones! (Para sí) hasta que se llega á la realidad, término de la jornada...
- BLANCA. ¿Qué dices?...
- CECILIA. (Volviendo á su labor.) Nada, hija mía, nada; estaba distraída...
- BLANCA. Cá, no es eso; ¿por qué cambias de conversación? ¿Crees acaso que llegará el día de mi aburrimiento?...
- CECILIA. Confío que no llegue nunca.
- BLANCA. ¿Cuando esté casada?...
- CECILIA. Según y conforme, pues eso depende...
- BLANCA. ¿De quién?...
- CECILIA. De tu... de tu carácter de... ¡Qué cosas me haces decir!...
- BLANCA. (Levantándose.) Si no depende más que de mi carácter, estoy completamente tranquila. Para mí, con tal que haga buen tiempo y que salga el sol... ¡Mira, mira que hermoso sol!...
- CECILIA. ¡Para lo que estoy yo haciendo!...
- BLANCA. ¿Quieres venir á pasear por el bosquecillo?

Está tan hermoso...

CECILIA.

¿Sí?...

BLANCA.

O hacia los estanques, ¿quieres?...

CECILIA.

¡Agua dormida!...

BLANCA.

Pues leamos... toma, ahí tienes un libro de papá. (Tomando el libro de encima de la mesa.) *Las bodas de...*

CECILIA.

No, no, nada de bodas.

BLANCA.

¿Sabes que es muy difícil el poder distraerte, mamaita mía, cuando estás de mal humor? ¿Qué tienes hoy? (Acercándose á ella.) ¿qué quieres? ¿qué te hace falta?...

CECILIA.

¡Lo que quiero!... ¡lo que me hace falta!... (Cambiando de tono, acercándose la cesta de la labor.) Pues un poco de lana azul para poder terminar las zapatillas de tu padre.

BLANCA.

Ahí está.

CECILIA.

¿Mauricio?...

BLANCA.

No... Papá (Corre hacia él.)

ESCENA IV

LOS MISMOS Y CESÁREO

Cesáreo en traje de campo, sombrero de jardinero; en una mano un rastrillo y en la otra una cebolla de dalia.

CESÁREO.

Buenos días, hija. (La besa.) Soy un jardinero galante, ¿eh?...

CECILIA.

¡Dios mío, qué facha!

CESÁREO.

(Mirándose satisfecho.) La de un caballero rural. (Va hacia el fondo y deja el rastrillo en el rincón de la izquierda.) ¡No la tiene mejor Gladstone!

CECILIA.

¡Estás atróz!

CESÁREO.

(Con buen humor.) Considera, amiga mía, que todo un agricultor como yo no puede ni debe reparar en las mezquinas consideraciones del adorno de su persona. (Adelantándose á la escena.) Estamos atravesando un momento

decisivo, solemne; faltan brazos para la agricultura; la generosa tierra ve desertar á sus hijos, dejando la labor de los campos por la fabril industria de las ciudades. A nosotros nos toca, pues, corregir el mal y aprovechando la estación propicia trabajar cuanto podamos, para con el ejemplo hacer poblar de nuevo los talados bosques, fertilizar la tierra y devolverla, con los afanes de nuestra vida, la vida y la riqueza que le debemos: como fuente primordial y fecunda, á cuyos dones debe la humanidad todos los innumerables bienes de que disfruta, ya que sin el modesto grano de trigo, injustamente despreciado, no podríamos sacar á la superficie de la tierra el preciado brillante que nos deslumbra. (Viene á terminar su discurso apoyado en la mesa, inclinándose hacia Cecilia.)

CECILIA. (Sonriendo.) No sé dónde te has metido; pero traes un tufillo...

BLANCA. ¡Ay, sí, papá!...

CESÁREO. (Complacido.) Habrá sido al pasar por el estercolero; ya os iréis acostumbrando. ¡Eso es sano, muy sano!... peor será cuando me dedique á cebar gallinas, carneros y cerdos...

BLANCA. ¿Has estado plantando algo?...

CESÁREO. Primero he estado poniendo trampas para cojer á cierto ladronzuelo, que me parece debe ser alguna zorra que anteayer hizo grandes destrozos en el gallinero. Luego he plantado trescientas matas de espuelas de caballero (A Cecilia.), conforme tú deseabas poner alrededor de los cuadros de flores del jardín; pero creo que expuestas al rigor del sol...

CECILIA. ¡Espuelas de caballero!... Me hubiera gustado más resedá.

- CESÁREO. (Desconcertado.) ¡Ah!...
- BLANCA. (A Cesáreo.) Así estamos hoy.
- CESÁREO. ¡Válgame Dios! y yo que creía... En fin, arrancaré las espuelas de caballero y plantaré trescientas matas de reseda; á ver si quedas contenta... (Apercibiendo los captus.) ¿Cómo? ¿mis captus aquí? (Va hacia el fondo y coje la maceta.)
- BLANCA. ¿A qué llamas tu captus?
- CESÁREO. A éste. (Con viveza.) No lo toques.
- BLANCA. ¿Pincha?
- CESÁREO. Pincha mucho y además es de gran mérito. (Se adelanta llevándolo en la mano con solemnidad.) Aquí, donde le ves, hija mía, representa el captus *Cecilia*, especie nueva creada por tu padre, á la cual por galantería he puesto el nombre de tu madre. (Pone la flor en la mesa delante de Cecilia.)
- C. CILIA. ¡Mi nombre! ¿Mi nombre á eso? Te lo prohibo terminantemente; á una cosa tan fea...
- CESÁREO. ¡Muy fea! Precisamente en esto consiste su belleza; habéis de saber que no se ha visto aún ningún captus cuya fealdad iguale á la de éste. Miradlo bien de perfil, así.
- BLANCA. ¡Oh! ¡Es horrible!
- CESÁREO. (Con satisfacción.) Horrible, sí... pero ¡y la flor!... Ya verás la flor mañana cuando se abra; es una extraña combinación del embudo y la alcachofa. Mi vecino el señor de Cortés se va á morir de envidia. (Devuelve el captus á Blanca.)
- BLANCA. ¡Ah! También cultiva... (Lleva la maceta al fondo.)
- CESÁREO. Sí; pero inferiores á éste, lo cual ha sido causa de que tengamos algunas disputas! que se han ido agriando hasta producir una verdadera discordia entre nosotros. No nos hablamos ya y no hay piedra ni basura en

su jardín que no arroje al nuestro. Ahora mismo, esta raíz de dalia, que le devolví, me la ha vuelto á echar y yo se la arrojaré otra vez; pero antes deseo consultar el caso con Mauricio para saber si estoy en mi derecho... ¿por dónde anda?...

CECILIA. (Que se levanta al oír las últimas palabras.) Yo no lo sé. Creía que estaba contigo...

CESÁREO. ¡Conmigo!... No... ¿Por qué le dejáis salir con el sol que hace?...

CECILIA. Pues si eres tú quien le deja salir.

CESÁREO. Un convaleciente... un muchacho sin juicio, un chiquillo... (Llamando.) Mauricio.

JUANA. (En la escalera.) ¡No está en casa, señor. (se retira.)

CESÁREO. Eso es... de seguro que ni siquiera se habrá puesto el sombrero.

BLANCA. ¡Pero por Dios, papá! Aun cuando paseara un poco por el sol... (Cecilia se va hacia el fondo mirando al jardín.)

CESÁREO. El médico se lo tiene prohibido.

BLANCA. Al contrario, papá, se lo ha recomendado...

CESÁREO. Buena garantía, ¡vaya con el doctor! ¡está loco!...

BLANCA. ¡Cómo! ¿que está loco?...

CESÁREO. Pues ya lo creo: con la manía que tiene de mirar el cráneo á la gente y querer adivinar su carácter por el tamaño de la nariz... ¡y su teoría respecto á los hombres que dice comenzaron por ser legumbres primero y animales después!... y luego un homeópata un hombre que no ordena ni sangrías ni purgas, no puede ser buen médico...

BLANCA. Sin embargo, papá, el doctor...

CESÁREO. (Volviéndose.) ¿Qué es eso?... ¿Qué significa defender con tanto calor á ese mediquillo? A propósito: ¡me está pareciendo que viene más por tí que por el enfermo, y quién sabe

si tiene la intención de pedirme tu mano. (Movimiento de Blanca.) Se la negaré: ya lo sabes desde ahora. Además, ese... doctor no es amigo mío. (Cecilia que viene del fondo llega á la escena á la última palabra.)

BLANCA. Papá, yo te aseguro...

CESÁREO. Vamos, que no me gusta. Y pór último, tiene quince años más que tú...

BLANCA. Sin embargo; tú tienes veinte años más que mamá... y... (Cecilia le coje la mano y procura imponerle silencio.)

CESÁREO. ¡Ah!... pero yo es diferente... muy diferente, porque yo... yo... todavía... Tú no puedes comprender esas cosas.

BLANCA. Pero querido papá... (Cecilia vuelve á intervenir.)

CESÁREO. (Apercibiendo el sombrero de paja de Mauricio sobre la consola.) Ves... ahí tienes... ahí está su sombrero; ni siquiera se le ha ocurrido... Imprudente, cojerá una insolación. (Toma el sombrero.) Y luego... yo no quiero más á ese médico, porque... porque no lo quiero. ¡Ea! que no. (Gritando.) ¡Mauricio! ¡eh, Mauricio!.. (Sale corriendo.)

ESCENA V

BLANCA Y CECILIA

CECILIA. Tu padre tiene razón; pareces una niña al lado del doctor Tolosa.

BLANCA. Pero, querida mamá, ¿qué importa eso? siendo feliz...

CECILIA. No serías feliz, créelo.

BLANCA. ¡Queriéndole mucho!

CECILIA. Pronto echarías de ver que no le quieres lo bastante.

BLANCA. Pero, en fin... papá... ¿No le quieres mucho tú á papá?..

CECILIA. ¡Yo!.. Vaya una pregunta.. ¡Qué niña eres. No se puede discutir contigo.

- BLANCA. (Aparte.) No importa; no me doy por vencida... (Alto.) ¡Ah! Ahora sí que es él.
- CECILIA. (Con viveza.) ¿Mauricio?
- BLANCA. Sí, mamá.
- CECILIA. ¡El pobre! Estoy segura que no puede tenerse de pie.
- BLANCA. No, no, que anda muy bien.

ESCENA VI

LOS MISMOS Y MAURICIO

- MAURICIO. (Llega fumando, echando el humo con perfecta beatitud.) Bu... u... uf...
- CECILIA. (Con sorpresa.) ¡Cómo! ¡y fuma Ud.!
- MAURICIO. (Reparando en ella.) Ay, ay...
- BLANCA. ¡Cómo es eso, fumando! ..
- MAURICIO. (Confuso.) Dispensen Uds... si, en efecto, creo que fumo.
- CECILIA. Ya lo creo.
- MAURICIO. Es una prueba que hago, señora, para ver si aún estoy enfermo.
- CECILIA. ¿Una prueba?
- MAURICIO. Sí, señora: generalmente el humo del tabaco es una cosa insoportable para los enfermos y he querido probar si podía fumar sin disgusto.
- BLANCA. {
- CECILIA. (Las dos) ¿Y qué?
- MAURICIO. Que fumo con gusto.
- CECILIA. Un cigarro pase; pero salir con este sol...
- MAURICIO. Tiene Ud. razón; no debía haberme apartado del lado del Ud. (Se adelanta, pasa á la derecha y tira el cigarro.)
- BLANCA. ¡Y papá que lo está buscanso por el jardín (Va hacia el fondo.)
- CECILIA. (A Mauricio.) Viene Ud. sofocado y rojo como una amapola. Tengo que reñirle á Ud. Mauricio. (Mauricio se sienta en el canapé.)

- BLANCA. (Adelantándose.) Pobre papá... con este calor...
- CECILIA. (Creyendo que se refiere á Mauricio.) Eso digo yo; ¡con este calor! De seguro que tiene usted sed.
- MAURICIO. Sí, señora; en efecto.
- CECILIA. Blanca, dame... allí, en el velador.
- BLANCA. Voy mamá. (Mauricio hace como quien se levanta.)
- CECILIA. No, no. estése Ud. quieto... no le permito beber en seguida, no, señor; voy á prepararlo todo.
- BLANCA. (Dándole la bandeja.) Mamá, ¿si advirtiéramos á papá de la vuelta de Mauricio?
- CECILIA. (Poniendo la bandeja encima de la mesa.) ¿Para qué?... No creo que tengan nada que decirle. (A Mauricio.) ¿Ud. no tiene nada que decirle, verdad?
- MAURICIO. Nada absolutamente.
- CECILIA. (A Blanca.) ¿Lo ves?
- BLANCA. Creí... entonces me voy á estudiar el piano. (Entra en la casa.)

ESCENA VII

CECILIA Y MAURICIO

- CECILIA. ¿Cómo se encuentra Ud.?
- MAURICIO. Un poco cansado.
- CECILIA. (Pasando entre la mesa y el canapé, empuja la banqueta á los pies de Mauricio.) Tome Ud. la banqueta, así estará Ud. más cómodo.
- MAURICIO. ¡Por Dios, señora!
- CECILIA. Sea Ud, obediente; aquí no ha de hacer usted su voluntad.
- MAURICIO. Cómo podré jamás expresar á Ud. mi profundo agradecimiento por los cuidados de que me rodea su exquisita amabilidad.
- CECILIA. (Poniendo azúcar en el vaso.) No hablemos de eso.
- MAURICIO. ¡Al contrario! Hablemos de ello... de esa delicada previsión... Verdaderamente es usted quien me ha curado.

- CECILIA. Yo y el médico.
- MAURICIO. Poco fue lo que hizo el médico. Lo que me ha salvado, Cecilia, ha sido la dulce influencia de Ud. Ese misterioso magnetismo de la mujer, que envolviéndonos en inefable caricia, viene á refrescar la abrasada frente, como si pasara agitando sus bienhechoras alas sobre el lecho del dolor el ángel guardián de nuestra vida. (Cecilia va en busca del limón encima del velador, vuelve á la mesa y vierte agua en el vaso.) Sí, Cecilia, abatido y devorado por la fiebre que me consumía; cerrados los ojos y casi sin sentido, así como en delicioso sueño, oía á Ud. ir y venir... hablar bajo... sin más ruido que el chocar de la cucharilla en la taza, ó el suave roce de su vestido, y yo escuchaba, escuchaba embelesado, en aquel misterioso silencio de dulcísima armonía para mí... Luego Ud. me decía bajito: “¿Está Ud. mejor?,” “¿Quiere Ud. tomar algo?,” Y yo me incorporaba para beber, no la insípida tisana que Ud. me ofrecía, sino para absorber mejor el infinito consuelo que penetraba en mi alma, con la dulzura de su voz, de su mirada, de su aliento... con lo cual sentía renacer en mí la salud, la esperanza y la vida.
- CECILIA. (Revolviendo con la cuchara el azúcar en el agua.) Vamos no sea Ud. niño. ¿Se encuentra usted mejor?...
- MAURICIO. (Echándose aire con el pañuelo,) Sí, un poco mejor.
- CECILIA. Me parece que aún tiene Ud. mucho calor. ¿Quiere Ud. un abanico?... (Vuelve á dejar el vaso encima de la mesa, y va hacia la consola por detrás del canapé.) Y luego comete Ud. la imprudencia de salir. ¡Si tuviera Ud. una recaída!
- MAURICIO. ¡Ojalá!
- CECILIA. ¿Cómo? (Tomando el abanico.)

- MAURICIO. Porque así volvería á estar enfermo al cuidado de Ud.; porque sufriría de nuevo esos padecimientos que Ud. sabe cambiar en felicidad... Y yo bendeciría mil veces esa enfermedad que hoy se aleja de mí, llevándose consigo tantos consuelos...
- CECILIA. (Adelantándose.) Bueno, bueno, bueno... ¿Qué es eso? Hágame el obsequio de no decir semejantes tonterías.
- MAURICIO. ¡Ah!... no prive Ud. á quien le debe más que la vida, de la única satisfacción que le queda, el agradecimiento... ese dulcísimo culto del corazón... (Cecilia le da el abanico, él lo coje y permanecen un momento teniéndolo los dos.)
- CECILIA. Que en Ud. ya raya en fanatismo.
- MAURICIO. (Tomando el abanico de modo que su mano roce la de Cecilia.) ¿Qué importa?...
- CECILIA. (Retirando la mano.) Aún tiene Ud. fiebre.
- MAURICIO. ¡Tal vez!
- CECILIA. Así es; un poco de agitación todavía. (Vuelve á la mesa.)
- MAURICIO. ¡Todavía!
- CECILIA. Ud. tiene la culpa.
- MAURICIO. ¿Yo?
- CECILIA. Ya se ve que sí; fumar, salir, agitarse de ese modo; Ud. lo que necesita es descanso y tranquilidad. Ahora comprendo el que se enfermara Ud. de pesar.
- MAURICIO. ¡Cómo! ¡Ud. sabe!...
- CECILIA. (Acabando de hacer la limonada cortando el limón.) Poca cosa. Mi marido es muy discreto; pero me pareció oír algo de ruptura... amores desgraciados ó cosa así, ¿no es eso? Y no sé nada más (esprimiendo el limón.) ¿Tiene usted bastante limón?...
- MAURICIO. Sí, señora. ¿Decía Ud. que un amor?...
- CECILIA. (Sin mirarle.) Yo no, mi marido era quien lo decía.

- MAURICIO. Pues bien, sí; he amado.
- CECILIA. (Con viveza.) Si yo no se lo pregunto á usted. (Pone el vaso delante de Mauricio; toma su labor.)
- MAURICIO. ¡Amé, amé como un loco! ¡Y lo que yo he sufrido, Cecilia!... No, no hay palabras para expresarlo... ¡Adorar á una criatura indigna, vulgar, absurda! Sacrificarle deberes, familia, fortuna... (Cecilia se sienta en la silla á la izquierda del velador.) Y no hallar jamás en ella un pensamiento que fuera eco del mío... jamás esa dulce armonía, esa poesía, esa fusión de dos almas que es la esencia del amor mismo y sin la cual el amor ¿no es cierto? el amor no puede existir.
- CECILIA. ¡Cierto!
- MAURICIO. ¿No es verdad?
- CECILIA. (Algo turbada.) Así lo dicen. Yo no lo sé.
- MAURICIO. (Con los codos en el velador y mirándola dulcemente.) No... ¿está Ud. bien segura de ello?...
- CECILIA. Veo que es Ud. peligroso en la discusión; da usted un giro á las palabras que una deja escapar...
- MAURICIO. (Sin mirarla y jugando con el abanico.) Es que... es muy difícil dejar de hacer ciertas comparaciones entre Ud... y él... ya sabe Ud. á quien me refiero.
- CECILIA. A mi marido... ¿no es por ventura el mejor de los hombres, el más afectuoso y leal... el más estimable?...
- MAURICIO. (Con viveza.) Muy estimable, señora... ¿á quién se lo dice Ud.? Estoy dispuesto á hacer su elogio como amigo suyo que soy; (Con dulzura y cierta timidez.) pero precisamente la amistad me impone el deber de sentir sinceramente que su inteligencia no esté siempre á la altura de su corazón... para comprenderla á usted...
- CECILIA. ¡Es tan bueno!

- MAURICIO. ;Excelente! (La actitud de antes.) Algún tanto prosáico.
- CECILIA. ;Tal vez!
- MAURICIO. (Con sorna.) Vamos á ver, aquí entre los dos... convengamos en que desconoce el verdadero sentido de lo delicado, de lo artístico, de lo sutil.
- CECILIA. (Sonriendo.) Eso sí; pero es tan bueno...
- MAURICIO. Sí, pero la bondad, la bondad...
- CECILIA. Basta de elogios... Aquí el digno de compasión es Ud.; pero felizmente es Ud. joven y pronto se consolará.
- MAURICIO. ;Sólo!... sin un amigo que me anime, que me aconseje, que me sostenga...
- CECILIA. ;Y mi marido?
- MAURICIO. (Con más calor.) ¡Ah, Cecilia! Ud. sabe muy bien que hay ciertas heridas para las cuales la mano del hombre es demasiado dura... Son menester los cuidados suaves y delicados de la mujer... Sólo la dulce amistad de una mujer puede consolarnos de las penas de amor... ¡No tengo ni madre ni hermana! Necesitaría una amiga sincera... mejor aún, para un pobre enfermo como yo, se necesitaría una hermana de la caridad... como Ud.
- CECILIA. ;Como yo?...
- MAURICIO. (De codos sobre la mesa juntas las manos.) ¡Ah! si me atreviera á suplicar á Ud... si Ud. quisiera ser para mí esa hada... ese ángel y... en una palabra, esa amiga de mis sueños...
- CECILIA. Pero, una mujer, no sé hasta qué punto...
- MAURICIO. (Con viveza.) Toda la diferencia consiste en una sola letra: de *amigo*, *amiga*... Además, ¿tiene Ud. acaso el derecho de rehusar este título que tan bien ha justificado?... Como amiga me admitió Ud. en su casa, como amiga me ha cuidado Ud.; como amiga me ha salvado... Ya ve Ud. que tengo iudiscutible

derecho á darle ese título, que me es tan grato pronunciar... y sentiría en el alma que tuviera Ud. motivo para que su delicadeza pudiera ofenderse de oirlo...

CECILIA. No digo que... en realidad... consolarle en sus penas... aconsejarle y reñirle como una hermana mayor, siempre que fuera Ud. sumiso y obediente como un niño. Y á fuerza de cuidados curarle de esa enfermedad del alma como hemos curado la otra... sería una buena acción.

MAURICIO. ¡Seguramente!

CECILIA. Siendo así... no veo... me parece que... porque después de todo no sería más que una amistad, ¿no es eso?... una amistad verdadera.

MAURICIO. Una...

CECILIA. Una amittad de hermanos. (Levantándose y tendiéndola la mano á la inglesa.)

MAURICIO. De la cual nada tendríamos que ocultar.

CECILIA. (Con viveza.) Sin embargo, no lo diremos á nadie; ¡el mundo es tan malo! (Pone la labor en la cesta.)

MAURICIO. A nadie... Qué felicidad. Tendremos nuestros secretos... secretos entre los dos... misterio... miradas de inteligencia... hasta nuestras citas, como dos enamorados...

CECILIA. ¡Oh!

MAURICIO. No tema Ud.; impunemente podríamos hablar de amor sin cuidado alguno ¡está tan lejos de nosotros para oirnos!

CECILIA. (Después de un momento de duda tendiéndole la mano.) Es verdad; muy lejos.

LORENZO. (Dentro de bastidores.) El señor ¡Mauricio está en el salón.

TOLOSA. (Dentro también.) Gracias.

MAURICIO. (Aparte.) Alguien viene. (Se aparta vivamente de Cecilia.) ¡Ah!...

CECILIA. ¿Qué tiene Ud?

- MAURICIO. (Fingiendo desmayarse.) No lo sé... la dicha... la emoción... (Cae en el canapé.)
- CECILIA. ¡Dios mío! ¡se ha desmayado!... Juana... aquí... /

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y TOLOSA

- TOLOSA. (Entra por el fondo.) ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?
- CECILIA. Ay, doctor... venga Ud... no sé que le ha dado de repente.
- TOLOSA. ¡Desmayado!... (Aparte.) Tunante... (Mauricio suspira.)
- CECILIA. (Inquieta) ¿Le oye Ud?...
- TOLOSA. (Escribe en una hoja de su cartera y la arranca.) Si señora; tenga Ud. la bondad de mandar alguien á mi casa que entregue este papel al criado quien dará un frasquito que necesito en seguida.
- CECILIA. (Turbada y conmovida.) Sí, doctor... al momento... Será el calor... mire Ud...
- TOLOSA. Sí, señora, el calor... es un frasco blanco.
- CECILIA. En seguida doctor... ay, Dios mío, ¡qué extraño! estábamos hablando tranquilamente y de pronto... ¿Pero no será nada, verdad?
- TOLOSA. No, señora, no... está encima de mi mesa de escribir.
- CECILIA. La sorpresa... el susto... ¡estoy tan conmovida! es muy natural ¿verdad?
- TOLOSA. Muy natural.
- CECILIA. Sí, sí... Vuelvo al momento... (Váse entrando en la casa.)

ESCENA IX

MAURICIO Y TOLOSA

- TOLOSA. (Tomando el vaso de limonada.) Vamos á ver, abre inmediatamente el ojo derecho (bebiendo.) Y luego el izquierdo (vuelve á beber.) Ahora, de frente, ¡marchen!
- MAURICIO. (Abriendo los ojos.) ¡Te aseguro!

- TOLOSA. (Pasa detrás del canapé.) Vivo, ó te arranco las orejas...
- MAURICIO. (Se pone de pie de un salto.) ¿Eh?...
- TOLOSA. (Apurando el vaso.) Muy bien.
- MAURICIO. Que el demonio te lleve doctor de Barrabás... Imposible estar enfermo contigo... Cree que ha sido un verdadero vértigo... palabra de honor... (Tolosa sin contestarle se pone los lentes y se queda mirándolo con atención.) El sol... la primavera... cuando uno se levanta de una enfermedad... Si ya puedes mirarme... ¿no salgo por ventura de una enfermedad?...
- TOLOSA. (Mirándole siempre.) Sí... Sí... (Continúa saboreando la limonada.)
- MAURICIO. Y de una enfermedad causada por la desesperación de un amor fatal. (Tolosa mirándole siempre.) Prueba de ello aquel escalofrío febril que me entraba cada dos días á las doce... y que no se me quitaba hasta las cinco de la tarde, hora de nuestras citas... Era la fiebre de los recuerdos, la fiebre del pesar, del amor...
- TOLOSA. Sí, la fiebre de los paludes.
- MAURICIO. ¿Cómo?
- TOLOSA. Digo, una terciana palúdica.
- MAURICIO. Qué palúdica ni qué ocho cuartos. Una afeción del alma, efecto de una traición horrible.
- TOLOSA. Una intermitente de la más benigna especie, cogida á orillas del río pescando truchas.
- MAURICIO. ¡Vamos, hombre!
- TOLOSA. Esa era tu dolencia.
- MAURICIO. Vete á paseo... (Pasa á la izquierda.)
- TOLOSA. (Acercándose y tocándole en el hombro.) Querido Mauricio, no se puede negar que eres un joven de mucho mérito; pero tienes un gran defecto, amigo mío, y es el creer que el doctor Tolosa es un topo. Pude serlo en otra

época, en aquella vida anterior... cuando, en diferentes especies, eran animales los hombrés.

MAURICIO. Buena estaría tu vida anterior!...

TOLOSA. Pero aquella existencia, que no quiero recordar, no dejó huella en mi actual individuo y apuesto lo que quieras, á que no eres capaz, á la sola inspección de mi cráneo, de adivinar á qué especie de animales pude pertenecer.

MAURICIO. Ignoro lo que fuiste anteriormente; pero ahora...

TOLOSA. (Cogiéndole la cabeza y poniéndole de perfil.) Mientras que yo con sólo medir, con mi experta mirada, ese cerebro redondeado en el vértice, y desmesuradamente desarrollado en el occipucio, esos ojos vivos y redondos, y esa nariz sólidamente adherida al rostro, por la dilatada expansión de las fosas nasales, puedo descifrar en tu personalidad presente lo que fue tu *bestialidad* pasada.

MAURICIO. ¡Hombre! pues no me desagradaría saber lo que fui.

TOLOSA. No te asustes; fuistes... gorrión.

MAURICIO. ¡Pájaro!

TOLOSA. (Insistiendo.) Gorrión... es decir animal glotón vivo, desvergozado, atrevido, rapaz, y lascivo.

MAURICIO. Gracias...

TOLOSA. (Repitiendo y apoyando.) Y lascivo...

MAURICIO. ¡Ya lo he oído!

TOLOSA. Siendo á la vez el mejor hijo del mundo, aparte de la odiosa manía de colarte siempre en nido ajeno (señala al techo con el bastón.)

MAURICIO. ¡Tolosa!

TOLOSA. Ya ves, el instinto; te reconoces, ¿eh?...

MAURICIO. No sé lo que significa tu gorrión y tus tonterías.

TOLOSA. (Tranquilamente.) Si observaras los pájaros no lo dirías. Mira, sin ir muy lejos; vuelve los ojos hacia esa casa, de seguro que si examinas bien, descubrirás bajo su techo un nido de golondrinas, en el cual se ha deslizado un gorrión errante. Era de noche, una de esas noches de tormenta. El pobre diablo andaba mojado y muerto de frío, caídas y destrozadas las alas, hecho una lástima. Encontró allí excelente acogida, cubierto en la mesa, preferente sitio en el hogar; para él, mullido lecho; para él, el grano más delicado y escogido... Y mientras el caritativo y hospitalario macho sale á recorrer los campos, nuestro convaleciente gorrión, gordo y rozagante, se dedica á contarle á la señora de la casa, sus amarguras y tribulaciones. Ella que tiene buen corazón, se apiada del infeliz... Este llora y gime, ¡pillo! y ella enternecida, con delicada y cariñosa patita enjuga su llanto... Redobla sus lágrimas ¡el muy cocodrilo! y ella entonces procura secarlas con la puntita del ala... desmáyase él... ¡qué hacer!... Ni con la pata... ni con el ala... á ver con el pico... Y el marido vuelve cuando ya está plenamente cerciorada de la eficacia de su remedio.

MAURICIO. (Que escucha de espaldas apoyándose en el canapé, se vuelve.) ¡Cómo! te estás burlando de mí... ¿qué significa eso?

TOLOSA. (Apoyado en el otro lado del canapé.) Nada, ya lo ves... digo que...

MAURICIO. Y de donde sacas tú todo eso que estas contando; ¿dónde lo has visto?

TOLOSA. (Dando golpecitos en la botella con el bastón.) ¿Dónde? Dentro de esa botella... ¡Adorable privilegio de la mujer! En todo lo que hace hay siempre algo que revela su pensamiento. Ya

sea en la bebida que prepara; ó en el par de pantuflas que borda. (Tomando la tapicería de Cecilia.) ¡No se te ha ocurrido nunca considerar filosóficamente las zapatillas de un marido, bordadas por su mujer!... Has observado alguna vez, de la manera como las hebras de lana azul, roja y amarilla, se cruzan, enlazan y mezclan, formando estravagantes dibujos, retorcidas guirnaldas, y rabiosos zis-zas con nudos y cabos sueltos por el revés, que penetran y mortifican.. ¡En cambio... las zapatillas del otro!... ¡Qué suavidad y colorido! ¡qué elegancia en el dibujo, qué mullidos son y qué agradables!... Como acarician el pie!... ¡Y esta limonada, hecha para el *gorrión*! Con qué exquisito cuidado está preparada... qué buen punto tiene... qué limpieza... ni una semilla se vé siquiera en el fondo de la copa... Pregúntale, sin embargo, á Cesáreo ¡cuántas veces ha estado á punto de ahogarse al tomar la suya!...

MAURICIO. (Va hacia el fondo volviendo á bajar hacia la izquierda.) Ya veo á donde quieres ir á parar. Pretendes sacar de mentira verdad, y te vas á llevar chasco, por la sencillísima razón de que no hay nada de lo que supones.

TOLOSA. Pues si no hay nada, ¿por qué te enfadas?

MAURICIO. Me enfado porque comprendo que no pueden ser causa de lo que malicias las atenciones, más ó menos afectuosas, que me hayan dispensado en esta casa. Alguien te ha hablado mal de ella y de mí, y quiero saber quien es, lo exijo.

TOLOSA. ¿Quién? pues ella.

MAURICIO. ¡Ella!

TOLOSA. Y tu también.

MAURICIO. ¡Yo! ¿qué te he dicho?

TOLOSA.

Nada... sino que hace un cuarto de hora que estamos hablando y tu pretendida discreción me ha dicho más de lo que yo necesitaba saber. ¡Te extraña y no lo sospechabas siquiera! Esto consiste en que hay tres clases de confesores, amigo mío: el cura, el juez, y el médico... El cura no llega nunca á saber la verdad, precisamente porque se le dice todo, y porque hay cierta manera de decir las cosas que las disminuye, disminuye, disminuye... El juez llega á saber algo más, porque le mienten y por lo mismo, al mentirle, no tiene que hacer más que volver las mentiras del revés, y por lo que le dicen, sacar en claro lo que le callan. En cuanto al médico ya es otra cosa, llega, ve al enfermo, le hace enseñar la lengua, le golpea en la espalda y en el pecho, saca el reloj, y mientras nos habla de neuralgias gastralgias, etc..., sin sospechar nada el paciente, le contesta, cansancio, fastidio, jaqueca... y cuando el médico vuelve á meterse el reloj en el bolsillo, está enterado de todo lo más mínimo, sin que se lo hayamos dicho, porque si bien nada le decimos, nada tampoco se nos ocurre ocultarle.

MAURICIO.

¡Hola!

TOLOSA.

¿Quiéres ahora que te tome el pulso y vea á qué altura te encuentras de tu fiebre?

MAURICIO.

¿Vamos á ver... adivino?

TOLOSA.

Estás en el tercer período.

MAURICIO.

¡Ya!

TOLOSA.

Ya. Vamos por partes. *Primer período*, ó sea el período sistemático: miradas dulces y ténévolas, encuentros recíprocos é instintivos y apretones de mano, ligeramente prolongados, á la temperatura ordinaria. Este estado se manifestó el lunes por la noche, al inter-

pretar las dos una romanza, durando hasta el miércoles por la mañana, en que comienza el *segundo período*, ó sea el período magnético: Miradas mucho más intensas, con cierta vaguedad en las pupilas... Languidez, rubores fugaces, largos apretones de manos, á la temperatura de treinta y cinco grados, bruscamente interrumpidos, alguna vez, por la dama que retira la mano como si la pusiera en contacto de una pila eléctrica... Este nuevo estado ha venido prolongándose desde el miércoles, hasta la mañana del sábado, es decir, hasta hoy, que, gracias á esta limonada, ha empezado el *tercer período*, caracterizado por ciertos calofríos, desmayos, falsos ó verdaderos, tendencias aereas... solemnes juramentos de permanecer siempre dentro del más puro y desinteresado cariño, sublime y angelical afecto... “Yo seré tu hermana,,...— ¡Sí!— Yo seré tu hermano.— ¡Si! Abuso progresivo de la palabra *amigo... amistad... amistoso... cuya radical es explotada hasta lo infinito, esperando el momento de cambiarle la terminación. Todo esto, va acompañado de miradas interminables, apretones de mano á la temperatura de clavo ardiendo... estado que se prolongará probablemente, como término medio, hasta mañana por la noche, en que entrará el período filosófico-sensual, místico-ardoroso, que pasaréis en estática contemplación de las estrellas, ó mirando los pececillos rojos del estanque... ¿No es eso?...*

MAURICIO.
TOLOSA.

¡Eres el mismísimo demonio!...

Aquí el 'diablo eres tú, seductor de casadas. Antes te conocí en el Paraíso terrenal, detentadora serpiente, cogiendo manzanas con la señora de Cesáreo, rubia entonces... yo

convertido en mosquito impertinente, le picaba en la nariz á Cesáreo, que roncaba como un bendito. ¡Todo ha variado después menos él, que continúa roncando el muy!...

ESCENA X

LOS MISMOS Y CECILIA

Esta viene con el frasco en la mano.

- CECILIA. (Algo sofocada, cansada.) Aquí estoy al fin, doctor.
- MAURICIO. ¿Cómo... Usted?...
- CECILIA. Sí, yo misma he ido á buscarlo. Los criados son tan torpes... ¿Es este el frasco?
- TOLOSA. (Tomándolo.) Este mismo: gracias.

ESCENA XI

LOS MISMOS Y BLANCA

- MAURICIO. ¡Ah, señora, cuanto tengo que agradecer á Ud.! (Va para besar la mano de Cecilia quien le detiene.)
- TOLOSA. (Aparte.) Pero esto es ya del cuarto período... No hay quien les siga á ese paso. (Alto.) Agua, agua, necesitamos agua. (Va hacia la mesa y prepara la medicina.)
- BLANCA. (Dando la vuelta por detrás del canapé mientras Mauricio y Cecilia hablan bajo.) No pida usted mi mano hoy: papá diría que no.
- TOLOSA. (A media voz.) ¡Papá diría que no!
- BLANCA. (Idem.) Y mamá también.
- TOLOSA. (Idem.) También mamá, ¿y por qué?
- BLANCA. (Con viveza.) Porque papá dice que Ud. no es amigo suyo.
- TOLOSA. Como... que no soy... (Para sí y designando á Mauricio.) que no soy... Lo veremos: á terco no me gana nadie.
- BLANCA. Ni á mí tampoco.
- CECILIA. (Volviéndose.) ¿Decía Ud., doctor?

TOLOSA. (Poniendo agua en el vaso con la cuchara.) Dispense Ud., estoy contando.

BLANCA. ¡Chist! que está contando...

(Mauricio, Blanca y Cecilia rodean al doctor y le miran en silencio.)

ESCENA XII

LOS MISMOS Y CESÁREO

CESÁREO. (Entra por el fondo, jadeante, rojo.) Por más que he corrido no lo he podido encontrar... Toma, ¡si está aquí!...

MAURICIO. (Indicándole con la mano.) ¡Chut!...

CESÁREO. ¡Qué!... (A Mauricio.) Estás aquí y dejas que yo... (Mauricio pasa á la derecha.)

CECILIA. (Indicándole á Tolosa.) Calla... que está contando...

CESÁREO. ¡Está contando!... ¿qué cuenta?

TOLOSA. (Echando globulitos en el vaso.) Bueno; una cucharada en seguida y luego una cada hora.

CECILIA. (Tomando el vaso.) Está bien, doctor.

TOLOSA. (Bajo á Mauricio.) No es más que agua, ¡infame!... Es lo que tu necesitas.

MAURICIO. (Riendo.) Sí, sí, tus globulillos... (va hacia el fondo: Cecilia, Blanca y él permanecen en mitad de las tablas durante lo que sigue, Cecilia agita la medicina.)

CESÁREO. (Llevando aparte á Tolosa á la derecha de la escena.) ¿Cómo lo encuentra Ud.?

TOLOSA. Algo agitado.

CESÁREO. ¿Verdad?

TOLOSA. Un poco de excitación: ideas vagas, extravagantes.

CESÁREO. ¡Ah!

TOLOSA. Tendría Ud. que... hacerle dar largos paseos á pie... muy largos...

CESÁREO. ¿Grandes caminatas?...

TOLOSA. Pero lejos, lejos: eso le haría mucho bien á la cabeza, y... á Ud. también.

- CESÁREO. ¡Hombre! ¿sí?..
- TOLOSA. Y sobre todo no dejarlo solo aquí nunca, nunca solo.
- CESÁREO. No, por ese no hay cuidado, está siempre con mi mujer.
- TOLOSA. ¡Ah!... muy bien; entonces me voy tranquilo. (Se dirige á tomar su sombrero.)
- CESÁREO. (Consigo mismo.) Me inquieta la manera de ese doctor... si le hiciera quedar á comer... así le tendríamos á mano en caso que ocurriera alguna novedad.
- TOLOSA. (Saludando á Cecilia.) Señora...
- CESÁREO. ¿Qué es eso, doctor, por qué se marcha Ud.? no, no, Ud. se queda á comer con nosotros, ¡pues no faltaría más!.. (Tolosa mirándole con e trañeza.
- TOLOSA. (Sorprendido.) Dispense Ud.; pero...
- BLANCA. (Pasando por detrás y muy bajito.) Acepte Ud.
- CESÁREO. No puede Ud. negarnos ese gusto, doctor.
- TOLOSA. (Después de echar una mirada á Blanca que le indica que se quede. Entonces acepto.
- BLANCA. (Aparte.) ¡Al fin! (Entra en la casa llevándose la medicina.)

ESCENA XIII

LOS MISMOS. menos BLANCA

- CESÁREO. (A Tolosa que vuelve á adelantarse.) Precisamente esta tarde espero alguien.
- TOLOSA. ¿Espera Ud. alguien?
- CESÁREO. Sí, señor: es decir, espero y no espero. (Cecilia sube por la izquierda; Mauricio, que se habia quedado á la derecha, toma un periódico y con disimulo va á reunirse con Cecilia.) Tengo en el segundo piso de la casa un gabinete azul ló más bonito que puede Ud. imaginarse. Un cuarto para los amigos... Un encanto... No sé si Ud. piensa como yo; pero tener casa de campo sin una habitación para los amigos,

no lo puedo comprender; necesito tener amigos á mi lado, gente de buen humor, caras de pascuas, corazones llenos de vida y contento... En fin, me considero tan feliz que deseo tener siempre cerca alguien que participe de mi felicidad.

TOLOSA. (Mirando á Mauricio y Cecilia que están juntos hablando bajo y señalando á Mauricio.) Ahí tiene usted lo que desea.

CESÁREO. ¿Mauricio? sí; pero eso no basta. Tengo el cuarto vacío... Como se puso enfermo fue preciso arreglarle una cama en el gabinete del primer piso, al alcance de todo lo necesario. (Tolosa que se distrae mirando á Cecilia y Mauricio.) ¿Qué mira Ud.?

TOLOSA. (Haciendo como si se arreglara la corbata.) Nada... sino que este cuello...

CESÁREO. (Arreglándole el cuello y continuando.) Y Ud. no puede figurarse hasta qué punto me contraría ver un cuarto tan bien puesto siempre vacío. Es lo mismo que una muchacha sin novio... y aun una muchacha guapa tiene el recurso... pero mi comparación no es buena.

TOLOSA. ¿No es buena?

CESÁREO. Me dije hace unos días: pues es necesario traer alguien á este cuarto... Tomó el tren, llego á Madrid, y á cada amigo que encuentro le digo: Pero hombre, cómo aquí con este tiempo. Vente á mi quinta de Aranjuez, estarás allí como en tu casa. (Vuelve Tolosa á seguir con la vista á Mauricio y Cecilia que van hacia el jardín.) ¡Ven, no seas tonto: ya verás qué bien lo pasamos!

TOLOSA. Pues ya lo creo que va bien, demasiado bien..

CESÁREO. ¿Qué?

TOLOSA. Que sí, que se está aquí perfectamente.

CESÁREO. Pues hice esa proposición á todos mis ami-

gos: á Martín, amigo mío de la infancia; á Vargas, condiscípulo y amigo; á Carmona, otro amigo que conocí en América. (En esto Mauricio y Cecilia desaparecen á medias en el jardín: Tolosa, sin escuchar á Cesareo que continua sin reparar en nada.) A Valentín, un amigo y compañero de caza. (Buscando á Tolosa á su derecha y le ve á la izquierda.) No... sí, digo bien, compañero de caza.

TOLOSA. ¡Ah! es una gran cosa la caza. Digo, ¡y la pesca!...

CESÁREO. Invité también á los de García, amigos míos muy corrientes, y otro que conocí en la Bolsa hace años...

TOLOSA. (Interrumpiéndole.) Pues, señor, muchos amigos son. ¿Cuántos tiene Ud. así? (Más alto haciendo por interrumpir la conversación de Mauricio y Cecilia.) ¡Sin contar con Mauricio!... (Mauricio se acerca al oír su nombre.)

CESÁREO. Como ese no tengo muchos.

TOLOSA. (Aparte.) Más vale así.

CESÁREO. (Dando golpecitos á Mauricio.) Este es el hijo de un antiguo camarada... Casi lo he visto nacer... Pero aún tengo otros.

TOLOSA. ¡Una docena!

CESÁREO. Sobre unos veinte, por lo menos.

TOLOSA. ¡Veinte! pues ya es número.

CESÁREO. Tengo yo muchas simpatías: apenas trato una persona algunas veces y me agrada su carácter... ¿No le pasa á Ud. lo mismo?

TOLOSA. No, señor.

MAURICIO. A buena parte viene Ud.: un hombre á quien no se le conoce ningún amigo, exceptuándome á mí.

TOLOSA. ¡Y aún!

MAURICIO. Eso es, y aún...

CECILIA. (Que ha venido adelantándose despacio.) Ni un amigo siquiera, ¿por qué?

- TOLOSA. Sencillamente porque no he encontrado á nadie digno de serlo... Su esposo de Ud. se conforma, y hasta es feliz, teniendo un crecido número de ellos. Yo no quisiera más que uno, pero bueno. El señor está por la cantidad, y yo por la calidad.
- CECILIA. ¿Tan difícil es Ud., doctor?
- TOLOSA. Permítame Ud. que le conteste con una pregunta: ¿Ha leído Ud. las fábulas de Filípopolis?
- CECILIA. No.
- TOLOSA. ¡No! (Aparte.) Ni yo tampoco. (Alto.) Por eso no conoce Ud. la que se titula: *El ratón y sus íntimos*.
- CECILIA. ¡*El ratón y sus amigos íntimos!*
- TOLOSA. No, señora: fíjese Ud. bien en la malicia del autor. No dice: *El ratón y sus amigos íntimos*, dice: *El ratón y sus íntimos*, con lo cual no se compromete en nada. Ahora falta averiguar si son amigos ó enemigos esos íntimos del ratón.
- CESÁREO. ¡Hombre!... ¿podría Vd. contarnos esa fábula?
- TOLOSA. Pues señor: Había en cierto lugar un ratón, bonachón y campechano, que solía dar la llave de su corazón á todo el mundo... y tenía amigos... muchos amigos...

ESCENA XIV

LOS MISMOS Y LORENZO

- LORENZO. (Interrumpiendo.) Señor, señor, ahí está un amigo del señor que acaba de llegar en el tren.
- CESÁREO. (Contento.) ¡Un amigo!
- LORENZO. Viene con una señora: aquí están.
(Tolosa pasa á la derecha.)

ESCENA XV

LOS MISMOS, VARGAS Y SU ESPOSA

- CESÁREO. ¡Oh!... ¡si es Vargas y Elisa, su mujer!

- VARGAS. (Desde el fondo.) Somos nosotros. Déjame algunos reales para pagarle al mozo, que no traigo suelto. (El mozo de cordel entra el equipaje ayudado por Lorenzo.)
- CESÁREO. Bravo, bravo; cuanto me place ver que habéis aceptado mi invitación: así me gusta. (Durante este tiempo Lorenzo quita la mesa y la lleva al fondo.)
- VARGAS. Por fuerza hay que acudir á los amigos... si uno quiere respirar un poco... Como que no todos tenemos quintas de recreo como tu...
- ELISA. Querida Cecilia, ¡cuánto me alegro de volver á ver á Ud.! ¡deje que la de un beso!... ¡Siempre tan guapa!... ¡Tan joven siempre!
- TOLOSA. (Aparte á Mauricio.) Ya ves qué finura...
- VARGAS. (Mirándolo todo con envidia.) ¡Qué lujo! ¡vaya uu boato!
- CESÁREO. (A Tolosa y Mauricio.) Permítanme Uds. que les presente á mi amigo Vargas... empleado en Hacienda... compañero mío de estudios.
- VARGAS. ¡De estudios!... lo que estudiaba yo... que tu...
- CESÁREO. En realidad, era yo entonces un holgazán acabado... mientras que este era un estudiante aprovechadísimo.
- VARGAS. Si me hubiesen dicho en aquella época que habías de tener casa en la ciudad y casa de campo antes que yo... En fin, se ven tantas cosas en la vida...
- TOLOSA. (Aparte á Mauricio.) Tampoco se explica mal este ¿eh?
- CECILIA. (A Elisa.) Venga Elisa, venga conmigo.
- CESÁREO. (A Lorenzo.) Oye, en el gabinete azul, ¿eh?
- ELISA. (A su marido.) ¡El gabinete azul!... Cualquiera creería que tienen muchos gabinetes... (se va seguida de Cecilia y Lorenzo.)

ESCENA XVI

TOLOSA, CESÁREO, VARGAS, MAURICIO, después
JUANA, MARTÍN Y RAFAEL

TOLOSA. (A Cesáreo.) ¡Al fin ya está ocupada la famosa habitación!

JUANA. (Desde fuera.) ¡Por aquí, caballeros!

CESÁREO. ¡Más todavía!

MAURICIO. Bravo, esto se llena, se llena...

JUANA. (Precediendo á Martín.) Por aquí.

MARTÍN. (Con aire de mal humor.) ¡Que ya veo donde está la puerta!

CESÁREO. ¡Hola! ¡Martín!

MARTÍN. No se molesten Uds. (A Cesáreo haciéndole tomar el saco de noche.) Toma, aligérame de eso.

CESÁREO. Tengo el gusto de presentar á Uds. á mi antiguo amigo, el Sr. Martín.

MARTÍN. ¡Antiguo amigo! No soy tan viejo todavía... toma, coge también esto (le da el paraguas). Ya sabes que no me gusta molestar; Rafael, dale tu saco, toma... (le da el saco á Cesáreo. Dirigiéndose á Tolosa.) Mi hijo... es tímido y casto como una niña; lo he educado yo... es un ángel!...

(Cesáreo lleva las maletas al fondo y Juana las arrincona en el suelo mientras viene Lorenzo.)

TOLOSA. Dios se lo conserve muchos años.

CESÁREO. (Volviendo alegremente.) Vamos, veo que has cumplido tu palabra.

MARTÍN. Por tí he venido... lo que es por mí... yo no puedo con el campo.

CESÁREO. ¡Hombre, es posible!

MARTÍN. Que no lo puedo soportar. Me apestan los árboles y las flores... me irritan los pájaros con sus cantos... los innumerables bichos incómodos y asquerosos... pero hace tanto tiempo que me estás aburriendo con que venga y traiga al chico... que he dicho al

- fin... vamos allá... Vamos siquiera sea una vez, á ver si así nos deja tranquilos.
- CESÁREO. (Estrechándole la mano.) Gracias por tu amabilidad.
- TOLOSA. (Aparte á Mauriciò.) ¡Vaya una amabilidad!...
- CESÁREO. Sino que ahora digo yo ¿y adónde te meto?
- MARTÍN. ¿Cómo se entiende?
- CESÁREO. ¡Qué diantre!... Como que no te esperaba ya... he dispuesto del gabinete azul para...
- MARTÍN. Y eso qué importa... me das ótro mejor y en paz...
- CESÁREO. Tengo el cuarto color de chocolate, en el segundo piso.
- MARTÍN. (Con una mueca.) ¡Color de chocolate!... Demonio... no debe ser muy alegre...
- CESÁREO. ¿Pero qué?... para dormir...
- MARTÍN. ¡Y yo que no soy afecto al campo!...
- CESÁREO. Sí... pero...
- MARTÍN. Porque para mí, esto no es una excursión de recreo, ni mucho menos. Me aburre más que divierte; así se lo venía diciendo á Rafael durante el camino... ¡molestar á los demás, á mí, que no me gusta molestarme por nadie! Dejar las comodidades de mi casa... mi cama, mi cuarto... y digo, por un cuarto color de chocolate .. Casi estoy por volverme... ¿No es verdad, Rafael, que prefieres que nos volvamos?
- RAFAEL. Sí, papá.
- CESÁREO. Que no.
- MARTÍN. (Dirigiéndose á sus bultos.) Vaya, vámonos.
- CESÁREO. Que no, hombre, que no. Todo puede arreglarse. Vargas te cederá el gabinete azul, ¿no es verdad, Vargas?
- VARGAS. (Llevándolo aparte.) ¡Que no quiero! ¿Por qué tengo que cederle mi cuarto á ese señor? ¿Porque es rico y yo no?
- CESÁREO. Bueno, hombre, bueno; no te enfades: yo le

cederé el mío.

MARTÍN. ¡Para qué tantas molestias!

CESÁREO. Nada de eso: ¡esa sí que es una bonita habitación! con cuarto tocador... amueblada de amarillo... Supongo que no tendrás nada que decir ahora.

MARTÍN. No creas que el amarillo sea un color enteramente de mi gusto; pero, en fin, para no ser molesto (Va para sentarse en el canapé, apartando á Tolosa, que se encuentra delante.) y para que aquí todo el mundo esté...

TOLOSA. A sus anchas.

MARTÍN. A sus anchas... digo... no...

TOLOSA. Sí, sobre todo Ud.

MARTÍN. Eso mismo quería yo decir (A Tolosa.) Siéntese Ud. (Tolosa, excusándose con el gesto.) no... si lo digo porque me molesta mucho tener que levantar la cabeza.

TOLOSA. ¡Ah... bueno! (Se sienta á su lado.)

MARTÍN. Así... ahora estoy mejor... ha de saber Ud. que estoy aquí como en casa de mi hermano. Somos carne y uña, Cesáreo y yo... hemos vivido juntos mucho tiempo.

CESÁREO. Sí: el año sesenta y seis.

MARTÍN. (A Cesáreo.) Siéntate tú también, ven acá: ¿te acuerdas de cuando vivíamos bajo un mismo techo?

CESÁREO. Sí, en mi cuarto.

MARTÍN. No teníamos más que una cama.

CESÁREO. La mía.

MARTÍN. Una sola pipa.

CESÁREO. ¡Mi famosa pipa, en la que fumabas continuamente; porque quien fumaba eras tú!... (Cesáreo, sentado en una silla: Martín y Tolosa en el canapé: Mauricio y Vargas de pie detrás.)

MARTÍN. ¡Entre amigos!...

CESÁREO. Después nos perdimos de vista... éste se fue á provincias, yo me casé y me establecí...

- vino á verme una ó dos veces... sí, una vez, ¿no es eso?...
- MARTÍN. No recuerdo... andabas tú muy ocupado... metido en malos negocios...
- TOLOSA. Y tuvo Ud. miedo de molestarle, ¿eh?
- MARTÍN. Tuve miedo de... eso es... pero siempre acaba uno por encontrarse... tratándose de buenos amigos. (Estrecha la mano de Cesáreo.)
- CESÁREO. Siempre...
- TOLOSA. Sobre todo cuando los negocios le van bien...
- MARTÍN. (Mirándole con recelo.) Cuando hace buenos negocios... no... en fin, en este caso...
- TOLOSA. Se le encuentra mucho más facilmente.
- MARTÍN. ¡Eso es! (A Cesáreo.) ¿Quién es este majadero?

ESCENA XVII

LOS MISMOS, ABARCA, después CECILIA, BLANCA
Y ELISA

- ABARCA. (Tipo brusco medio contraamaestre, medio piloto, patrón de barco costero de Cuba con lío y maleta de mal gusto.) Buenas tardes. ¡Uds. perdonen! (Todos se vuelven á ver.) (Cesáreo se levanta, pasando á la izquierda.) (Más alto.) ¡Dispensensi interrumpo! ¿No es aquí donde vive mi amigo Cesáreo?
- CESÁREO. Según parece, es amigo mío.
- ABARCA. Que son sordos en esta casa. ¡Voto á!...
- CESÁREO. Cuidado con la lengua, que hay señoras. ¿Qué se ofrece? Yo soy el que Ud. busca.
- ABARCA. (Arrojando las botas al suelo y tendiéndole los brazos.) ¡Mil rayos! ¿Eres tú? (Todos se levantan.)
- CESÁREO. ¡Tú!... (Con sorpresa.)
- ABARCA. (Abrazándolo bruscamente.) ¡No se abraza ya á los amigos de los trópicos!
- CESÁREO. ¡Es un amigo del otro mundo!
- TOLOSA. (Aparte.) Tiene amigos en todas partes.
- ABARCA. (Abrazando otra vez á Cesáreo.) Qué, ¿ya no me conoces? ¡Mil centellas!...

- CESÁREO. Sí, sí, ¿cómo no? (Aparte.) Que me ahorquen si... (Alto.) será esa barba.
- ABARCA. (Dándole golpes en el hombro.) No es por alabarla; pero (Acariciándosela.) Vamos, que yo tampoco te hubiera conocido sin la tuya.
- CESÁREO. ¡Barbas yo!
- ABARCA. ¿Dónde meto todo esto? (Va hacia su paquete Vargas, Cesáreo y Tolosa se agrupan hacia delante de la escena á la derecha, Mauricio y Rafael van á ayudar á Abarca á desatar las correas.
- VARGAS. ¡De veras! ¿Es amigo tuyo ese hombre?
- CESÁREO. (Con aire de triste extrañeza.) Qué sé yo... parece que sí... tal vez sea verdad...
- VARGAS. ¿Cómo tal vez?
- CESÁREO. Pues ya lo veis; parece que fuimos muy amigos en América. Lo habré olvidado... dejé allí unos cincuenta amigos.
- MARTÍN. En fin, cómo se llama ese...
- CESÁREO. Qué se yo...
- VARGAS. Si pudiéramos saberlo.
- TOLOSA. Hagan de modo que tenga que decir su nombre.
- CESÁREO. ¡Buena idea!
- MARTÍN. Oye: no le convides á comer... (A Tolosa.) No faltaría más sino que lo sentara á mi lado.
- CESÁREO. (A Abarca que está agachado arreglando sus bultos.) Mi querido... (Suspendiendo la frase esperando que el otro diga su nombre.)
- ABARCA. ¿Eh?
- CESÁREO. Mi querido... (Lo mismo.)
- ABARCA. ¿Qué hay?
- MARTÍN. (A Tolosa.) No hay caso.
- CESÁREO. (Bajo.) No... (Alto á Abarca.) No te digo que te quedés á comer hoy, pues...
- ABARCA. ¡Claro! No valdría la pena sólo por un día será hoy, mañana y el otro: como que vengo con la intención de pasarme aquí un mes lo menos.

- MARTÍN. }
VARGAS. } ; Un mes!...
TOLOSA. }
ABARCA. } Ahora estoy en la línea de Canarias: me han dado licencia por averías en el barco y me dije; pues vamos á aprovecharla para dar una vuelta por Madrid. ¿Dinero? Para qué lo necesito... Allí está Cesáreo mi buen amigo que tantas veces me dijo cuenta conmigo para todo...
- MARTÍN. (A parte.) ¡Bueno va!
ABARCA. (Continuando.) Dispón de mi bolsa...
MARTÍN. (Aparte.) Aprieta...
ABARCA. De mi casa...
MARTÍN. (Bajo á Tolosa.) ¡Qué barbaridad! Esto no debe decirse nunca: ó se dice cuando uno no tiene casa ni cosa que lo valga.
ABARCA. Allá me voy, pues; le daré una sorpresa agradable, caeré en su casa como una bomba y... ¡pum!... aquí me tienes. (Todos se quedan mirándose.) ¡Pero, lo que me ha costado encontrarte! Si no llego á dar con el compadre Salomón de Nueva Orleans, ¿no te acuerdas del compadre Salomón?
CESÁREO. ¡Salomón... apenas!...
MARTÍN. (A Tolosa.) ¡Demonio! si vendrá ese también...
ABARCA. ¡Qué! me dijo, ¿no lo sabes? pues ha ganado el oro y el moro; está muy rico el amigo Cesáreo... Está casado... y vive ahora en grande, pasando temporadas en su casa de campo de Leganés ó de Aranjuez. ¡Conque casado tu-nante!... ¿Pero de veras?...

ESCENA XVIII

LOS MISMOS, CECILIA, BLANCA, ELISA en el jardín.

- CESÁREO. (Señalándole á Cecilia que baja de la casa.) Ahí tienes á mi mujer.
ABARCA. ¡Señora! (A Martín.) ¡Guapa! Demonio de hom-

bre; siempre tuvo buen gusto ese perillán... Como que él era quien descubría las mulatas más...

MARTÍN. (Tapándole los oídos á Rafael.) ¡Quiere Vd. callar!

ABARCA. Perdone Ud., no había visto. (Se acerca á Tolosa y le da un apretón de mano.)

CECILIA. (Aparte á su marido.) ¿Quién es?

CESÁREO. Otro amigo.

CECILIA. ¿Se queda á comer?

CESÁREO. No podemos echar de casa, sin más ni más, á un hombre que dice es mi amigo. (Aparte.) ¡Por dónde diablo se me viene encima este amigo, tan íntimo, que yo no recuerdo! (Llaman á comer.) Señores...

MARTÍN. ¿Qué ocurre?

CESÁREO. (Dándole alegremente golpecitos en el hombro.) La comida! (Movimiento general hacia la casa.)

MARTÍN. Hombre no; es demasiado temprano... (Sorpresa general.) Muy temprano... En casa no comemos antes de las siete.. ¿no es verdad Rafael?...

RAFAEL. Sí, Papá.

MARTÍN. Podéis creerle, nunca miente. ¡Es un ángel!

VARGAS. ¡Angelito!... pero nosotros no somos ángeles y tenemos hambre.

MARTÍN. ¡A las seis!... No puede ser... Yo no tengo gana... ni tú tampoco Rafael...

CESÁREO. Pero nosotros tenemos muy buen apetito á las seis.

MARTÍN. ¡Fíгурate, pues, lo que será á las siete!... (Tranquilamente.)

TOLOSA. (Aparte.) Ya me va cargando.

MAURICIO. ¡Vamos á ver!.. que pongan la comida á las seis y media...

MARTÍN. Nada, nada; si he de venir á trastornar las costumbres establecidas, prefiero marcharme.

- CESÁREO. (Deteniéndole.) ¡Otra vez!
- MAURICIO. (Idem.) Vamos, vamos, don Martín.
- CESÁREO. Esperaremos.
- TOLOSA. ¡Si lo hacemos por nuestro gusto!
- MARTÍN. (Decidido.) Siendo así...
- VARGAS. (Aparte á su mujer.) Ya tendría tantas contemplaciones con nosotros...
- ELISA. Molestarnos á todos por ese...
- CESÁREO. Bueno; hasta que llamen, libertad completa; la casa, el jardín, todo es de Uds. (Saca un cigarro.)
- LORENZO. (Trayendo un periódico á Cesáreo.) Señor, el diario.
- VARGAS. (Tomando el diario con viveza.) Trae, veamos como anda la Bolsa. (Se va leyendo.)
- ABARÇA. (Tomándole el cigarro á Cesáreo.) ¡Un tabaco!... me agrada... no te molestes, yo tengo fósforos. (Vase encendiendo el cigarro.)
- CECILIA. Vamos al jardín.
- CESÁREO. Vamos: ¿quieres el brazo?
- MAURICIO. (Interrumpiendo y dando el brazo á Cecilia.) Está ya comprometido. (Se va con ella. Cesáreo va á la derecha para tomar el sombrero de paja.)
- MARTÍN. ¡Pues no me he olvidado de traerme un sombrero de paja! ¡No tendrán ninguno por aquí! ¡Ah, sí! (Toma el sombrero de las manos de Cesáreo.) Este me viene de perilla. (Se lo pone y sale: Tolosa y Cesáreo se quedan solos en escena.)
- TOLOSA. (Acercándose á Cesáreo quien está algo desconcertado.) Mi querido don Cesáreo, ya ve usted que yo no le tomo á Ud. nada... absolutamente nada... (Cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

Acto segundo.

Salón en la planta baja de la casa de Cesáreo. Tres puertas en el fondo dando al jardín. A la izquierda, en primer término, una puerta que conduce á la habitación de Mauricio. En el segundo término, la puerta del gabinete de Cesáreo; del mismo lado, un piano que no esté arrimado á la pared, de modo que se pueda andar á su alrededor. Un taburete, un sillón de frente al público, en la misma línea del banquillo, una silla más adelante, arrimada al piano. A la derecha, en primer término, puerta del cuarto de Martín; segundo término una ventana. Al nivel de la puerta de Martín, una mesa llena de álbums, periódicos, etc... Un sillón al lado izquierdo de la mesa y una silla delante.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL Y JUANA

Rafael sentado en el sillón de la derecha, haciendo que lee, sigue con la vista todos los movimientos de Juana, quien da vueltas alrededor del piano, sacudiéndolo y observando á Rafael.

JUANA. (Para sí.) Así, míreme Ud. bien... Eso es, otra miradita... No habrá perdido el tiempo, levantándose temprano para verme, porque soy de muy buen ver... ¡Vaya unos ojillos que tiene el pollo!

ESCENA II

LOS MISMOS Y LUCAS

LUCAS. (Entrando por el fondo de puntillas con aire alegre y de prisa.) ¿Está por ahí mi amigo don Cesáreo?

JUANA. No señor; no se ha levantado todavía.

- LUCAS. Pues venía, como vecino, á consultar una duda sobre cierta obra, en la biblioteca... (Mirando á la izquierda.) Precisamente está abierta la puerta... No se moleste Ud., yo mismo iré, que ya me conocen de sobra los libros de mi amigo. (Entra en el gabinete.)
- JUANA. (Para sí.) ¡Ya lo creo!... ¡Como que se los va llevando uno á uno, ya con esta ó la otra excusa!
- RAFAEL. ¿Quién es ese señor?
- JUANA. ¿Quién ha de ser? don Lucas el registrador; un amigo de temporada.
- LUCAS. (Aparece con diez ó doce libros, dirigiéndose hacia el fondo.) Dígale Ud. al señor que me llevo estos cuantos libros, que le devolveré junto con los otros...
- JUANA. (Yendo hacia él.) Pero...
- LUCAS. (Desde la puerta.) Pronto se lo traeré...
- JUANA. ¡Bueno!...
- LUCAS. ¡Entre vecinos!...

ESCENA III

JUANA Y RAFAEL

- JUANA. ¡Buena vecindad te dé Dios; pues hoy se los lleva todos!... (Atravesando la escena.) Diga usted, ¿es también de la biblioteca ese libro que está leyendo?... (Se le acerca.)
- RAFAEL. No; es un *Quinto-Curcio*.
- JUANA. ¿Un qué?...
- RAFAEL. Un libro en latín.
- JUANA. (Dando vuelta á la mesa para venir á limpiar la silla.) ¡Bonita lengua!... ¡No le alabo á Ud. el gusto, cuando tantas cosas buenas podemos decir con la nuestra!...
- RAFAEL. ¡Ya lo creo que sí!...
- JUANA. (Acercándosele.) ¿Está Ud. en algún colegio, señorito?...
- RAFAEL. No; papá no ha querido ponerme en ninguno.

- JUANA. ¿Y por qué? (Se sienta en la silla.)
RAFAEL. Porque dice papá que los colegios no sirven para los jóvenes.
- JUANA. ¡Ya!
RAFAEL. Y que no hay nada como la casa paterna para educar á un hijo de familia con orden, economía y moralidad.
- JUANA. ¿Qué quiere decir con moralidad?...
RAFAEL. ¡Pues... absteniéndose de todo aquello que nos está prohibido!... Como, por ejemplo, el mirar á las muchachas bonitas!...
- JUANA. (Levantándose y pasando á la izquierda.) Si no las mira Ud., ¿cómo sabrá si son bonitas ó feas?
RAFAEL. Eso mismo pregunto yo ..
- JUANA. Y hablarles, ¿está prohibido también?...
RAFAEL. Eso, según; porque bien me permiten hablar con mi tía.
- JUANA. ¡Oh!... ¡la tía!... ¡Como si no fuera mujer!...
RAFAEL. Ahí verá Ud. (Se levanta y se acerca á Juana.)
JUANA. ¡Mientras que yo!... pues no creo que fuera una cosa tan desagradable echar un párrafo conmigo!...
- RAFAEL. ¡Oh!... no...
JUANA. Y hasta corrernos un poco, y reir y bromear...
- RAFAEL. ¡Desde ayer que estoy pensando lo mismo!...
JUANA. (Aparte.) ¡Digo!... (Alto.) ¿Pero y si papá lo sabía?...
- RAFAEL. ¡En no diciéndoselo!...
JUANA. ¿Y si alguien nos viese?...
RAFAEL. (Poniéndole el libro debajo del brazo.) ¡Le diría que no es verdad!...
- JUANA. (Aparte.) ¡El chico promete!..
RAFAEL. (Tomándole la mano.) Luego... aquí no se está bien... pero en el bosquecillo...
- JUANA. ¿Eh?...
RAFAEL. Allí, los dos solos, podríamos hablar así.
(Le toma la otra mano.)

JUANA. ¿Y luego?
RAFAEL. ¡Y así!... (Le suelta las manos, apercibiéndose los dos de Tolosa que entra.) ¡Oh! (Se separan y cae el libro.)

ESCENA IV

LOS MISMOS Y TOLOSA

TOLOSA. (Desde el fondo, levantando las manos al cielo.) ¡Si es un ángel!... (Adelantándose.) Dispensen ustedes... (Coge el libro del suelo.)
JUANA. ¡Qué susto nos ha dado Ud.! El señorito me estaba leyendo á *Quinto-Cursis*...
TOLOSA. ¡*Quinto-Curcio*!... (Abre el libro.) ¡Ya!... ¡*Quinto-Curcio*, traducido por *Boccaccio*?...
JUANA. (Con aplomó.) ¡Sí, señor!...
TOLOSO. (Dando el libro á Rafael.) Tome Ud., pollo...
RAFAEL. (Con descaro.) Ese libro no es mío.
TOLOSA. ¡Ah!...
RAFAEL. Es de Juana.
JUANA. (Sorprendida.) ¿Eh?... (Rafael le hace seña de que diga que sí.)
TOLOSA. ¿Con que es de Ud. este libro?
JUANA. Sí, señor, se le ha caído de...
TOLOSA. (Señalando á Rafael.) ¿De las manos?... ¡menos mal!... ¡Estudad, jóvenes, estudad; que con esas disposiciones naturales que tenéis, pronto haréis carrera! (Juana se aleja por el fondo y se va mirando á Rafael.) ¡Lo que es el joven prometé! (Rafael sale también, y desde el umbral se le ve correr para alcanzar á Juana.) ¡Digo, y ella!... ¡los dos, los dos saldrán aprovechados!

ESCENA V

TOLOSA SOLO

TOLOSA. (Se sienta y lanza un suspiro.) Y tú, querido doctor, ¿qué vienes hacer aquí?... ¿A esta casa á las nueve de la mañana, so pretexto

de una visita al enfermo? ¡Realmente aquí el enfermo soy yo, nadie más que yo, que á mis años tengo la locura de estar enamorado... y de pensar en casarme!... Sí, señor, en casarme, y ¿por qué no?... ¿Estoy acaso tan deslucido ya?... ¿No tengo aún buena presencia... buenos ojos, y bien repleto el bolsillo?... ¡Quince años de diferencia!... (Deteniéndose.) pongamos diez y siete... ¿y qué?... Es verdad que el ejemplo de don Cesáreo me da algo que pensar... Pero don Cesáreo es un infeliz, tiene mucho de tonto, mientras que yo... (Se levanta.) Yo no creo ser... ¿Si seré yo tonto también?... (Dando paseos.) ¡Demonio de hombre!... El peligro que le amenaza me asusta de veras... Si llegara á ser... ¡desgraciado!... entonces se acabó, ya no me atrevería yo... ¡Me interesa, pues mucho el impedir la catástrofe y velar por la virtud de esa mujer!... ¡Extraña misión me impongo; pero así aprenderé en cabeza agena!... Además, ya no me es indiferente ese hombre; casi lo quiero. ¡Es algo maniático, apasionado, loco por la amistad y la confianza! vanas fueron mis alusiones é indirectas... Pero, después de todo, eso responde á un sentimiento elevado, generoso; y no se dirá que en medio de ese fangal inmundo de falsos amigos en que está metido, no ha de encontrar siquiera uno que le sea leal y lo saque sano y salvo de... (Resueltamente.) ¡No!... y por quien soy, juro que no caerá... no... ni él, ni yo... y me casaré, y me curaré de mi amor... adorando á mi mujer. *Similia similibus curantur*. Eso es por la homeopatía; como que no hay nada mejor. (Aparecen por el fondo Vargas y su esposa.) ¡Hola, aquí vienen Vargas y compañía!... (Pasa á la derecha.)

ESCENA VI

ELISA, VARGAS Y TOLOSA

Elisa y Vargas dirigiendo la última mirada al jardín, van adelantando en la escena sin reparar en Tolosa.

VARGAS. (Con risa burlona.) Esto sí que es lo que se llama una verdadera casa de campo!

ELISA. (Idem.) ¡Pues ya lo creo!

TOLOSA. (Aparte.) A estos se les ha indigestado la casa de su amigo.

VARGAS. ¡Con un parque magnífico!...

ELISA. ¡Y jardines á la inglesa!...

VARGAS. ¡Y su hermosa huerta!...

ELISA. Con provisto corral y gallinero...

VARGAS. Vamos, que no falta nada. (Elisa se sienta en el sillón de la izquierda.)

TOLOSA. (Aparte.) Ni amigos envidiosos... (Vargas repara en Tolosa; se saludan.)

ELISA. Buenos días, señor de Tolosa...

TOLOSA. (Acercándose.) ¡Levantada ya!... ¡Tan temprano!...

ELISA. Sí; mi esposo y yo deseábamos visitar el famoso parque...

TOLOSA. Hermosa posesión, ¿no es verdad?...

VARGAS. (Sentado en la silla junto á la mesa, hojeando los cuadernos.) ¡De la cual no está poco orgulloso su dueño, que digamos!...

ELISA. ¡Y las veces que nos ha invitado para que viniéramos á ver... *su casa!*...

TOLOSA. Esto prueba que tiene buen corazón, y que quiere que sus amigos participen de lo suyo

ELISA. No digo que no; pero tampoco es una razón para que no sepa hablar de otra cosa. Tengo la tal casita metida en los sesos!...

TOLOSA. Verdaderamente debe ser muy pesado, y sobre todo cuando no se tiene en otra parte.

- VARGAS. ¡Aún, si no fuera más que eso! pero tanto y tanto, acaba por irritarle á uno! Siempre *porque mi casa* por aquí, *porque mi jardín* por allí... que *mi*...
- ELISA. Ya se sabe; todos los que llegan de la nada á tener algo, son así...
- VARGAS. Si no fuera amigo mío, pase, no me importaría; pero que un amigo... Vamos, no se puede sufrir...
- TOLOSA. ¿Que haya hecho fortuna?
- VARGAS. ¡No; sino el que esté continuamente haciendo alarde de ella!... ¡porque al fin y al cabo con nosotros que no somos ricos, no es de buen gusto, ni delicado siquiera, el estar deslumbrándonos siempre con su boato!...
- ELISA. ¡Lo mismo que Cecilia con sus vestidos!...
- VARGAS. ¡No, señor; no está bien eso de humillar así á los demás, como diciéndoles: ves, esto es mío, y aquello... y lo de más allá, mientras que tú!...
- TOLOSA. ¡Sí; pero no deja de ser una ventaja que lo tenga él, ya que ustedes no lo tienen! ¡Porque, en fin, creo que algunos favores le deben ustedes!...
- VARGAS. ¡Sí, señor; pero tiene una manera de hacerlos!... ¡qué se yo!... (Levantándose y acercándose á Tolosa.) Vamos, que nunca espera á que uno le pida... siempre se adelanta á ofrecer sus servicios... su dinero, su crédito... y venga ponderar su crédito y sus millones... Vaya que no son cosas de hacer...
- TOLOSA. ¡Efectivamente!...
- ELISA. (De pie.) ¡Hasta parece hecho así, con mala intención!
- TOLOSA. En efecto; con muy mala intención. No se debe nunca hacer favores á los amigos, y el servirles es prueba de tener muy mal corazón!...

- VARGAS. ¡Hombre, no digo eso!... digo que cuando se tiene amigos pobres...
- TOLOSA. No debe uno favorecerles. (A Elisa.) Lo mismo digo yo. (Mirándose con asombro.) ¡Eso!... (Se aleja hacia el fondo.)
- VARGAS. (A su mujer.) ¡Parece tanto ese médico... no comprende!

ESCENA VII

LOS MISMOS Y MARTÍN

- MARTÍN. (Saliendo de su cuarto.) ¡Uf!...
- TOLOSA. Señor don Martín, ¿qué tal se ha pasado al noche?
- MARTÍN. ¡Calle Ud., hombre; no he podido dormir ni un minuto!...
- ELISA. En el campo suelen ser muy duras las camas.
- VARGAS. De seguro que la de Ud. es mejor que la nuestra.
- MARTÍN. ¡Mejor!... La de Ud. será mala, pero la mía... ¡la mía es una cosa imposible!... ¡Luego, no es sólo la cama!... Me aburre el campo; con tanto insecto y animalucho impertinente no se puede ni comer, ni beber, ni dormir. ¡Y después!... ¿A quién se le ocurre poner la mesa debajo del emparrado? ¡Por Dios, que no vuelvan á ponerla en sitio semejante! ¡No gana uno para sustos!... Cuando no es una oruga que se cae dentro del plato, es una repugnante araña que se balancea encima del vaso, suspendida al finísimo hilo del asqueroso ovillo de su cuerpo, ó alguna mosca que patalea ahogándose dentro de la copa del agua. (Con asco.) ¡Aj!... Después llega la hora de acostarse, entro en mi cuarto con la vela encendida y... pif, paf, ahí de los abejorros que dan contra mi nariz ó se me meten por

los ojos. Me desnudo, me meto en la cama... y cuando empezaba á dormirme (imitando el zumbido del moscón.) ¡Zummm!... arriba otra vez... Era un moscón enorme!... ¡de esos que dan el carbunco!... ya zumbaba en mi oído, próximo á clavarme el dardo venenoso... ¡Quedéme quieto, quieto!... y (pegándose un cachete.) ¡paf!... me arrimé un cachete mayúsculo, y el moscón continuó zumbando por el cuarto. Furioso lo persigo corriendo de un lado para otro, en camisa y con un zapato en la mano; me subo en las sillas, en el lavabo, en la mesa de noche... vuela hacia la ventana, me lanzo y (haciendo como quien pega) ¡Bum! allá va un cristal hecho añicos, pero al fin se fue el terrible moscón...

TODOS.

¡Ah!...

MARTÍN.

Aguarden Uds., aún no he concluído... Me vuelvo á acostar... y empiezan los mosquitos su rabiosa carnicería, pica por aquí, pica por allí, con el acompañamiento de su desesperante musiquilla!... ¡Salto de la cama rabioso y me doy una mano de amoniaco... ¡qué peste!... ¡qué escozor en todo el cuerpo!... ¡pero me libro de los mosquitos impertinentes!...

TODOS.

¡Ah!...

MARTÍN.

Vuelvo á la cama... comienza á arrullarme el sueño... y allá, á lo lejos, empieza á ladrar un perro, le contesta otro más cerca, replica el de casa, debajo del balcón, y se arma una algarabía tal, que me vuelven loco... ¡Cállanse al fin, vuelvo á querer dormirme... todo queda en silencio!...

TODOS.

¡Ah!...

MARTÍN.

¡Silencio digiste!... Ahora verás... ¡Cocorocoo!... despierto sobresaltado... era el chantre del gallinero que me avisaba la salida del

- sol... ; Qué me importaría á mí del sol!... ; Rayos y truenos!... Levantéme fuera de mi, rabioso y dando al diablo el campo y todos sus animales... incluso yo...
- TOLOSA. La verdad es que los gallos...
- MARNÍN. Mandé á mi criado que los extrangulase á todos.
- TODOS. ; A los gallos!...
- MARTÍN. A los gallos, á los perros, y...
- TOLOSA. ; Demonio!... ; á Ud. que no le gusta molestar á nadie, buen disgusto va Ud. á dar á esos pobres animalitos!
- MARTÍN. ; Tanto me importa!... ; Yo necesito dormir!... Cuando no puedo dormir de noche, me paso luego todo el día bostezando, lo cual es un fastidio...
- TOLOSA. Para los demás...
- MARTÍN. ; De los demás me importa un bledo!... Si lo siento es por mí. (Se sienta en el sillón de la izquierda, después de examinar la silla, que le parece dura.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y CESÁREO

- CESAREO. (Entrando, enfadado.) ; No se puede aguantar!... ; Me revuelve la bilis ese demonio, ese mónstruo marino, ese piloto de cabotaje!... Todo lo toca, en todo se mete. Se cree estar á bordo con sus marineros. Ya desarma la cama y me la planta en medio del patio; ya quiere hacerse el café á su modo y me prende fuego en la cocina!... Va á lavarse en el surtidor, poco menos que en el traje de Adan. ; Me aplasta los semilleros, me destroza los fresales, las flores, en fin, es un huracán ese bárbaro! ; Y si vieran Uds. cómo me tutea!.. Por más que le digo: Ud. eso, Ud. lo otro, él

nada, erre que erre, tú, tú, tuyo, que me revienta. Y para colmo de mi desesperación, él sabe mi nombre y yo no conozco el suyo.

TOLOSA. Todavía no. (Quédase cerca del piano observando á distancia.)

CESAREO. Todavía no. ¡El muy animal!... A propósito de animales; para que todo sean contradicciones hoy en esta casa, anda rondando por el gallinero y los frutales una zorra que esta noche me ha hecho un destrozo horrible...

MARTÍN. ¡Lástima que no acabara con tus malditos gallos!...

CESAREO. (Riendo.) Qué, ¿te ha despertado su canto matutino?...

MARTÍN. (Gruñendo.) ¡Vaya una gracia!...

CESAREO. (A Vargas alegremente.) ¿Conque habéis recorrido mi posesión al despuntar el día? ¿qué tal? A esa hora parece como si el sol con sus rayos esmaltara de piedras preciosas el césped y las flores. ¡Qué bonito! ¿eh?...

VARGAS. (De pie hojeando.) Sí, no está mal: ¡lástima que no tenga mayor horizonte!...

ELISA. (Con un libro en la mano.) ¿Me parece que debe ser un poco húmedo esto?

CESAREO. (Desconcertado.) ¡Húmedo!

MARTÍN. ¡De seguro! Díganlo sino los mosquitos...

VARGAS. ¡Puede!... la proximidad del río.

CESAREO. No se ver:

VARGAS. Ya lo irás viendo más adelante...

MARTÍN. Cuando estés lleno de reuma.

CESAREO. ¡De reuma!

ELISA. Como que no hay nada peor para eso que las casas situadas cerca del agua. Además, esto no está ya de moda, y en llegando el rigor del verano es atroz... ¡no hay quien lo resista!...

MARTÍN. Lo que es yo, aunque me pagaran no viviría aquí.

- VARGAS. Y diga Ud., amigo Martín, ¿ese airecillo húmero constantemente en los ojos!...
- ELISA. ¡Y las fiebres!...
- MARTÍN. ¡Sobre todo las fiebres! Conocía yo á un general que nunca pudo quitársela de encima; vivía también un un sitio como este...
- CESAREO. (Asustado.) ¿Y qué?
- MARTÍN. (Levantándose.) ¡Que se murió envenenado!... ¡como que es un verdadero envenenamiento.
- CESAREO. (Asustado.) ¡Por Dios! No hablemos de esas cosas... ¡se me hiela la sangre!... ¿Es posible que mi casa sea tan mortífera como ustedes dicen?
- VARGAS. (Adelantándose.) ¡Vaya una compra que has hecho!... Y después, hombre, ¿para qué quieres una finca como esta? ¡Es demasiado para tí!...
- CESAREO. ¿Cómo demasiado? ¡La compré como una ganga!...
- ELISA. No es eso; sino que en realidad esto es una posesión para un gran señor, buena únicamente para habitarla un mes ó dos todo lo más...
- VARGAS. Dice bien mi mujer; es casa para un personaje ó para un gran artista...
- MARTÍN. O para alguien que tenga cierta representación... mientras que tú, ¿qué casa representas?...
- CESAREO. ¡Hombre! Yo represento...
- VARGAS. Vamos, no te hagas ilusiones.
- MARTÍN. ¿No creo que tengas la pretensión de ser un hombre distinguido?...
- VARGAS. ¡De sobra sabe lo que vale!
- MARTÍN. ¡Ya lo creo que lo sabe!...
- VARGAS. Si no fueras mi amigo me guardaría bien de decirte estas cosas...
- ELISA. Pero tratándose de un amigo...
- MARTÍN. ¡Es un deber decirle la verdad... la verdad pura!... (Le rodean.)

- VARGAS. Pues bien; con franqueza, aquí no estás en tu centro.
- ELISA. En realidad, no parece Ud. el amode la casa.
- MARTÍN. Más parece el jardinero.
- VARGAS. ¡Esto es de un efecto atroz!
- MARTÍN. Da pie á la murmuración (Acercándose á Cesáreo.) á ~~la~~ crítica, y no falta quien diga: ¿Pues qué ha hecho Fulano para que tenga esa hermosa finca?...
- VARGAS. (Apoyado en la mesa.) ¡Cuando otros que valen mucho más que él no tienen donde caerse muertos!...
- MARTÍN. O bien: ¡No será por su inteligencia!...
- VARGAS. (Acercándosele.) ¡Ni por su habilidad!
- ELISA. ¡Ni por su trabajo!
- CESÁREO. (Protestando.) ¡Pero, señor!
- MARTÍN. (Continuando.) ¿Se puede ganar tanto honradamente?...
- CESÁREO. (Enfadándose.) ¡Cómo!... ¡Cómo!...
- VARGAS. Eso es lo que se dice...
- CESÁREO. ¡Pero eso es falso!...
- MARTÍN. Será falso; pero la gente no lo sabe.
- CESAREO. (Espantado.) Pero, ¡por la Virœen Santísima... señores!... ¡Hace un instante que me envenaban ustedes, y ahora me mandan á presidio, ó poco menos!
- VARGAS. Nada. Nos pides nuestra opinión y te la damos. (Tiende la mano á Cesáreo.)
- MARTÍN. (Dándole la mano también y aprecando la de Vargas.) Como buenos amigos. (Se alejan.)
- CESAREO. ¡Muchísimas gracias!... ¡Ya estoy disgustado con mi casa!...
- TOLOSA. (Tranquilamente.) Había en cierto lugar un famoso ratón que solía dar la llave de su corazón á todo el mundo, y tenía muchos amigos, muchos; tantos, que más le valiera no tener ninguno. (A Cesáreo.) Pero, ¿dónde está Mauricio?

CESAREO. No lo sé... Tal vez esté paseando por el jardín con mi mujer...

TOLOSA. (Aparte.) ¡Ah!... bueno... bueno... Podía habérmelo dicho antes. (Va hacia el fondo por el bastón y el sombrero.)

MARTÍN. (A Cesáreo.) ¿Qué quiere decir con eso del ratón?...

VARGAS. (Adelantándose.) Nada; que ese señor se complace en denigrar á los amigos; y sin embargo, ¡conozco yo algunos ejemplos!...

TOLOSA. (Volviendo con el bastón y el sombrero.) ¿Podría Ud. decirme dónde? (Se coloca entre Martín y Vargas.)

MARTÍN. (Para sí.) ¡Qué hombre más pesado!...

VARGAS. No sé si tendrá Ud. mejor vista que yo; pero de mí sé decir que todos los días, á cada paso, veo en el comercio común de las gentes personas cambiando afectos, amistades y dándose el nombre de amigos ...

TOLOSA. ¡Eso es!... Usted lo ha dicho. En el comercio común de las gentes... Sí; hasta con la amistad se especula. Se ven por primera vez dos individuos: ¡Señor don Fulano!... á la segunda vez: ¡Amigo don Fulano!... á la tercera: ¡Mi querido amigo! Si de impróviso cayera entre nosotros algún hijo del Celeste Imperio y sin pasar antes por su embajada nos juzgara por nuestras palabras, exclamaría asombrado: "¡Qué bendición de Dios debe ser esta tierra! ¡Todos los hombres aquí viven unidos estrechamente por indisoluble lazo de entrañable afecto!... (Haciendo con el gesto ademán de distribuir apretones de mano.) ¡Hola, amigo!... ¡Mi buen amigo!... ¡Amigo mío!... ¡Oh, querido!... Y allá van y vienen apretones de mano á diestro y siniestro, por delante y por detrás... aquí se estruja una mano... allí se descoyunta un brazo...

allá quien murmura: ; *Si pudiese apretarte el gañote como te aprieto la mano!*... Mano tal vez llena de lodo y de dinero robado... pero ; qué importa!... razón de más para apretarla; ; puede que al esprimirla suelte algo!...

CESÁREO.

Es Ud. muy severo, doctor; no todos los amigos son así...

TOLOSA.

¡Por supuesto que no!... Los háy de todos colores... ; Como que es la clase más fecunda en especies raras!... Tenemos el *amigo déspota*, que nos obliga á hacer por él recados y comisiones; el *amigo gracioso*, que inventa motes á expensas nuestras; el *amigo indiscreto*, que cuenta á los hombres nuestras debilidades y nuestros achaques á las mujeres; el *amigo necesitado*, que nos aburre la paciencia; el *amigo parásito*, que se nos come vivos; el *amigo especulador*, que nos roe el bolsillo, y así infinidad de variedades curiosas, cuya enumeración sería interminable. En fin, tenemos desde el amigo que se nos lleva prestados los libros, que no nos devuelve, hasta el que se nos lleva á la mujer... y nos la devuelve!...

MARTÍN.

(Con sentimiento.) ; Y el amigo sincero?

VARGAS.

¿ Y el amigo leal?...

MARTÍN.

¿ No existen esos?

TOLOSA.

Sí que los hay...

MARTÍN.

¡ Ah!...

TOLOSA.

Pero no aquí...

MARTÍN.

(Triunfante primero, contrariado después.) ¡ Ah!...

TOLOSA.

¡ Y más de uno!... Dos he cõnocido... dos amigos de verdad; y ustedes podrán apreciar las cualidades que les distinguen de los demás. A los quince años el mayor de ellos sacaba del río al otro que se estaba ahogando. A los veinte años el más joven se batía en duelo por su amigo. Un año después,

enamorados los dos de la misma mujer, se juraron en secreto sacrificarse mutuamente en aras de su fraternal cariño, no volviendo á verse en mucho tiempo, para encontrarse un día en el campo de batalla en una acción de guerra, en la que, oficiales ambos, tomaron juntos una trinchera al enemigo, disputándose luego por cederse el honor de la victoria. Y, por último, el más joven murió, dejando un hijo, muy niño todavía, y su amigo, encargándose del pobre huérfano, le educó con tanto cariño y esmero como hubiera podido hacerlo su propio padre, probándole así que, aun sin serlo por la Naturaleza, podía considerarse como hijo verdadero de aquel corazón generoso. Y hablo de esto con tanta seguridad y entusiasmo, señores, ¡porque aquel pobre huérfano era yo!... Probablemente por esta razón soy tan difícil en cuestión de amistad, pues como ustedes pueden suponer, la de mis dos padres me echó á perder, mimándome con su doble cariño.

MARTÍN.

Tampoco es cosa de todos los días el tomar trincheras con los amigos.

VARGAS.

¡O sacarle del agua sin ahogarse con él!...

TOLOSA.

¡Ni yo les pido á ustedes tanto!... Con tal que no lo tiren al agua ó lo echen de la trinchera abajo... pero dejando aparte los ríos y las trincheras, hay momentos tan amargos en la vida del hombre; se sufre y se llora tanto también en la vida privada... hay tanta necesidad á veces de consuelos, de sacrificios, de abnegación en la vida de cada uno... ¡Ahí quisiera yo ver al señor Martín!...

MARTÍN.

¿A mí?...

TOLOSA.

(Dirigiéndose á Cesáreo.) Porque, después de

todo, un camarada, es un camarada y nada más. Y no basta el conocer á una persona mucho tiempo para convertirnos fácilmente en el amigo del que fue nuestro compañero, nuestro condiscípulo ó conocido de antaño, no señor. La amistad verdadera, así como la antigua caballería, exige garantías, exige pruebas; porque antes de armar *caballero-amigo* á un hombre; hay que estar seguro de que no ha de abusar jamás del arma sagrada que se le confía; y para sentirle á nuestro lado, como sentirse debe el llevar del fuerte acero con el cual contamos, como con nuestro corazón y nuestro brazo, ¡qué menos podemos pedir que haberlo templado antes en el amargo llanto de mutuos dolores!... (Aléjase como para salir.)

CESAREO.

Sí, realmente... pero exige Ud. tantas cualidades al amigo...

MARTÍN.

¡Hasta que llöre!...

VARGAS.

¿Que dónde encontrarlo?...

TOLOSA.

(Volviendo.) ¡Quién sabe!... ¡Donde menos se piense!... ¡En quien menos se crea (con intención) á veces en aquel á quien ni siquiera damos el título de amigo, y que sin embargo, obedeciendo á secreta simpatía, sin decirnos nada hace suyos nuestros amenazados intereses, dedicándose á defenderlos, tal vez mejor de lo que lo haríamos nosotros mismos. ¡Y crean Uds. que si ese individuo no es todavía lo que se llama un buen amigo, está en camino de serlo, y de los mejores!... pero no prosigo; me iba olvidando de que su mérito mayor consiste en ocultarse y callar, (retirándose) cediendo el puesto á los que tienen siempre su amistad en los labios... sin tenerla en el corazón! (saludando.) ¡Señores!... (Se va.)

ESCENA IX

LOS MISMOS, menos TOLOSA. después ABARCA

- MARTÍN. Ese hombre no sabe lo que se dice.
(La cepa de dalia lanzada desde fuera por la ventana cae en medio de la escena.)
- ELISA. (Asustada.) ¡Ah!...
- MARTÍN. ¿Qué es eso?...
- CESAREO. (Cogiéndola.) La consabida raíz de la dalia.
¡Otra vez!...
- VARGAS. ¿La habrá echado el vecino?...
- CESAREO. (Dejándola caer.) No lo entiendo. Vuelve á tirármela sin que yo se la haya arrojado de nuevo, porque teniendo una cuestión judicial...
- MARTÍN. ¡Será por arte de magia!...
- ABARCA. (Entra fumando con la pipa en la boca y cogiendo la raíz.) ¡Hola!... ¿Por aquí andamos?... ¡Por los cuernos de la luna!... yo creía haberla echado muy lejos.
- CESAREO. ¿Cómo, ha sido Ud. quien?.,
- ABARCA. ¡Pues claro!... la encontré en medio del jardín y la arrojé por encima de la tapia.
- CESAREO. ¡Eso es! para que no os armen un pleito... Cuando digo que este hombre se mete en todo lo que no le importa...
- ABARCA. ¡Vamos, hombre, no hay para qué enfadarse de ese modo!... ¡Si te molesta... toma!... allá va. (Tira la raíz por la ventana.)
- CESAREO. (Asustado.) ¡Adiós, en la sala!...
- UNA VOZ. (De fuera.) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¡No es mi casa ningún basurero!...
- CESAREO. (Con dulzura.) ¡Señor de Cortés!...
- ABARCA. (Deteniéndole.) Déjame á mí, ya verás como le contesto. (En la ventana.) ¡Que te calles, muchuelo!
- CESAREO. (Protestando y corriendo á la ventana.) ¡Oh!...

- ABARCA . ¡Así se contesta! (Vuelven á tirar de fuera la raíz que ensucia de tierra á Cesáreo.)
- LA VOZ. (Desde fuera.) ¡A ver si la echas otra vez! . .
- ABARCA . Ese quiere que yo le rompa algo. (Vuelve á tirar la cepa. Cesáreo quiere detenerle. Abarca se resiste y durante este tiempo Cesáreo exclama:)
- CESÁREO. (Gritando.) ¡Señor de Cortés, que no he sido yo!...
- LA VOZ. (De fuera.) ¡Calla, zopenco! ¡Ya nos veremos!...
- TODOS. ¿Qué?...
- MARTÍN.)
- VARGAS. ¿Qué es lo que ha dicho?
- CESÁREO. Ha dicho "ya nos veremos.,,
- MARTÍN. Sí, pero antes ha dicho otra cosa.
- CESÁREO. Alguna palabrota que no he oído bien.
- ABARCA . ¿Palabrota, eh?... Sé muy bien lo que son ternos: me parece que ha sido algo más.
- MARTÍN. Más parecía un insulto que una blasfemia...
- VARGAS. Sí, yo he oido algo así como ¡flamenco!...
- CESÁREO. (Adelantándose.) Os digo que no; ha echado algún terno al contestar y nada más. Cómo queréis que me haya llamado flamenco. ¿Qué tengo yo de flamenco?
- MARTÍN. ¡Tal vez haya dicho mostrenco! Mostrenco, eso ya tendría su explicación.
- ABARCA . (Apretando los puños.) ¡Te ha llamado mostrenco!... (Hace ademán de salir furioso.)
- CESAREO. (Conteniéndole.) No, hombre, no. Martín se lo ha figurado.
- ELISA. ¡Yo he oído, zopenco!
- TODOS. ¡Zopenco!...
- MARTÍN. ¿Qué quiere decir con eso?...
- CESAREO. Por Dios... dejadlo correr, eso no significa nada.

ESCENA X

LOS MISMOS Y LORENZO

- LORENZO. (Entra corriendo.) ¡Señor!
- CESAREO. ¿Qué hay?...
- LORENZO. Venga Ud. pronto, pronto. ¡Creo que tengo la pista de la zorra que se nos lo come todo!...
- CESAREO. ¡Ah!... maldito animal; allá voy corriendo... dispensadme un momento, en seguida vuelvo. ¡Si llego á cogerla!. . (Se va.)

ESCENA XI

MARTÍN, VARGAS, ABARCA Y ELISA

- ABARCA. Vamos á ver, vamos á ver, ¡mil centellas!... ¿podemos permitir que esto se quede así?... ¿podemos dejar que le insulten en nuestras barbas?...
- VARGAS. ¡A un amigo nuestro!...
- MARTÍN. ¡De ningún modo debemos permitirlo!...
- ABARCA. ¡Tiene que darnos una satisfacción ese señor, y al momento!... ¿Cómo se entiende? ¡Y si no retira sus palabras!...
- VARGAS. Tiene Ud. mucha razón.
- ABARCA. Si no da una satisfacción completa...
- MARTÍN. (Con aire fanfarrón.) ¡Tendrá que habérselas con... Cesáreo!...
- ABARCA. ¿Quién de Uds. viene conmigo?...
- MARTÍN. (Con viveza, empujando á Vargas.) El amigo Vargas; vaya Ud., vaya Ud.
- ABARCA. Ya verán Uds. como arreglo yo estas cosas.
- ELISA. (Siguiéndolos, y dirigiéndose á su marido.) ¡Por Dios, Luciano, no te pierdas!... (Sale detrás de ellos.)
- MARTÍN. (Solo.) Por eso no voy yo; me conozco el genio; me dejaría llevar de la ira... y lo echaría todo á rodar, mientras que ese marino!...

ESCENA XII

MARTÍN Y TOLOSA

TOLOSA. (Entrando ve salir á Vargas y Abarca.) ¿A dónde irán ese par?...

MARTÍN. (Apercibiéndole, aparte.) ¿Tú por aquí?... Ahora verás... (Alto con intención y alejándose para salir.) Digan lo que quieran ciertas gentes, la verdad es que ha sido una suerte para Cesáreo el encontrarme yo aquí. ¡Sin mí, eso no hubiera pasado de un incidente sin consecuencias, nada!... Pero no en vano soy amigo suyo y para probárselo no necesito asaltar trincheras, ni echarme al río.

TOLOSA. ¡Pues hace Ud. muy mal!... (Martín busca una frase que contestar, se adelanta, no encuentra que decir y se marcha.)

ESCENA XIII

TOLOSA, después MAURICIO

TOLOSA. (Sole.) ¿Qué enredo se traerán entre manos, y qué estarán tramando esos tipos para mortificar aún más á ese pobre hombre?... ¡Y mientras tanto Mauricio!... (Reparando en él.) ¡Ah!... ¡aquí viene!...

MAURICIO. ¿Me buscabas?...

TOLOSA. Por todas partes...

MAURICIO. Pues estaba en el bosquecillo.

TOLOSA. ¿Con Cecilia?...

MAURICIO. Sí, y con Blanca.

TOLOSA. (Respirando.) ¡Ah!... y con Blanca. (Aparte.) Más vale así; esto me tranquiliza. Hagamos primero un requerimiento respetuoso.

MAURICIO. ¿Tienes algo que decirme?

TOLOSA. (Cogiéndole las dos manos.) Sí; ¿sabes lo que tendrías que hacer?...

- MAURICIO. ¿Qué?...
TOLOSA. Arreglar tu maleta y tomar el tren de esta noche...
- MAURICIO. ¡Marcharme de aquí!...
TOLOSA. Sí; de aquí á Madrid, de allí á San Sebastián y Biarritz y luego á alguna excursión por los Pirineos y después...
- MAURICIO. ¿Tantas ganas tienes de verme lejos de aquí?...
- TOLOSA. ¡Yo! (Con energía.) ¡Pues bien, sí... quisiera verte muy lejos!
- MAURICIO. ¿Y por qué?
TOLOSA. ¡Porque preferiría saber que te has ido al fondo del mar ó al infierno, antes que verte aquí ocupado en seducir á la mujer de un amigo, siendo desleal y traidor!...
- MAURICIO. ¡Tolosa!!...
TOLOSA. ¿Qué quieres?... Soy médico y digo las cosas tal como son. (Con dulzura.) ¡Vamos á ver!... ¡un arranque generoso... querido Mauricio!... ¡te lo pido muy de veras... vetel!... En tu corazón tan bueno como el mejor, hay un pequeño punto negro que se va gangrenando... ¡Cauterízalo... ¡Un botón de fuego!... ¡qué diantre! no es ninguna operacion de muerte, ánimo querido, y aquí me tienes á mí que estoy vivo y tan famoso después de habérmela hecho.
- MAURICIO. ¡Tú!...
TOLOSA. ¡Yo!... ¿Crees acaso que no he tenido también mis veinticinco años?... ¿Y que como tú no me he permitido alguna vez el absurdo y novelesco episodio de un amor prohibido?... ¡Y que no he sabido hacerme en tiempo oportuno el razonamiento de la *media naranja!*...
- MAURICIO. ¡La media naranja!...
TOLOSA. Así llamo yo á la serie de argumentaciones

con que un galán cualquiera llega á persuadir á la dama de sus desvelos, y esta déjase convencer fácilmente de que su marido no es el hombre que le convenia; que el hombre nacido para amarla y comprenderla es él... (Dando golpecitos en la espalda á Mauricio.) ¿entiendes?... Y á esto llamo yo el razonamiento de las medias naranjas, porque toda la lógica del seductor estriba en la leyenda siguiente, que te suplico oigas con atención. ¡Veamos tu leyenda!...

MAURICIO.

TOLOSA.

En un principio el hombre y la mujer crecían en unos árboles, que debiron ser los naranjos, formando ambos (indicación con el gesto juntando las manos.) un solo y único fruto tan unido y perfecto, que no había más que ver!... Brahma tuvo un día la ocurrencia de dividir todas aquellas frutas en dos mitades, el hombre de una parte y la mujer de la otra, echando luego en revuelto montón los pedazos en un canasto. ¡Procurad ahora reconocer y juntaros de nuevo, les dijo; la felicidad será de aquellos que sepan encontrarse y unirse en medio de esa confusión general!... ¡Y desde entonces cada uno de nosotros, no siendo más que la mitad de su propio sér, siente cierto vacío en su existencia, necesita su otra mitad, *su media naranja!*... ¡Mira, indaga, busca, procura encontrarla entre la multitud!... ¿Será ésta?... ¡No!... ¿Aquella?... ¡Tal vez!... da un paso, se adelanta... la otra mitad femenina avanza también... se acercan... otro paso... se unen!... y aquí viene el matrimonio. ¡Una vez dentro de él, suelen apercibirse de que no se avienen ni ajustan como debieran... pero ya es demasiado tarde!...

MAURICIO.

¿Y entónces?...

TOLOSA. Entonces... nunca falta algún trozo de naranja célibe que, aprovechándose del disgusto causado á la dama por el triste descubrimiento, se arroja á sus pies y exclama: Ud. debe ser una naranja muy desgraciada!... Su marido no es ciertamente la apetecida mitad que Ud. necesita. Todo lo más si alcanza á un tercio, ¡y qué tercio!... ¡insuficiente, mezquino!... ¡no puede de ningún modo llenar el vacío de su existencia!... ¡Ud. pertenece á las hermosas de Soller, y él... apenas si llega á media mandarina!... Su media naranja debiera ser yo... ¿Ud. lo cree?... Sin duda alguna... ¿Quiere Ud. probarlo?... ¡Probemos!... y la moraleja de la fábula consiste en que estas dos mitades se ajustan siempre mucho peor que las otras dos.

MAURICIO. Sí, burlate cuanto quieras... Hablas como un hombre que no ha sabido nunca lo que es querer.

TOLOSA. ¿Y tú crees saber amar? (Pasa á la izquierda.)

MAURICIO. ¡Qué! ¿No amo yo á esa mujer?...

TOLOSA. (Sentándose en la silla junto al piano.) ¡Figúrate si la amarás!... A los veinticinco años se te presenta una aventura... que halaga tu vanidad, que te distrae, que te ocupa...

MAURICIO. (Con calor.) ¡Te aseguro que la amo, que la amo como un loco!... Habré podido empezar por donde dices tú; pude tomarlo al principio, tal vez, como un pasatiempo, como fantasía de la mente exaltada... por ese juego de deliciosa coquetería, que se mezcla siempre en la amistad de una mujer hermosa; pero desde hace dos días, desde ayer sobre todo... desde que tú mismo me has obligado á darme cuenta exacta de lo que siento... ¡Ah!... ¡desde entonces ya no es ni capricho, ni locura, ni vanidad, como supo-

nes tú, es amor, sí, amor y nada más que amor!...

TOLOSA. ¡Pobrecillo!...

MAURICIO. Déjame hablar. Ya que tú has defendido con entereza la moral y la razón, déjame á mi vez abogar por mi causa, que es la causa de la juventud y del corazón. Podrás probarme si quieres, que no puedo ó no debo amar; pero una vez loco de amor por esa mujer, ¿crees tú que yo he de poder escucharte?... No oigo ni comprendo tus palabras. ¿Qué me importa de tu noral?... ¡La amo, esta es mi moral!... ¡este es mi deber! ¡La amo y quisiera poder proclamarlo á la luz del mundo entero! La amo, porque es hermosa, porque es encantadora, y porque sí, ¿lo entiendes ahora?... ¡Tales son mis razones, razones tal vez malas para tí; pero buenas para mí, y las únicas que yo puedo comprender y admitir!...

TOLOSA. ¡Pero hombre de Dios! Yo amo, tú amas, él ama... ¿y qué?... ¿Dónde dejamos la probidad, la virtud?...

MAURICIO. ¡Ahí te esperaba yo!... ¡La probidad, la virtud!... ¡Pues bien, no; yo no soy virtuoso, soy un culpable, un canalla, todo lo que tú quisieras; sería mejor que me marchara y venciera esta pasión!... ¡Pero esto es muy facil para quien como tú, nada siente! Pero ¿cómo mandar al corazón que regule sus latidos por el monótono *tic-tac* de tu reloj? ¿Soy yo quien manda en mi corazón, ó él quien gobierna mi albedrío?... ¡Y quién me enloquece con ese amor!... ¡Aun cuando pudiera ahogarlo en mi pecho, no lo haría, no!... porque es mi vida ese amor. ¡Y si quisiera exterminarlo, tampoco podría hacerlo sin acabar con mi propia existencia!...

TOLOSA. ¡Muy patético! pero ¿y el marido?...

- MAURICIO. ¿El marido?... ¿y qué?... ¡El está en su puesto y yo en el mío; nada sospecha!... Peor para él si sospechara... esto son cosas propias del matrimonio desde que el mundo existe; ¿y qué culpa tengo yo de que el amante sepa dar bien el asalto y que el marido se defienda mal casi siempre, y que la mujer se pase al enemigo?
- TOLOSA. ¡Di mejor al amigo!...
- MAURICIO. ¡Bah!... yo no soy amigo de Cesáreo: ahora soy su enemigo, su rival, puesto que él es dueño de mi bien!...
- TOLOSA. ¿De tu bien?...
- MAURICIO. ¡Sí, mío; su corazón me pertenece, es mío su pensamiento y el amor de esa mujer!...
- TOLOSA. De esa mujer, que es la suya.
- MAURICIO. ¡Por eso le aborrezco!
- TOLOSA. Perdóname, pues, querido, veo que planteaba yo mal la cuestión; porque desde el momento que su mujer te pertenece, como aseguras y que él... vamos, tienes razón de sobra y Cesáreo es aquí el usurpador y el culpable! ¡Muera Cesáreo!...
- MAURICIO. ¡Basta de bromas!...
- TOLOSA. (Tomando de encima del piano el bastón y el sombrero.) ¿No tienes nada más que decir?...
- MAURICIO. ¡Nada más!...
- TOLOSA. ¿Estás resuelto á no marcharte?
- MAURICIO. ¿A los Pirineos?... Creo que no.
- TOLOSA. ¿A seguir adelante?...
- MAURICIO. Sí.
- TOLOSA. Pues entonces óyeme y date por prevenido. Tendrás en mí un decidido campeón en favor del marido...
- MAURICIO. ¿Como amigo de él ó de ella?...
- TOLOSA. Ni del uno ni de la otra. Cesáreo no es amigo mío, y por consiguiente, no hago el amor á su mujer. Pero tú comprenderás que á mi

edad, y hallándome más próximo del matrimonio que del amor romántico, es muy natural que yo defienda una institución, de la que voy á ser pronto uno de sus mejores ornamentos. Cesáreo es, por lo tanto, mi aliado natural, y además, no siendo un marido de primera fuerza, y hallándose su mujer próxima á hacerle traición, hallarás que hay razón más que suficiente para que un caballero andante como yo, tome voluntariamente su defensa. (Se aleja en ademán de irse.)

MAURICIO.

¿Quiere decir que vas á advertirle?

TOLOSA.

(Deteniéndose y volviendo.) ¡Poco á poco! ¿Por quién me has tomado?... Si yo fuera un Martín ó un Vargas, podría ir á dar aviso. ¡Eso sería la defensa oficial!... Pero el defensor voluntario, no delata á nadie, no pronuncia una sola palabra; ataca por sorpresa, cuando menos se le espera... ¡Llega, hace fuego sobre el hanco, avanza, arremete y vence en toda la línea, dando una batida soberana al enemigo. ¡Ya lo verás!...

MAURICIO.

¡Lo veremos!... ¡Pero me das tu palabra!

TOLOSA.

¡La tienes, y ahora vete á tu puesto, que yo me voy al mío! ¡Y á luchar!...

MAURICIO.

¡Sea! (Va á salir por la biblioteca y se apercibe de que viene Cecilia.) Justamente, aquí viene Cecilia. ¡Como contrario leal te cedo el puesto!... ¡Puedes empezar!...

TOLOSA.

(Saludando.) ¡Primero Ud!...

MAURICIO.

(Idem.) Yo después, caballero!... (Se va por el fondo.)

ESCENA XIV

TOLOSA solo, después CECILIA

TOLOSA.

A tiempo llega; pues, con semejantes intenciones, es evidente que el mozo lanza su de-

claración al primer encuentro y estábamos perdidos sin remedio. ¡Nada! ¡hay que evitarlo á toda costa!... ¿Pero cómo?... ¿Por qué medio sencillo é ingenioso podría?... ¿Sin que ella sospechara?... (dándose en la frente.) ¡Ah!... ¡Eso es!... ¡aquí viene!... ¡A mi puesto!... (Saca del bolsillo un libro de memorias, lo abre, consulta notas, escribe. Cecilia sale de la biblioteca, apercibe á Tolosa, va hacia él.)

CECILIA.

¡Doctor!... (Tolosa fingiéndose absorto.) ¡Doctor!...

TOLOSA.

¿Qué hay?... (Volviéndose y saludando.) ¡Oh! Señora, perdone Ud., no había visto... estaba escribiendo...

CECILIA.

¿Alguna receta?

TOLOSA.

¡Sí, señora, una receta!...

CECILIA.

¿Para Mauricio?...

TOLOSA.

Sí, señora, para Mauricio.

CECILIA.

(Un tanto inquieta.) ¡Qué! ¿No está Ud. contento del enfermo?...

TOLOSA.

Ya lo creo, ¡contentísimo!

CECILIA.

Tiene ya mucho mejor semblante. ¿no es verdad?...

TOLOSA.

(Escribiendo.) ¡Muy buen semblante, muy bueno!...

CECILIA.

¿Entonces no hay peligro?...

TOLOSA.

(Con intención.) ¿Peligro?... ¡No señora, ninguno!...

CECILIA.

(Inquieta.) ¡Ah!...

TOLOSA.

Únicamente le prescribo aquí un régimen que tendrá que seguir al pie de la letra, á fin de completar su curación.

CECILIA.

(Tomando el papel.) ¡Muy bien, doctor!...

TOLOSA.

Lo malo es que tratándose de un joven sin familia, entregado á sí mismo... no sé hasta qué punto... Sería una fortuna, y no poca para él, si pudiéramos contar, como hasta aquí, con los buenos cuidados de Ud.

CECILIA.

En cuanto de mí dependa, ya sabe Ud.

- TOLOSA. ¿Si Mauricio pudiese continuar aquí, en esta casa, donde lleva una vida tan metódica, tan tranquila, tan dulce?...
- CECILIA. ¿Y por qué no?... ¿Quién piensa en que se vaya?...
- TOLOSA. (Con calor.) ¡Ah, señora!... me saca Ud. de una horrible inquietud; porque francamente al pensar que Mauricio iba á volverse á Madrid para empezar de nuevo aquella vida de disipación y de locura... ¡y que tal vez alguna pasión fatal!...
- CECILIA. (Con viveza.) ¡Una pasión!...
- TOLOSA. (Bajando la voz, mirando á uno y otro lado para ver si estan solos.) Sí, señora. Ahora que ya estoy tranquilo, puedo decírselo á Ud. en confianza. Lo que más temo por él, sobre todo, es... ¿Qué?...
- CECILIA. ¿Qué?...
- TOLOSA. (A media voz.) Un momento de exaltación... esa fiebre del alma... ¡el amor!...
- CECILIA. (Sorprendida.) ¡Ah!...
- TOLOSA. (Vivamente.) ¡Oh! ¡señora, el amor!... ¡en el estado en que se encuentra Mauricio... librenos Dios de semejante desgracia!
- CECILIA. ¿En el estado en que se encuentra? ¿qué quiere Ud. decir, doctor?...
- TOLOSA. Nada que pueda inquietarnos, si él es razonable... pero acabo de auscultarle, ¿sabe Ud.? dándole golpecitos (haciéndolo con el gesto.)
- CECILIA. ¿Y qué?...
- TOLOSA. Que el corazón está algo lesionado.
- CECILIA. ¿El corazón?...
- TOLOSA. Pero, tranquilícese Ud., señora; sólo se trata en este caso de una de esas conformaciones anormales, que no impiden que con ellas se pueda vivir muchos años.
- CECILIA. (Respirando.) ¡Ah!...
- TOLOSA. Mauricio puede vivir muy bien cien años, con la condición sin embargo, de evitar las

emociones en exceso violentas. Por ejemplo, sólo con una declaración de amor, con una declaración de amor sobre todo... ¡Ay! señora, solamente al pensar que pueda emocionarse al hacer una declaración amorosa... ¡Mire usted... me tiemblan las carnes!... Un movimiento brusco, al poner la rodilla en tierra... un gesto demasiado vivo del brazo (hace ademán de tomarle el talle) y las palabras apasionadas de... ¡Yo te amo!... ¡pronunciadas con demasiado fuego y entusiasmo!... ¡Dios poderoso!... ¡no hacía falta más para que se nos quedara en el sitio!

- CECILIA. (Espantada.) ¡Como!... ¿Sólo con?...
- TOLOSA. Sí, sí...
- CECILIA. ¡Pero eso es horrible!
- TOLOSA. ¿Qué quiere Ud.?... Todos tenemos alguna enfermedad oculta...
- CECILIA. Pero, ¡sobre todo esta!... ¡Es espantoso, doctor! Eso no puede ser; Ud. debe exajerar las cosas.
- TOLOSA. ¡Señora!...
- CECILIA. ¡Considere Ud., por Dios! No podría vivirse así... el amor se apodera del corazón... nadie puede responder de sí... Es verdad que Mauricio no piensa en eso... según dice ha decidido no volver á amar; pero...
- TOLOSA. Pero ¿qué?...
- CECILIA. Que no es lo mismo... Uno puede hacerse el propósito de renunciar voluntariamente al amor, diciéndose: No ha de ser, de mi depende... pero si viene Ud. á imponerle un régimen diciéndole: *¡No ames en tu vida!... ¡jamás!...* ¡Figúrese Ud!... Es lo bastante para que entren mayores deseos de amar en seguida... y hasta yo...
- TOLOSA. ¡Cómo! ¿Usted?...
- CECILIA. Digo yo, poniéndome en su lugar.

TOLOSA. ¡Ah! Corriente; que ame cuanto quiera...
¡Mientras no lo diga!...

CECILIA. ¡Para eso no vale la pena!...

TOLOSA. Ya se acostumbrará; á todo se acostumbra uno.

CECILIA. (Deteniéndole.) Diga Ud., doctor, ¡dicen que Uds. los hom eópatas son más tolerantes!... Hay amor, y amor... ¡El amor (Hace un gesto indicando la pasión exaltada.) debe ser peligroso!... ¡Pero el amor ide al... el amor del alma!... ¡Oh! ¡éste debe ser tan bueno, tan dulce, tan tierno é inocente, que puede considerarse casi como si fuera amor fraternal!...

TOLOSA. (Protestando.) ¡Uf!...

CECILIA. (Insistiendo.) En fin; eso casi no es amor.

TOLOSA. (Con viveza.) ¡Una pasión contenida!... ¡una exaltación mística!... ¡aún es peor y es mayor el peligro! Más claro; que diga solo, muy bajito, aun cuando sea mirando al cielo: *Te amo*, y no respondo de nada...

CECILIA. (Desesperada.) Entonces, ¿qué es lo que usted quiere?...

TOLOSA. Sencillamente; no dejarlo abandonado á sí mismo, y por eso considero como una verdadera fortuna para él, poder confiarlo á los cuidados de usted. ¡Esta es la delicada misión que me permito encomendar á usted, suplicándole que la cumpla cerca del pobre Mauricio!.. ¡Usted que es tan buena, que es su amiga, su hermana, su ángel guardián! Y si por desgracia alguna mujer hiciera latir su corazón enfermo más de lo conveniente, Ud. estará á su lado para sostenerle y ayudarle con esa mano tan caritativa como blanca y suave (besa la mano de Cecilia), haciéndole entrar en razón y diciéndole con dulzura: Querido Mauricio, siendo amistad todo lo que Ud. quiera. La amistad pura y

verdadera es la salud, la vida!... Pero el amor, ¡eso nunca, que es la muerte!...

CECILIA.

(Impresionada.) ¡Ah! . . Doctor...

TOLOSA.

Y dentro de diez, veinte ó treinta años, podrá cubrir de besos aún esa hermosa mano y exclamar: ¡A ella debo mi salvación, mi vida!...

CECILIA.

Pero...

TOLOSA.

(Sin escucharla.) Sí, dentro de treinta años (aparte) allí nos las den todas...

CECILIA.

Pero...

TOLOSA.

(Sin escucharla.) Y ahora me voy completamente tranquilo. (aparte). ¡Ahí tienes lo que te permito, calaverón! El amor á la *ciento séptuagésima quinta* disolución. (Se va.)

ESCENA XV

CECILIA, luego MAURICIO

CECILIA.

(Sola.) ¡Ese doctor es atroz!... No deben decirse esas cosas y menos cuando no es posible el curarlas. ¡Tan joven!... ¡tan simpático!... ¡y ser víctima de una enfermedad semejante ¡Dios mío! ¡Dios mío!... (Apercibiendo á Mauricio que entra por el fondo.) ¡El!... ¡viene hacia aquí!... Felizmente estoy prevenida é impediré cualquiera imprudencia.

MAURICIO.

(Aparte.) ¡Ya se ha marchado!... ¿Qué le habrá dicho?

CECILIA.

(De pie, junto al piano, volviéndole la espalda y haciendo como quien está ojeando música.) El pobre, y sin embargo, ¡nadie diría que está tan enfermo!...

MAURICIO.

¿Vamos á ver cómo me recibe?... (Tose.)

CECILIA.

(Volviéndose.) ¿Ud. aquí?...

MAURICIO.

(Aparte.) ¡No va mal! (Alto.) Creía que estaba Ud. en el jardín...

CECILIA.

¡No; estaba aquí con el doctor!...

MAURICIO.

(Mirándola.) ¡Ah!... Estaba Ud. con el doctor...

(Pasa por detrás del piano y viene á colocarse delante de Cecilia.)

CECILIA. Si, y me ha recomendado mucho que le cuide á Ud. y que le vigile.

MAURICIO. ¡Ah! (Aparte.) Es capaz de haberle dicho que estoy loco.

CECILIA. Y por lo tanto, prevengo á Ud. que voy á ser muy severa.

MAURICIO. ¿De veras?...

CECILIA. Ante todo, se le prohíbe terminantemente que vuelva Ud. á Madrid.

MAURICIO. ¿Cómo se entiende? que se me prohíbe...

CECILIA. ¡Terminantemente!... así como el marcharse de esta casa.

MAURICIO. (Sorprendido.) ¿Y es el doctor quien lo dispone así?...

CECILIA. ¡El doctor!...

MAURICIO. Pues no lo entiendo; pero...

CECILIA. Como Ud. lo oye.

MAURICIO. ¡Cecilia! (Da la vuelta al piano y viene á sentarse en la silla arrimada al mismo, durante la frase que sigue.)

CECILIA. ¡No hay Cecilia que valga!.. Aquí no hay más que la amiga sincera á quien ha prometido Ud. obediencia ciega. (Sentada en el taburete, le tiende las dos manos.) Deme Ud. esas manos... ¿No es verdad que se dejará Ud. guiar por mí, y que será muy obediente, muy sumiso y muy bueno?...

MAURICIO. Para complacerla á Ud., Cecilia, todo cuanto Ud. quiera. ¿Pero es el doctor quien lo manda?

CECILIA. El doctor quiere que Ud. se quede aquí, *conmigo*; que *conmigo* dé Ud. sus paseos sin cansarse demasiado; que hable, lea y desahogue Ud. su corazón siempre *conmigo*...

MAURICIO. ¿Es decir, que no me aparte nunca de Ud?...

CECILIA. Eso mismo.

- MAURICIO. (Con entusiasmo.) ¡Ese médico es un genio, capaz de volverme á la vida si estuviera muerto! (Le besa la mano.)
- CECILIA. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío!.. ¡ahora se me va á emocionar!
- MAURICIO. (Levantándose y apartando la silla.) Quisiera tenerle aquí para darle un abrazo...
- CECILIA. (Espantada se levanta también.) ¡Sí, sí... se conmueve... se conmueve!... ¿Quiere Ud.?...
- MAURICIO. ¿Cómo?...
- CECILIA. No agitarse de ese modo... queda prohibido también.
- MAURICIO. ¡Qué! ¿No puedo mover una silla siquiera?.. (La levanta.)
- CECILIA. (Deteniéndole vivamente.) Vamos... ¡se lo suplico!... ¡Mauricio!... (Le toma la silla de las manos.) Venga Ud. aquí. (Haciéndole seña con la mirada para que se acerque; pone la silla junto al sillón.) A mi lado... quieto...
- MAURICIO. (Aparte, atravesando la escena.) ¿Qué será esto? (Va á sentarse un poco bruscamente.)
- CECILIA. (Conteniéndole.) ¡Espacio!... ¡espacio!... (Después de hacerle sentar.) ¡Así!...
- MAURICIO. (Al mismo tiempo que ella y siguiendo el movimiento.) ¡Así!... (Cecilia toma de la cesta de la labor, que está encima del piano, una madeja de lana que se pone á devanar al sentarse en el sillón.)
- MAURICIO. (Para sí.) ¡Que no entiendo una palabra!... (Alto.) ¡Yá ve Ud. que soy obediente!... Es un encanto, Cecilia, esto de que Ud. haga y piense por mí... ¡Me parece que yo no soy yo, que formo parte de su propia existencia!... lo cual es para mí felicidad dulcísima, inefable!...
- CECILIA. ¡A ver... míreme Ud. bien! ¿piensa Ud. todo lo que dice?...
- MAURICIO. Pregúnteselo Ud. á mis ojos, y le dirán que no miento.

CECILIA. ¡No!... ¿Verdad que no le pesaría tener que sentarse á menudo á mi lado?...

MAURICIO. ¡Así me pasaría la vida!...

CECILIA. Qué cosa tan buena es la amistad, ¿no es cierto?...

MAURICIO. (Aparte.) ¡Como esta, ya lo creo!...

CECILIA. ¡Cómo llena el corazón... casi tanto como todos esos amores de Uds. los hombres!...

MAURICIO. ¡Ah! sí, sí...

CECILIA. ¡De un modo tranquilo y honroso!...

MAURICIO. (Sin convicción.) ¡Y honroso!

CECILIA. ¡Una afección desinteresada y pura, eso es lo bueno, eso es lo agradable! ¿Qué mira usted?...

MAURICIO. Lo que está Ud. haciendo.

CECILIA. Y vivir en una casita, en el campo, solos, lejos de la ciudad...

MAURICIO. En un bosque...

CECILIA. O á orillas del mar...

MAURICIO. Con un jardín lleno de flores...

CECILIA. (Dejando de bordar.) ¡Bajo un cielo azul, muy azul!...

MAURICIO. (Acercando la silla sin ruido.) En una casita muy pequeña, muy pequeña, para poder estar bien juntos el uno al otro.

CECILIA. (Entusiasmándose con sus propias palabras.) ¡Y vivir allí entregados á la pereza y á las dulces ilusiones de la fantasía!... Sin más cuidado que el de variar los pasatiempos de cada día... Escoger los paseos más amenos. Hoy, sería por entre los pinos y arbustos del bosque, embalsamados con sus aromas silvestres... Mañana la playa, con la suave brisa del mar que suspira y muere á nuestros pies... los ardientes rayos del sol que convidan á delicioso sueño... y los éxtasis dulcísimos á la luz de la poética luna!...

MAURICIO. ¡Yo le hablaría á Ud. con todo mi corazón!..

- CECILIA. ¡Yo le escucharía con toda el alma!...
- MAURICIO. ¿Por qué no, con amor?...
- CECILIA. (Sobrecogida, volviendo en sí.) ¡Con amor! ¿Qué dice Ud.... amigo?...
- MAURICIO. ¡Basta ya de amigos! Cese de una vez esa petición ridícula que ya no puede engañar á nadie. No, no soy amigo de Ud., Cecilia... lo que sentimos arder en nuestros corazones, en nuestras miradas y en nuestros labios... lo que desde ayer abraza nuestras almas y hasta el aire que respiramos... ¡eso ya no es amistad, Cecilia, eso es amor!
- CECILIA. (Levantándose.) ¿Que es amor, dice Ud.? ¡Oh, Dios mío!...
- MAURICIO. ¡Sí, amor, amor ardiente, inmenso, eterno!..
- CECILIA. (Espantada.) ¡Amor!... ¡lo que decía el médico!... ¡una declaración... santo Dios, que me la hace!...
- MAURICIO. (Siguiéndola y cayendo de rodillas.) ¡Diga usted por piedad á este corazón que sólo por usted late, por Ud. vive!...
- CECILIA. ¡Desdichado!... ¡de rodillas!... ¡eso no... Dios!...
- MAURICIO. ¿Verdad que esto es la felicidad, la vida?
- CECILIA. (Desesperada.) ¡Cielo santo!... y no para, no para... ¡Basta!...
- MAURICIO. Cecilia, soy vuestro, completamente vuestro. Ud. es el alma de mi alma, el ángel de mi vida!...
- CECILIA. (Enajenada.) ¡Ah!... ¡sí!... (Volviendo en sí.) ¡No!... ¡qué angustia!... ¡ah!... ¡Mauricio... si Ud. supiera... cállese por Dios!...
- MAURICIO. No, no quiero callarme, he de decirlo... he de pronunciar esa palabra que me quema los labios hace mucho tiempo, que exhalo todas las noches como un suspiro del alma y cuyo eco debe haber llegado hasta Ud... sí, la diré... "Te...

- CECILIA. (Desesperada y haciendo cuanto puede para que no hable.) ¡No!... ¡no lo quiero oír!...
- MAURICIO. Te...
- CECILIA. (Retrocediendo hacia el sillón de la derecha, procurando taparle la boca.) ¡No!...
- MAURICIO. Te...
- CECILIA. ¡No... no!...
- MAURICIO. ¡Te amo!...
- CECILIA. (Cae en el sillón dando un grito.) ¡Ah!... (Cúbrese el rostro con espanto, y luego abriendo un poco los dedos mira con estupor.) ¡El corazón!... ¡ahora!... ¡nada!...
- MAURICIO. (Sorprendido.) ¿Qué?...
- CECILIA. (Loca de contento.) ¡Nada!... ¡No le ha sucedido nada!... (Déjase caer en el sillón fatigada.) ¡Ay!... ¡ese médico!... ¡Ay! ¡Dios mío!... ¡qué miedo!... ¡qué daño me ha hecho Ud... (Estalla en una risa nerviosa que termina en llanto.) ¡Ah!...
- MAURICIO. ¡Cecilia!...
- CECILIA. (Excitada aún.) ¡Ah!... ¡ahora ya no hay peligro!... deje que le mire á mis pies...
- MAURICIO. ¡Vida mía!... ¡alma mía!...
- CECILIA. ¡Es esto el amor!...
- MAURICIO. ¡Te adoro!...

ESCENA XVI

LOS MISMOS, MARTÍN Y RAFAEL.

- MARTÍN. (Entrando y aperebiéndose.) ¡Oh!... (Se vuelve hacia Rafael, que viene detrás, le mete la gorra hasta los ojos para que no vea nada y acercándose á él con pudor.)
- MAURICIO. (Viéndoles se levanta.) ¡Martín!...
- CECILIA. (Fuera de sí no ve nada.) ¿Quién?... ¿Qué?...
- MAURICIO. (Ocultándole á Martín.) ¡No... nada; pero si viniera alguien!...
- CECILIA. (Volviendo en sí.) ¡Si viniera alguien!... ¿Quién ha de venir?... ¡Oh!... mi marido... me olvidaba!... ¡Oh, infeliz de mí!...

MAURICIO. ; Cecilia!...
CECILIA. (Rechazándole.) ¡Oh! déjeme Ud., déjeme usted.
 (Se va por la biblioteca.)

ESCENA XVII

MAURICIO, RAFAEL Y MARTÍN

MAURICIO. (A Martín en son de amenaza.) ¡En cuanto á usted!... ¡si Ud!...
MARTÍN. (Tapando todavía los ojos á Rafael.) ¡Caballero respete Ud. al menos á la inocencia!...
MAURICIO. ¡Bah!... ¡no se atreverá á decir nada! (Sale por el fondo.)

ESCENA XVIII

MARTÍN Y RAFAEL.

MARTÍN. (Levantando la gorra á Rafael.) ¿Qué has visto?...
RAFAEL. (Deslumbrado y con susto.) ¡Yo!... no he visto nada, papá.. si me has hundido la gorra hasta las orejas!...
MARTÍN. (Empujándole hacia fuera.) ¡Bueno, vete, vete... es por tu bien!...
RAFAEL. ¡Pero papá!...
MARTÍN. (Haciéndole dar un salto al empujarle con violencia hacia el cuarto de la derecha.) ¡Que te vayas, digo; entra ahí, en el cuarto amarillo!...

ESCENA XIX

MARTÍN, VARGAS, ABARCA, ELISA, luego TOLOSA

ABARCA. ¡La cosa marcha!... ¡vive Dios!... ¡Hemos visto á ese señor y va á mandar sus padrinos en seguida!...
MARTÍN. ¡Los padrinos, pues si vienen antes!...
ELISA. ¿Qué?...
MARTÍN. ¡Nada!... que hubieran visto lo que yo... acabo de ver, tan claro como le estoy viendo á Ud., á Mauricio... ¡el enfermo!... tan bueno y sano como Ud. y como yo, cogiendo... no, digo mal, teniendo (toma á Elisa por

la cintura, atrayéndola á sí) apretando así... eso es (á Vargas, que se acerca protestando.) ¡No, hombre!... es para indicar mejor... pues apretando contra su corazón... y esto no me lo podrán negar, porque lo he visto con estos ojos... Rafael también lo hubiera visto, á no encasquetarle yo la gorra hasta el cogote... Figúrese Ud. un chico que aún cree... (inclinándose al oído de Elisa.)

ELISA. (Impaciente.) ¿Acabará Ud.?... ¿apretando qué, quién?...

MARTÍN. Es verdad, ¿no lo he dicho? Pues á Cecilia!...

TODOS. ¡Oh!... ¡oh!...

MARTÍN. ¡Silencio!...

ABARCA. ¡Cuernos!... ¡Cuernos!... (Todos se miran sonriendo.)

ELISA. ¡Ya me lo sospechaba yo!... (Se miran todos regocijándose y ahogando la risa.)

MARTÍN. (Maliciosamente.) ¡Psit!... ¿qué tal?.. Ahora comprendo por qué el vecino le llamó: ¡Zopenco!...

TODOS. (Riendose.) ¡Claro!...

TOLOSA. (Entra, adelantando por la derecha y observándoles) ¡Hum!... ¡muy contentos andan los íntimos... malo!... Algo grave debe ocurrir por aquí...

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

Acto tercero

Salón del primer piso; gran balcón al fondo. A la izquierda, en primer término, puerta de comunicación con el cuarto de Mauricio, cerrada por un pestillo. Frente á dicha puerta un velador, un sillón, una silla, y en segundo término la puerta de entrada. A la derecha, segundo término, puerta á la escalera del jardín. En el primer término, la puerta del cuarto de dormir de Cecilia; entre las dos puertas una consola, á cuyo lado pende un cordón de campanilla. A la altura del primer término un diván de frente al público.

ESCENA I

CESÁREO entrando seguido de LORENZO

- CESÁREO. ¡Pues entonces no debe ser ninguna zorra... ya será algún animal de dos patas!... ¡Habráse visto!... ¡todas mis mejores gallinas!...
- LORENZO. Ya no queda más que una en el gallinero...
- CESÁREO. (Pasando á la derecha.) ¡Y en pleno día!... Y pensar que desde esta mañana ese endiablado animal me trae de acá para allá sin descanso. No he venido á almorzar... Me he pasado toda la tarde poniendo trampas; vengo un momento para comer, y apenas me levanto de la mesa han desaparecido casi todas mis gallinas!... ¡gallinas magníficas... algunos ejemplares de la Conchinchina!...
- LORENZO. ¿Manda Ud. que se haga algo?
- CESÁREO. ¡Yo quisiera pillarlo!... ¡Lo cojeremos ó dejaré de ser quien soy! No hay que pensar en más trampas. Cierra todas las aberturas de la cerca. Estoy seguro que debe andar

por el bosquecillo. ¡Daremos una batida en forma!

LORENZO. ¡Está bien, señor!

CESÁREO. (Llamándole.) Oye, si ves algo nuevo, no dejes de avisarme en seguida.

LORENZO. Sí, señor. (Sale por el fondo y entra Vargas.)

ESCENA II

CESÁREO, VARGAS, después ELISA

CESÁREO. ¡Cuando te coja! (Apercibiéndole á Vargas.) ¡Hola! ¿Qué hay?

VARGAS. Nada; me has dicho que subiera.

CESÁREO. Es verdad; tengo que hablarte, no quiero que nadie nos oiga...

(Elisa entra. Cesáreo la ve y la saluda.)

VARGAS. Están fumando en la glorieta y como mi mujer no está acostumbrada como la tuya al humo del tabaco... ¡por eso ha subido conmigo!...

CESÁREO. Bien hecho: no estará de más Elisa.

VARGAS. Tú dirás...

CESAREO. Se trata de un servicio...

VARGAS. (Vivo.) ¡Qué! ¿Vas á hacerme algún nuevo favor?...

CESAREO. No; al contrario, soy yo el que tengo que pedírtelo. (Sonriendo.) ¿Te estraña?... ¡La falta de costumbre!...

VARGAS. ¿Qué quieres decir con eso?... ¿que soy siempre el que pido, y tú?...

CESAREO. ¡No, hombre, no!

VARGAS. ¿O que abuso?...

CESAREO. Repito que ¿cómo podría yo decirte eso?...

VARGAS. ¡Sino lo dices, lo das á entender!...

CESAREO. ¿Cómo á entender? ¡Vaya un mal humor que traes!... te he hecho algún favor, es verdad, pero...

VARGAS. (Vivo.) ¡Bien á pesar mío, muchas veces!

CESAREO. ¡A pesar tuyo, ó no, como tú quieras! ¡pero

ahora no se trata de eso, y líbreme Dios de echarlos nunca en cara!

ELISA. (Muy tiesa.) ; Ha de saber Ud., señor mío, que no han caído en saco roto *esos favores!*...

CESAREO. ; Por Dios, señora, me lo dice Ud. en un tono!...

ELISA. ; Es que para un hombre delicado!... (Se sienta en la silla á la izquierda del velador.)

VARGAS. ; Con amigos que no son tan afortunados como tú!...

CESAREO. ; Pero señores!... ; por María Santísima!... ¿A donde vamos á parar?... ¿á qué viene esa disputa entre nosotros?...

VARGAS. ; Tú has empezado!...

CESAREO. Bah, bah, bah... ; qué susceptibles son Uds.!... ; Vamos á ver, aquí de lo que se trata es de un favor que tengo que pedirte! ; Quieres hacérmelo, sí, ó no?... ; Esto es todo, y me parece muy sencillo!...

VARGAS. (Con dureza.) ; Como sabes que no he de poder negártelo!... (Va hacia el fondo y vuelve á bajar por la derecha de la mesa.)

CESAREO. (Solo en medio de la escena.) Tomo esas palabras, aunque duras, como hijas de tu amistad, y...

VARGAS. (Interrumpiéndole.) En fin, ¿qué es lo que quieres?...

CESAREO. (Acercándosele.) ; Poca cosa!... Tengo un amigo, un joven, por quien me tomo gran interés, y á quien quiero mucho, casi como si fuera de la familia. No es rico por culpa suya, porque derrocó toda la fortuna que le dejaron sus mayores. No tiene ocupación ninguna, y como que la ociosidad es, además de censurable, mala consejera, por eso desearía yo poder encontrarle algún empleo lucrativo y honroso. ; En una palabra, quisiera poder hacerle hombre!...

VARGAS. (Sentado en el sillón.) ¿Y cuentas conmigo para eso?...

CESAREO. (Entre Vargas y Elisa, apoyándose en la mesa.) Sí. Sé que el hermano de Elisa está organizando una sociedad para la adquisición de terrenos en grande escala, y me han dicho que tú te interesarás también en ese negocio, y por eso te pido que recomiendes á mi joven protegido á tu cuñado. Es un muchacho activo, inteligente y muy listo... que pronto se pondrá al corriente de la contabilidad. ¡Ha estudiado derecho, tiene buena presencia, se expresa bien, y escribe bien!... me refiero al estilo, en cuanto á la letra ya me informaré mejor... ¡En fin, creo que es una verdadera adquisición lo que con él os proporciono... ¡Conque es cosa hecha, y muchísimas gracias!

VARGAS. (Levantándose.) ¡Hombre... tú pronto lo arreglas!... *pim, pam*, ya está...

CESAREO. ¡En cuanto te diga quien es!...

VARGAS. (Con viveza.) No quiero saberlo: esto aumentaría el disgusto que siento al tener que negarte lo que me pides...

CESAREO. ¿Cómo negarme?

VARGAS. ¡Ya verás; justamente me pides la única cosa que no puedo concederte!...

CESAREO. ¡Bah!

VARGAS. Me he impuesto formalmente no pedir... eso á los parientes de mi mujer.

CESAREO. ¿Pero siendo socio tú?...

ELISA. ¡Socio de su principal!...

VARGAS. Eso es, y además yo no lo he solicitado... Nada, no insistas, te lo suplico; es una cuestión de principios, y yo no transijo con los principios. Elisa te dirá que nunca he recomendado á nadie...

ELISA. (Confirmando.) ¡A nadie!...

- VARGAS. ;Absolutamente á nadie Para mí las recomendaciones son una cosa excesivamente delicada. Veo en la solidaridad temporal que se establece, entre el protector y el protegido, una responsabilidad tan grande para aquel... que prefiero abstenerme de ella por completo.
- CESAREO. Lo cual es más cómodo.
- VARGAS. Y luego... porque en fin... si yo tuviese que hacer alguna excepción á la regla, no sería ciertamente en un caso como este, y menos tratándose de tí.
- CESAREO. ;Muchas gracias! ¿Y por qué?...
- VARGAS. ;Si no te conociera como te conozco, si tú no fueras mi amigo... si él no viniera recomendado por tí, quién sabe!... porque entonces se trataría de un individuo cualquiera... ¿Pero usar de mi crédito y de mi influencia en favor del protegido de un individuo amigo mío, de un individuo que miro como cosa tuya, como cosa nuestra?... ;Eso nunca! ;El mismo interés que me inspira me impide favorecerle á fin de que no tenga nunca nada que agradecerme!...
- CESAREO. ¿De veras, eh?
- VARGAS. ;Tampoco quiero que se me pueda acusar de complacienté ni de dar pávulo al favoritismo!
- CESÁREO. Es decir, ¿que no puedes hacerme ese favor porque eres mi amigo?...
- VARGAS. Comprenderás que en ciertos casos así lo exige la integridad...
- CESÁREO. ;Ah!...
- VARGAS. Porque, bien mirado, lo que tú me pides no es del todo correcto.
- ELISA. ;No, señor!...
- CESÁREO. ¿Qué no es correcto?...
- VARGAS. Lo que tú pretendes es hacer pasar á tu pro-

tegido por encima de los demás, valiéndote del favor...

ELISA. Adelantándose, tal vez, á otros que valgan más que él...

VARGAS. Y querer que yo me preste á tales manejos, bajo la capa de la amistad, es lo mismo que... ¿por qué no decirlo?... que proponerme tomar parte en una intriga indigna.

ELISA. ¡Ni más ni menos!...

CESÁREO. ¡No!... ¡díganlo Uds. de una vez!... ¡soborno!... ¡corrupción!... ¡y que soy un *malvado*!... ¡será mejor!...

VARGAS. ¿Pero quién dice eso? (Se aleja y va á sentarse en el canapé.)

CESÁREO. (Yendo hacia él.) ¡Lo digo yo por tí!... ¡Mentira parece! ¿O te estás burlando de mí?... ¡Hombre, no me faltaba más que oír!... ¡Si yo hubiese tenido que contestarte con evasivas semejantes cada vez que has acudido á mi crédito, ó á mi dinero!...

VARGAS. ¡Ya pareció aquello!...

ELISA. Sí, eso es, ¡reproches ahora!...

VARGAS. ¡Ya te lo decía yo!...

ELISA. ¡Estas cosas siempre con cluyen así!...

CESÁREO. (Pasando por detrás de Vargas y colocándose en medio de la escena.) ¡Por los clavos de Cristo! ¡señores, entendámonos!... Me obligan ustedes á decir ciertas cosas...

VARGAS. Nada, hombre, no te quedes corto, continúa... ¡qué remedio nos queda más que oírte hasta el fin!...

ELISA. ¡Eso es lo que tiene el deber favores á nadie!...

CESÁREO. Pero, señor, si son Uds. los que...

VARGAS. ¡Dílo de una vez!... dí que quieres hacerme pagar lo que hayas podido hacer por mí y se acabó...

CESÁREO. No, ¡mil veces no! sino que...

VARGAS. ¡Ah!... ¡Si yo hubiese podido sospechar siquiera, que al aceptar tus servicios vendía mi conciencia!...

CESÁREO. ¡Tu conciencia!... ¡Qué conciencia, ni qué niño muerto!... Vive Dios, que puedes guardarla para tí esa conciencia... ¿Para qué he de quererla yo?... ¡Hace cuarenta y cinco años que la tienes y no te sirve de nada!...

VARGAS. ¡Esas palabras!...

CESÁREO. ¡Entre amigos!... ¡Si no fueras amigo mío; si no te conociera, como te conozco, no te molestaría diciéndote las verdades... pero á un amigo como tú!... nada de eso, al contrario... el mismo interés que me inspiras me obliga á decirte cuatro frescas, pues no quiero que puedan acusarme de complacencia, compadrazgo y favoritismo!... (Pasa á la izquierda.)

ESCENA III

LOS MISMOS y MARTÍN (entrando por el fondo.)

MARTÍN. (Con misterio.) ¡Chit!...

CESÁREO. ¿Qué hay?...

MARTÍN. (Desde el umbral de la puerta.) ¿Está ahí Cecilia?...

CESÁREO. ¡No!...

MARTÍN. (Idem.) ¡Mejor! (á Elisa.) ¿Señora, quiere usted tener la bondad de dejarnos solos un momento?... Son esos caballeros...

CESÁREO. ¿Qué caballeros?

ELISA. Pues dejo á Uds. (Sale por el fondo á la derecha acompañada hasta la puerta por Martín, quien vuelve y coloca dos sillas delante del sofá.)

ESCENA IV

CESÁREO, VARGAS, MARTÍN, LUCAS, RICO, después
ABARCA.

Lucas y Rico, de levita como para visita de cumplido.

CESÁREO. (Adelantándose hacia Lucas para darle la mano.)

¿Cómo vá, amigo, cómo vá?... (Deteniéndose.)
pero... ¡esa cara!... ¿se le ha muerto á usted
alguien?...

LUCAS. Permítame Ud., querido amigo, que le pre-
sente, al mismo tiempo que á estos señores,
al señor don Octavio Honorato Rico, que ha
tenido la bondad de venir conmigo!...

CESAREO. (Saludando con aire de asombro.) ¡Tengo mucho
gusto!... (Tropezando con Abarca que viene carga-
do con una caja de pistolas y dos sables)... ¿Qué es
eso?... (Lucas y Rico están hablando en el fondo du-
rante la pequeña escena siguiente.)

ABARCA. ¿Esto?... pues, ¡mira!

CESAREO. ¡Armas! y ¿para qué?...

ABARCA. Para obsequiar al vecino...

CESAREO. (Sin comprender.) ¡Al vecino!...

MARTÍN. ¡Sí, el de la cepa!... (Sigue el asombro de Cesá-
reo que le mira alternativamente.)

VARGAS. ¡Cortés, hombre, Cortés!...

ABARCA. Hemos ido á su casa, y...

MARTÍN. (Con calma.) Hemos arreglado el asunto; ¡Os
batís!...

CESAREO. ¡Qué nos batimos!...

ABARCA. Y estos señores son sus padrinos (tocándole
en la espalda.) ¡Eh, tiburón! ¿estarás conten-
to?... ¡Esto te recordará nuestras hazañas
con los negros!...

VARGAS. (Con intención.) ¡Ya ves que cuando se trata
de un verdadero servicio!...

CESAREO. (Atontado.) ¿Pues qué, crees que yo?...

ABARCA. (Apartándolo.) ¡Quitate de ahí!... No tienes
que meterte en nada; ahora nos toca á nos-
otros... (Hace seña á Lucas y Rico para que vengan
á sentarse. Vargas y Abarca se quedan de pie junto
al canapé, Martín se sienta en un sillón.)

LUCAS. Señores: Ni el señor Rico, ni yo hubiéramos
aceptado la delicadísima misión que aquí
noo trae, sino viniéramos con la esperanza,

in petto, de arreglar satisfactoriamente para todos ese conflicto surgido entre dos caballeros, (Cesáreo más tranquilo se sienta entre Martín y Abarca.) Siempre desagradable, y con el ardiente deseo de dar á esta entrevista todo el carácter pacífico de una misión conciliadora.

- RICO. (Asintiendo.) ¡Perfectamente!...
- CESÁREO. (Levantándose para dar la mano á Lucas.) ¡Gracias, amigo mío, gracias!...
- ABARCA. (Haciéndole sentar.) Haz el favor... deja hablar á tus padrinos.
- VARGAS. Ante todo debemos preguntar á estos señores si vienen autorizados para darnos mejores explicaciones sobre el epíteto empleado por el señor Cortés, que las que hemos recibido hace un momento...
- CESÁREO. (Queriendo levantarse.) Pero si es inútil.
- VARGAS. } (Los tres imponiéndole silencio bajito.) ¡Chist...
ABARCA. } ¡chist!...
MARTÍN. }
- LUCAS. ¡No negamos que con alguna ligereza, el señor Cortés, por aquello de *promptus animus promptior lingua* pudo dejar escapar la palabra *zopenco*!...
- VARGAS. Dispense Ud... Conste que Uds. convienen en la de *zopenco*...
- LUCAS. (Después de consultar con Rico.) Sí, señor, estamos completamente de acuerdo con lo de *zopenco*.
- MARTÍN. (Tranquilamente en un extremo, tomando rapé.) ¡Eso es muy grave, muy grave!...
- VARGAS. }
ABARCA. } ¡Por supuesto!...
- CESAREO. (Levantándose para protextar.) Yo...
- ABARCA. (Haciéndole sentar bruscamente.) Pero deja que hablen sus padrinos.
- LUCAS. No se ve, señores, esa gravedad que uste-

des dicen... Pesemos con exactitud el verdadero valor del epíteto... y encontraremos que es una expresión muy vaga... muy elástica...

CESAREO. Claro que sí...

MARTÍN. (Como antes.) Y muy claro; Cesáreo tiene razón... porque según Uds. mismos confiesan, aplican, sin miramiento alguno, esos epítetos elásticos. (Cesáreo hace ademán de hablar.)

LUCAS. (Levantándose Rico hace lo mismo.) Me explicaré, me explicaré; es una palabra que en cierto modo se ha hecho bastante común...

MARTÍN. ¡Eso es, y nos aplican Uds. palabras comunes!...

LUCAS. Me explicaré; es una palabra ordinaria...

MARTÍN. ¡Con lo cual nos tratan de ordinarios!...

LUCAS. (Aturdido.) Me explicaré, señores, me explicaré...

RICO. ¡Perfectamente!...

ABARCA. ¡Pues sí que se explica perfectamente!...

LUCAS. ¡Quiero decir!...

VARGAS. ¡Pero acabe Ud. de una vez!...

LUCAS. Que la palabra *zopenco*, si así puede afirmarse...

MARTÍN. (Levantándose.) No, señor; Ud. no puede afirmarlo...

LUCAS. (Aturdido.) Pero... pero...

CESAREO. (A Martín.) Supuesto que...

MARTÍN. (Haciéndole pasar por delante de él y relegándole al extremo de la derecha.) ¡Aparta, hombre!... ¡deja hablar á tus padrinos!... (Cesáreo quiere hablar y le falta la voz.)

LUCAS. En fin, señores, tomemos un punto de comparación; veamos el Diccionario y...

MARTÍN. ¡Sí, consultaremos á la Academia!... ¿y la intención, señores, dónde dejamos la intención?...

LUCAS. ¡Pero aquí no se ha hablado de intención, ni

- de cosa que lo valga!... Dejemos, pues, la intención completamente en la duda...
- VARGAS. ¡Precisamente en esa duda consiste la injuria!...
- MARTÍN. ¡O las injurias... puesto que no sabemos á cual atenernos!...
- VARGAS. }
ABARCA. } ¡Eso es!...
- CESAREO. Yo desearía...
- MARTÍN. ¡Te callarás!...
- LUCAS. Pues diré más, señores: Yo en esa palabra no veo injuria alguna; es una expresión vulgar, corriente, y á cada paso le llaman á uno tonto, y... además, en tono familiar es hasta muestra de intimidad y afecto, y en tono de disputa, es lo menos que se le puede decir á un hombre, y nadie se cree injuriado por eso...
- RICO. ¡Perfectamente!...
- MARTÍN. }
VARGAS. } (En tono burlón, alejándose.) ¡Oh!...
- ABARCA. }
CESAREO. } (Acercándose á Lucas le toma las manos.) ¡Querido amigo, doy á Ud. infinitas gracias; le agradezco con todo mi corazón el interés con que me ha defendido Ud. Esto ya se acabó... (Acercándose al grupo de sus amigos.) No se hable más del asunto.
- ABARCA. (Viniendo á colocarse entre Lucas y Cesáreo.) Tiene razón nuestro amigo. No hablemos más de esto; no es posible conformarse con semejantes explicaciones...
- VARGAS. (pasando por delante de Cesáreo.) ¡Y á menos que el señor de Cortés no dé una satisfacción!...
- CESÁREO. ¿Eh?...
- MARTÍN. Pues exigimos una satisfacción completa...
- CESÁREO. ¡Pero hombre de Dios!...
- ABARCA. Déjanos á nosotros...

- CESÁREO. ¡Pero, si yo no quiero, ni pido ninguna satisfacción!...
- ABARCA. Ya lo oyen Uds.; nuestro amigo no admite ninguna satisfacción.
- CESÁREO. ¡Claro que no!...
- MARTÍN. (Más alto.) ¡Absolutamente ninguna!...
- CESÁREO. Por supuesto.
- LUCAS. Entonces, señores, pasemos á arreglar las condiciones de duelo... Al ofendido le toca...
- ABARCA. (A Cesáreo.) ¿A pistola?...
- CESÁREO. Digo que no.
- ABARCA. (A Lucas.) Entonces será á sable.
- VARGAS. (A Cesáreo.) ¿Mañana al amanecer?
- CESÁREO. Que no quiero...
- MARTÍN. ¡No quiere mañana; ha de ser en seguida!..
- ABARCA. (A Lucas.) ¿A primera sangre?...
- CESÁREO. (Fuera de sí.) Que no, y no, y no!...
- ABARCA. ¡Demonio! ¡Entonces, señores, á muerte!...
- MARTÍN. ¡A muerte!... (Lucas y Rico se van hacia el fondo á consultar.)
- CESÁREO. (Exasperado, á media voz á su amigo.) ¡Pero si yo no quiero batirme!
- LOS TRES. (bajando la voz.) ¡Que no quieres batirte!...
- CESÁREO. Un duelo á muerte por un tubérculo de dalia!...
- VARGAS. ¡Cállate, hombre, que si te oyen!...
- CESÁREO. Que me oigan... Ellos tienen tantas ganas como yo... voy á decirles...
- ABARCA. Ya te guardarás bien...
- VARGAS. Hacer quedar mal á tus amigos...
- MARTÍN. ¡Ponernos en ridículo!...
- CESÁREO. Pero...
- MARTÍN. Si no quieres batirte por tí, al menos hazlo por nosotros.
- CESÁREO. Cómo, ¿queréis?...
- ABARCA. (Amenazándole con el puño.) Mira, si no fueras mi amigo, te...
- VARGAS. ¡Qué vergüenza!...

- MARTÍN. A Cesáreo.) Mirame... ¿Tiemblo yo acaso?
ABARCA. (Empujándole.) Vamos, anda.
CESÁREO. ¡Y tendré que batirme para darle gusto!...
ABARCA. (Cogiendo del diván los objetos que dejó antes.) ¡En
marcha!...
CESÁREO. ¡Que ya estallo!... me habéis vuelto el jui-
cio... pues bien, sí, quiero batirme á muerte
ahora mismo, y con todos; vamos pronto,
con mil demonios; vamos, ó te rompo el
alma!...
VARGAS.
MARTÍN. {Al fin!... ¡Así, hombre!... (Hace ademán de salir.)
ABARCA.

ESCENA V

LOS MISMOS Y TOLOSA

- TOLOSA. (Entrando á las últimas palabras.) Señores, si
hace falta un médico...
MARTÍN. (Para sí.) ¡Siendo á muerte!...
TOLOSA. Si Uds. quieren, pueden contar conmigo...
CESÁREO. ¡Sí, sí, pronto, doctor, pronto, que estoy que
rabo!...
TOLOSA. El tiempo preciso de ir por mi maleta!...
(Hace ademán de salir.)
VARGAS. ¡Por el botiquín querrá Ud. decir!...
TOLOSA. No, no, digo bien, mi maleta; pues qué, ¿nos
vamos más allá de la frontera?...
MARTÍN. Vamos al bosque vecino...
TOLOSA. ¡Aquí mismo!... ¡no lo han pensado ustedes
bien!... ¡un duelo á muerte! ¡ahí es nada
¿Y la responsabilidad para los padrinos?
VARGAS. (Afectados.) ¿Qué dice?...
MARTÍN.
TOLOSA. ¡La cárcel tal vez!...
MARTÍN. ¡Canastos!...
TOLOSA. ¿Y quién sabe? Nada, señores, no cuenten
Uds. conmigo.

- CESÁREO. Bueno; prescindiremos del médico... Vamos, vamos, pronto. (Ademán de salir.)
- MARTÍN. (Deteniéndole en mitad de la escena y haciéndole retroceder.) ¡Qué tanto vamos, vamos; no parece sino que tienes los demonios en el cuerpo!...
- VARGAS. (Idem.) ¡Qué prisa! ¡Cualquiera diría que desearas hacerte matar!
- MARTÍN. (Haciéndole retroceder hasta el extremo de la izquierda.) ¡Vargas tiene razón; pensándolo fríamente!... ¿Y si quedabas muerto en el lance?...
- VARGAS. ¡No se nos había ocurrido!...
- MARTÍN. (Conteniendo á Cesareo.) ¡Si ocurriera tal desgracia!... ¡Nunca podríamos consolarnos y... menos en chirona!...
- ABARCA. ¡Cómo! ¿vamos á arriar velas ahora?... ¡Cuernos!...
- MARTÍN. (Rechazándole y sin soltar á Cesáreo.) ¡Ya sabemos que Ud. es un bebedor de sangre, un lobo marino! (A Cesáreo.) ¡Pero tú!... ¡tú no eres ningún tigre!...
- VARGAS. (Apretándole la mano.) ¡A tus años!
- MARTÍN. (Idem con ternura.) ¡Un padre de familia!...
- CESÁREO. ¿Es decir que ya no me bato?...
- MARTÍN. (Alto-vivo.) Que no quiere batirse: ¿lo oyen ustedes?... ¡Los padrinos debemos retirarnos... y nos retiramos!... (Movimiento para marcharse.)
- VARGAS. Un momento: ¡podría extenderse un acta!...
- LUCAS. Aquí la traía preparada por si acaso.
- MARTÍN. (Tomando la pluma.) Muy bien; firmemos pronto...
- VARGAS. Todos.
- ABARCA. (Encogiéndose de hombros.) ¡Cómo fingen los muy... cobardes!
- MARTÍN. (Firmando.) ¡Bendito sea Dios! ¡en cuan poco estriba la vida de un hombre!...

- CESÁREO. (A Tolosa.) ¡Gracias, doctor!...
- TOLOSA. Para servir á Ud. ¿Está Mauricio en su cuarto?
- CESÁREO. Tendrá Ud. que dar la vuelta, porque está condenada la puerta por este lado...
- TOLOSA. (Señalando la primera puerta de la izquierda.) ¿Está?...
- CESÁREO. Sí.
- TOLOSA. Bien. (Aparte.) Con un... bueno, ahora á mis enamorados... ¡Por fuerza en mi vida anterior fuí perro faldero! (Váse por el fondo.)

ESCENA VI

LOS MISMOS, menos TOLOSA

- VARGAS. (Después de haber firmado, dirigiéndose á Abarca.)
¡A Ud. le toca, señor capitán! (Martín va hacia Cesáreo.)
- CESÁREO. (A Martín.) Ahora sabremos al fin su nombre.
- ABARCA. (Tomando la pluma.) ¿Yo también he de firmar?
- MARTÍN. Sí, y con todas sus letras. (Señal de inteligencia con Cesáreo.)
- ABARCA. No anda mi mano tan lista para escribir como para dar mogicones... pero, allá va. (Firma.) Ya está. (Se levanta.) Voy á llevarme á abajo esos chismes. (Cogiendo las armas.)
¡Qué lástima!... ¡tan buen desafío!... ¡pasteleros!... (Sale por la puerta del jardín.)
- CESÁREO. Al fin sabremos cómo se llama ese amigo que no conozco.
- MARTÍN. (Acercándose con el papel.) ¡Caracoles! El demonio que lo lea...
- LUCAS. (Despidiéndose.) ¡Mi querido don Cesáreo!...
- CESAREO. (Acompañándole.) ¡Tantas cosas al señor d Cortés!... (Lucas y Rico se van por el fondo.)

ESCENA VII

CESÁREO, MARTÍN, Y VARGAS

- CESÁREO. (Adelantándose.) ¡Uf!...
- VARGAS. ¡Pobre amigo! .. (Los dos le dan la mano con entusiasmo.)
- MARTÍN. ¡Gracias á mí, todo ha concluído bien!
- CESÁREO. ¡Ay!... ¡de qué buena gana le daría un abrazo á mí mujer! Después de lo que ha pasado... ¿Por dónde andará mi mujer?... (Vargas y Martín se miran, después Martín tose ligeramente.) ¿Decías algo?
- MARTÍN. ¿Yo?... Nada... no digo nada.
- VARGAS. Seguramente estará en el jardín con Mauricio.
- CESÁREO. (Dirigiéndose hacia la puerta.) Pues voy á buscarla. ¿Venís?
- MARTÍN. (Para sí.) No, por cierto; que no quiero volver á ver lo de esta mañana. (Va á sentarse en el canapé.) ¡El onceno no estorbar!
- CESÁREO. (Deteniéndose.) ¿Cómo estorbar? (Vargas se sienta á la izquierda.)
- MARTÍN. Nada, que hube de entrar esta mañana en el saloncito de abajo... los ví hablando con mucho calor... y como que no me esperaban... ¡claro!...
- CESÁREO. (Sonriendo.) Estarían hablando de música, de pintura ó de poesía y tu presencia podía molestarles. (Ademán de irse.)
- MARTÍN. (Bajo.) ¡Ya lo creo que les molestaba!... (Se suena con afectación. Silencio. Vargas tose, afectando no mirar á Cesáreo.)
- CESÁREO. (Retrocediendo.) ¿Qué os pasa?... ¿Qué tenéis?...
- LOS DOS. ¿Nosotros?...
- CESÁREO. Sí, tenéis un aire de misterio, un aire extraño, que...

- MARTÍN. (Para sí haciendo como quien coje un alfiler del suelo.) Pues no tiene nada de extraño...
- CESÁREO. ¿El qué?
- MARTÍN. (Señalando á Vargas.) Nada... lo que quiere decir Vargas...
- VARGAS. (Levantándose.) ¡Yo!... ¡Pues me gusta!... Yo digo lo que dice Ud. (Cesáreo asombrado les mira con atención.)
- MARTÍN. Pues yo no digo nada. (Levantándose.) ¿Vamos abajo?...
- VARGAS. Vamos... (Se dirigen hacia el fondo.)
- CESÁREO. (Deteniéndoles.) Un momento. Hacedme el favor de explicarme lo que significan esas retencencias que ya empiezan á molestarme.
- VARGAS. ¡Si te has de enfadar!...
- CESÁREO. No me enfado; pero ¿qué es lo que hay?... ¿qué queréis decir?...
- MARTÍN. ¿Crees tú que sólo por gusto había de venirte Vargas con chismes de esa indole?...
- VARGAS. (Sorprendido.) Cuándo, únicamente por tu bien, es que Martín te dirá...
- MARTÍN. ¡Se hace muy penoso; pero tales son los deberes de la amistad... y cuando hay que dar una mala noticia! ..
- VARGAS. (En igual tono.) ¡O bien hay que decir alguna cosa desagradable!...
- MARTÍN. Los amigos, como nosotros, están siempre dispuestos... ¡pobres amigos!...
- CESAREO. (Insistiendo.) ¿En fin, qué hay?...
- VARGAS. (Interrumpiendo.) ¡Porque sería peor que un extraño viniera, y á boca de jarro!...
- MARTÍN. (Con viveza.) Te dijera: tu esposa coquetea más de lo conveniente con...
- VARGAS. (Idem.) ¡Siempre se le ve junto á Mauricio!...
- MARTÍN. Metidos por los rincones...
- CESAREO. (Sobrecogido.) ¿Eh?...
- MARTÍN. (Con viveza.) ¡Ya lo ves!... Sería para tí un golpe terrible, mientras que nosotros...

- CESAREO. ¡Qué!... Cecilia... Mauricio... ¿Os atrevéis?
¡Basta!...
- VARGAS. Pero...
- CESAREO. ¡Silencio digo!... Es una cosa indigna, por no decir infame, que dos hombres á quienes doy la mano y llamo amigos... se atrevan delante de mí, en mi casa. ¡Oh!... mi esposa, mi pobre Cecilia; ¡nunca podréis calcular el daño que me habéis hecho!...
- MARTÍN. (Que había ido acercándose á la consola.) ¡Eso es, enfádate con nosotros ahora!... Yo no digo lo que he visto, ni lo que he dejado de ver; pero en fin, algo ví...
- CESAREO. ¿Qué viste? ¡Acaba!
- MARTÍN. Le ví hablando, como te ha dicho Vargas...
- VARGAS. ¿Yo?...
- CESAREO. (Con ansiedad.) ¿Y luego?...
- MARTÍN. (Con aplomo, interrogando á Vargas.) Pues luego... ¿eh, Vargas? (Viendo el asombro de Vargas.) ¡Ah!...
- CESAREO. ¿Y eso es todo?... ¡Vive Dios, que tenáis mucha prisa por venir á turbar la paz de mi alma!... Haciéndome dudar de lo que más quiero y estimo. ¡Y para eso invocáis los deberes de la amistad!... ¿Qué amistad es esa?... ¿y qué diferencia hay entre vuestra amistad y el odio?... Desde ayer que no hacéis más que envenenar la felicidad de mi existencia. Esta mañana os complacíais en encontrar todos los defectos imaginables á mi casa, destruyendo con ellos el gusto y la satisfacción que aquí tengo. Hace poco que os esforzabais encarnizadamente en nombre de esa misma amistad, en trocar una querrela insignificante en mortal combate, y ya que no pudisteis poner en riesgo mi vida á vuestro antojo, necesitáis ahora desquitaros destrozando mi honor!...

- VARGAS. Pero, si...
- CESAREO. (Con viveza.) Sí, es verdad, ¿no es eso? ¡Pues bien, aun cuando fuese cierto, debíais callaros y dejarme en mi error!...
- MARTÍN. Hemos cumplido con nuestro deber de amigos. No hablemos más de eso.
- CESAREO. ¡No, al contrario! Si ahora soy quien quiere que habléis, y que habléis claro... ¡Pues que!... ¿pensáis que eso me basta?... ¿Creéis que voy á permitir os juzgar á mi mujer según vuestro capricho? ¡No, por vida mía! ¡No he de consentir que su honor ni el mío queden bajo el peso de sospecha semejante!
- VARGAS. Qué más deseáramos nosotros; ¿pero cómo quieres tú?...
- CESAREO. No lo sé... pero buscaré... y hallaré el medio... Tengo de daros una prueba tan evidente de su inocencia que...
- VARGAS. (Vivo.) ¿Una prueba de su inocencia?... Eso es lo que deseamos.
- CESAREO. ¡Esta noche... esta misma noche!... (Pasa á la derecha. Martín se ha ido hacia el fondo.)
- VARGAS. (Acercándosele.) ¡Pues bien!... Mira, haces ver que te vas á Madrid... Un negocio urgente... una carta... lo que se te ocurra, y vuelve de pronto por la noche. ¡Es un recurso muy conocido, pero siempre da buen resultado!...
- MARTÍN. (Viendo á colocarse entre los dos.) Tiene razón, es un medio infalible. He conocido yo á cierto marido que quería saber á qué atenerse. Se dirigió á sí mismo una carta, que le trajo el cartero á la hora de almorzar, y dijo á su mujer: ¡Oh!... ¡Oh!... ¡buena noticia!... ¡Virginia! porque se llamaba Virginia, Virginia, escucha, mira, mujercita mía, esta carta me avisa que un deudor contra quien tengo pedido auto de prisión, está en Avila.

¡Me iré en el tren de esta tarde, paso allí la noche, y mañana temprano lo pesco, cuando más descuidado esté!... Virginia exclamó: “¡Una noche fuera de casa!... es demasiado,” llegó hasta el punto de pedirle cuentas. “¡Tú me engañas!... ¡tendrás por ah' algún lío!,”... ella llora, el marido la consuela como puede... le promete un mantón de Manila, era la época de los mantones de Manila... todas las mujeres querían tener uno de esos mantones. Cesa de llorar al oír la promesa, y entre el último sollozo y la primera sonrisa, le dice: “¡Bueno, marido! (Con ironía, levantando las manos, el cielo.) Pero yo quiero acompañarte á la estación., Bien, acompáñame... y allá van á la hora de la partida. Sube el marido al vagón; que se marcha en el tren... adiós, adiós... Pero el marido, como podéis suponer, baja en la estación inmediata, toma el primer tren de regreso á Madrid, y llega como á las once y media de la noche... ¡Era en el mes de Noviembre, el día 7!... ¡Entra en su casa sin ser visto, empuja la puerta de la sala... nada!... Empuja la puerta del gabinete... y allí... señores ¡lo que ví!

VARGAS.

(VÍTO.) ¿Cómo, eras tú?

MARTÍN.

(Desconcertado.) ¿Eh, qué?... Pero, si yo no he dicho... ¿qué he dicho yo? (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Ah!... ¡Necio de mí!... Pues bien, sí, era yo... y os aseguro que después de aquel día...

CESAREO.

¡Emplear medios semejantes! ¡La mentira!... ¡el engaño!...

VARGAS.

Busca otro mejor...

MARTÍN.

¡Si tu mujer está sola... te quedas tan tranquilo!...

VARGAS.

Y nosotros tan contentos.

- CESAREO. (Paseándose.) Cómo tener valor para presentarse ante ella y decirle... Se sospecha de tí, y yo soy bastante indigno para...
- MARTÍN. Pero no se dice eso; se inventa un pretexto...
- VARGAS. Que se te ha escapado el tren.
- MARTÍN. Que se te ha olvidado algo.
- CESAREO. (Disgustado.) ¡Qué! ¿Queréis hacerme cometer una felonía?
- VARGAS. ¡Una felonía!...
- MARTÍN. ¡Para cerciorarte!...
- CESAREO. (Con fuerza.) ¡Oh!... ¡si tuviera yo la certeza!...
- MARTÍN. ¡Ah!... ¿Con que lo crees posible?...
- CESAREO. ¡Ya no sé si creo ó si dudo... Lo que sé es que me volvéis loco con esa infamia, y sin embargo, juraría que mentís!... ¡No puede ser!... Ella engañarme. ¿Por qué? ¡Así se hace traición á un hombre sin motivo!... ¡Una mujer á quien adoro... cuya felicidad es mi único anhelo!... Y él... un joven á quien recogí casi niño... ¡Pero no, si fuera eso cierto... yo hubiera notado algo... algo hubiera visto!... ella está como siempre... no tiene ese aire inquieto... ni él tampoco... Está tranquilo... tranquilo como yo, y á pesar vuestro, mirad: ¿no veis que la evidencia está en contra vuestra... que eso no es verdad?... ¡No!... no. (Con desesperación.) ¡Ah!... ¡pero si fuera cierto!... (Cayendo en el canapé.) ¡Dios mío!...
- VARGAS. ¡Silencio, tu mujer!...
(Cesáreo se levanta y procura dominarse.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS, luego TOLOSA, BLANCA Y MAURICIO

- CECILIA. (Entrando con Blanca.) ¿Conque no quieren ustedes bajar al jardín antes que sea de noche?

- CESAREO. No... estábamos hablando... (Mauricio entra con Tolosa, quien no le suelta, con el pretexto de darle el brazo.)
- MAURICIO. (A Tolosa.) ¡Pero hombre no me fastidies más!...
- TOLOSA. Delante de la gente, te puedo soltar. (Van á la ventana y hablan con Blanca.)
- CECILIA. ¿Y de qué hablaban Uds., era cosa interesante?
- VARGAS. De un negocio de poca monta.
- MARTÍN. Que no hubiera sido del gusto de Ud. seguramente.
- VARGAS. Y que obliga á Cesáreo á marcharse á Madrid esta misma noche.
- CECILIA. ¿Esta noche?
- CESAREO. (Algo turbado.) Sí... yo...
- MARTÍN. (Con viveza.) Acaba de recibir en este momento una carta... ¿No es eso? ¡Es cosa muy urgente, se trata de un deudor, contra quien tenemos pedido auto de prisión, y queremos cogerle antes de que salga el sol!... (A Vargas.) Esta es de mi tiempo... ¡Como que no hay nada mejor!
- CECILIA. (A Cesareo.) Pero no podría encargarse alguien...
- MARTÍN. No; imposible, Virginia. (Reponiéndose.) Perdone Vd., quería decir...
- CECILIA. En ese caso se van Uds. mañana temprano...
- CESAREO. En efecto, podríamos... (Cecilia va hacia la mesa.)
- MARTÍN. (Bajo.) ¿Qué?... ¿vas á ceder?...
- CESAREO. (Bajo.) Pero, ¿miradla bien y decidme si puede ser culpable esa mujer?... Ya veis que no quiere que me vaya.
- MARTÍN. Tampocó lo quería Virginia.
- CESAREO. Eso no prueba nada.
- MARTÍN. ¡Al contrario... y además, ahí está Mauricio que no te ha dado la mano en todo el día!...

- CESAREO. (Sobrecogido.) ¡Mauricio!... ¡es verdad!
- CECILIA. (Acercándose.) ¿Han concluido Uds. de deliberar?...
- CESÁREO. Sí, y decididamente...
- CECILIA. ¿Se quedan Vds.?... (Mauricio se adelanta. Tolosa se queda en el balcón con Blanca.)
- CESAREO. ¡No!... me marchó, es una cosa precisa... y ya comprenderás... (Aparte.) Tienen razón, prefiero acabar de una vez...
- CECILIA. ¡Pero tan tarde! (Empieza á anocheecer.)
- CESAREO. (Con aire despreocupado.) ¡Bah! por una noche... No sucederá nada... No va á hundirse la casa, ¿verdad? Además, aquí queda mucha gente. Vargas, Martín, Mauricio. Tú me respondes de mi mujer. (Va hacia Mauricio y le toma la mano.) ¡A tí la confío; á tí sobre todo! (Cecilia se aleja y con el gesto indica á Blanca que vaya á buscar el paletó de su padre.)
- MAURICIO. (Confuso, evitando encontrar su mirada.) ¡Vávasse Ud. tranquilo!... (Se aleja.)
- CESAREO. (Aparte después de haber estrechado la mano á Mauricio.) ¡Ah!... ¡que mano tan helada!
- CECILIA. (Acercándose.) ¿Pero volverás mañana á la hora de almorzar?
- CESAREO. (Sin mirarla.) ¿A la hora de almorzar?... Sí. (Da algunos pasos para irse.)
- CECILIA. ¿Y te vas así?...
- CESÁREO. (Volviendo.) ¡No! (La besa en la frente con frialdad; vuelve á besarla con pasión.) ¡Oh!... ¡no es posible!...
- CECILIA. (Levantando la cabeza.) ¿El qué?...
- CESAREO. (Reponiéndose.) ¡Nada!... ¡nada!...
- BLANCA. (Llegando con el abrigo.) Y á mí, papá, ¿no me das un beso?
- CESAREO. Sí, sí. (La besa. Blanca va hacia Cecilia y la da el chal que Cecilia se pone. Lorenzo entra trayendo el sobretodo de Cesáreo. Cesareo se adelanta solo en la escena y con voz conmovida.) ¡Dios mío! ¿No soy

un buen marido?... ¿un buen padre?...
¿qué más he de ser?...

- VARGAS. (Notando su emoción. Vamos, ven, ven...
TOLOSA. (Apartándose del balcón y viniendo á la derecha.)
¿Cómo! ¿Se marcha?...
CECILIA. (Tomando el brazo á Cesáreo.) Te acompañaré
hasta la estación.
MARTÍN. (Aparte.) ¡Como Virginia!
BLANCA. Y yo también, mamá...
CESAREO. Vámonos, pues.. (Cesáreo sale dando el brazo á
su mujer. Vargas da el suyo á Blanca.)
MARTÍN. (Siguiéndoles.) ¡Qué suerte el tener amigos
como nosotros!

ESCENA IX

TOLOSA y MAURICIO

- TOLOSA. (Siguiéndolos con la vista.) ¡Pues se va!... ¡Y
deja aquí al otro toda la noche!... ¡Mentira
parece!. (Va al balcón, asomándose para verlos
pasar.)
MAURICIO. (Entra, y viendo que Tolosa no le mira, se adelanta
de puntillas hacia la puerta del primer término de la
derecha.) ¡Puesto el pestillo! (Quitándole.) Ya
está abierto...
TOLOSA. (Viniendo.) ¿Eh?...
MAURICIO. (Haciendo como quien tropieza con la silla.) Na-
da... (En tono de broma.) ¡Buenas noches
querido doctor!... (Arregla la silla y se va.)

ESCENA X

TOLOSA, después RAFAEL

- TOLOSA. (Siguiéndole con la vista.) ¡Por Satanás!...
¡vas á ganarme la partida, calaverón!...
¡Ese imbécil de marido que me arrastra to-
dos los triunfos!... ¡Bah!... renuncio, pues,
á mi empresa. Ya qué él lo quiere, con su
pan se lo coma... ¡estaba escrito!... (Va á

salir y se detiene.) ¡Si estaba escrito, no está impreso todavía!... y mientras esto no sea... no he de cejar yo!... ¡Le salvaré á pesar suyo!... Salvarle es lo de menos; ¿pero cómo?... ¿Cómo me las voy á componer? Toda la noche... ¡velar durante dos horas mortales por la virtud de una mujer!... (Entra Rafael muy pálido con la mano puesta en el estómago, viene del jardín.) ¡Demonio, vaya un plantón!... ¿Y el pretexto para quedarme?... ¿Y donde me quedo?

- RAFAEL. (Va acercándose, suspirando.) ¡Ay... ay!...
- TOLOSA. (Mirando á derecha é izquierda.) ¿Qué es lo que hay? ¿Qué tiene Ud.?... ¡Qué cara!...
- RAFAEL. Ay... no lo sé... pero tengo el estómago hecho un infierno.
- TOLOSA. Eso no es nada.
- RAFAEL. (Tambaleándose.) ¡Algo es!... todo gira á mi alrededor...
- TOLOSA. ¿Eh, qué?...
- RAFAEL. (Dejándose caer en el sillón junto á la mesa.) ¡Ay, doctor!...
- TOLOSA. (Yendo hacia él é inclinándose.) ¡Ah!... Vamos, habrá funado Ud. ¿no es eso?...
- RAFAEL. Sí, un tabaco, ¡pero muy pequeño!...
- TOLOSA. ¿Uno de los habanos pequeños de papá?
- RAFAEL. Sí, señor, un trabuco.
- TOLOSA. ¿Un trabuco? ¡Caramba! por eso el estómago se resiente...
- RAFAEL. Ay, doctor, yo me muero...
- TOLOSA. Aun no, aun no...
- RAFAEL. Oh, sí, sí...
- TOLOSA. No, no, todavía no...
- RAFAEL. ¡Un vaso de agua!...
- TOLOSA. (Llamando.) ¡A ver, un vaso de agua!... (Juana acude trayendo una lámpara que coloca encima de la mesa. Media luz en el teatro.)
- JUANA. ¿Un vaso de agua?... ¡Ah, Dios mío!... ¿que

TOLOSA.

tiene? (Va hacia él.) ¿Está enfermo?... (muy solícita alrededor suyo en lo que sigue.)
Sí; tome Ud.... échele un poco de agua en la cara... esto le hará mucho bien... y después que pase la noche así tranquilo. (Asalado por una idea.) ¡Ah! ¡Loado sea Dios! qué idea!... ¡Ni llovida del cielo... buena excusa para quedarme!... Lo meto en cama... lo cuido... y lo velo toda la noche... así me quedo en la casa... ¡y se salvó la patria!... ¡Eureka!... Vamos, ¿tendré tiempo para velar á éste y vigilar á los otros? (saca el reloj y hace el cálculo siguiente con extrema volubilidad.) Diez minutos para que vuelvan de la estación; cinco minutos para retirarse los criados... hacen un cuarto de hora, con lo cual tengo bastante para acostar á Rafael. Bueno; Cecilia se queda sola... aparece Mauricio luego. (Imitándoles.) “Cielo, ¿es Ud.?... ¡Soy yo!... (vuelve á tomar su tono natural.) Esto se llevará dos minutos á lo más, y los quince, son diez y siete... tiempo necesario para darle la tisana al enfermo. (vuelve á imitarles.) “¡Retírese Ud.!, ¡Imposible!... “¡Qué pueden venir!,, ¡Que vengan. (Tono natural.) Dos minutos y medio, que con los diez y siete suman diez y nueve y medio. (Señalando á Rafael.) Se le declara la indigestión. (Tono de imitación.) “Te amo ,,,... ¡Y yo!... ¡más que á mi vida!... Iba á decírtelo... (Tono natural.) Cuatro minutos, hagamos la cuenta redonda, veinticuatro minutos. (Señalando á Rafael.) ¡Este acaba... bajo yo... veinticinco ó veintiséis minutos!... ¡Demonio!... no, ¡es demasiado!.. ¡Es de absoluta necesidad que la indigestión de ese angelito no dure más allá de veintidos minutos! (Llevándose cargado á Rafael.) ¡Vamos, andando, pollo, que no

- RAFAEL. hemos venido aquí para perder el tiempo!...
(Suspirando en sus brazos.) ¡Ah!...
TOLOSA. Sí, sí... ya lo sé... allá arriba... ¡Oh, Providencia! Todos los medios son buenos, para salvar la virtud... (Suspiro de Rafael.) Sí, sí... Rafael... allá arriba... ¡Angelito!... (Se lo lleva corriendo.)
JUANA. (Sola.) ¡Vaya unos hombres!... ¡Yo bien fumo y no me hace nada!...

ESCENA XI

CECILIA, BLANCA Y JUANA

- BLANCA. (Entrando por la puerta del jardín, seguida de Cecilia.) ¡Bueno!...
JUANA. ¿De vuelta ya?...
BLANCA. Sí; papá no ha querido que fuéramos más allá de la verja... Ay... estoy cansada me voy á acostar.
CECILIA. (Cerrando las dos hojas de la puerta.) ¿Dónde está la llave, Juana?...
JUANA. No lo sé, señora; generalmente es el señor quien la guarda.
BLANCA. Buenas noches, mamá...
CECILIA. (Besándola.) Buenas noches, hija mía; Juana, acompaña-la.
BLANCA. No hay necesidad, ¡adiós!... (Váse por la izquierda, segundo término.)

ESCENA XII

JUANA, CECILIA

- JUANA. ¿Se acuesta también la señora?
CECILIA. Sí.
JUANA. Voy á cerrar los postigos. (Va al balcón y ajusta perfectamente los postigos sobre los cristales.) ¡Qué hermosa luna hace esta noche!...
CECILIA. No cierres más que medio balcón, así respiraré mejor. (Juana deja abierta una hoja del balcón.) (Para sí)... ¡Qué modo de despedirse!... ¿Sospechará algo?... pero, ¿cómo y por qué?...

imposible... (Se sienta en el sillón de la izquierda.)
¡Por qué se me ha de figurar!... ¡Dio mío!
¿Tendré que vivir ahora siempre con este
miedo?...

JUANA. Si la señora se queda aquí, va á dormirse
como ayer...

CECILIA. (En el sillón.) ¡Déjame aquí... hace menos ca-
lor que en el cuarto, y me encuentro tan
bien!...

JUANA. Voy, entonces, á cerrar la ventana del cuar-
to. (Se va por la derecha.)

CECILIA. (Sola.) ¡Es tan bueno conmigo!... ¡tan cariño-
so!... ¡tan leal!... ¿Qué me falta para ser fe-
liz con él?... El amor... ¿le amo?... ¡Sí!... en
el momento de la despedida tenía yo oprimi-
do el corazón... me apartaba... volvía á acer-
carme á él... si era... ¡Ah!... yo no sé lo que
era... si amor ó repulsión?... Desde hoy por
la mañana que no vivo, me consume la fie-
bre... no sé lo que tengo... pero esto que
siento en mí, me dice de un modo extraño,
pero claro como la luz del día, que esta in-
quietud y malestar no es la felicidad, no.
(Levantándose.) ¿Para qué vivir así?... ¡Des-
pués de todo, aún estoy á tiempo!... No he
dado más que un paso... ¡Uno sólo!... Puedo
retroceder sin temor... (Pasa á la derecha.) En
diciéndole que se vaya de mi casa. Exigírse-
lo, si es preciso... y decirle: No quiero vol-
verle á ver... Me había engañado á mí mis-
ma... Déjeme Ud.... váyase... va... (Detenién-
dose.) ¡Y sería muy capaz de marcharse!...
¡oh! ¡Dios mío! ¡ya no sé lo que quiero, ni lo
que no quiero!... Sufro mucho... si pudiese
dormir, y no pensar más... (Cae desfallecida en
el canapé.)

JUANA. (Entrando. Aparte.) Ya se durmió... (Alto.) ¿La
señora no necesita nada?

CECILIA. (Con los ojos cerrados.) ¡No!...
JUANA. (Sale por el fondo á la izquierda.)

ESCENA XIII

CECILIA y MAURICIO

Así que la puerta se cierra detrás de Juana, abre Mauricio la suya y entra dejándola abierta. Va despacio á la puerta de entrada y la cierra dando dos vueltas á la llave, que se mete en el bolsillo.

CECILIA. (Al oír el ruido de la llave.) ¿Juana, estás ahí todavía?

MAURICIO. (A media voz.) ¡Chis!...

CECILIA. (Asustada se levanta.) ¡Ah!...

MAURICIO. ¡Soy yo!...

CECILIA. ¡Mauricio!...

MAURICIO. Sí; he entrado por esa puerta; nadie me ha visto.

CECILIA. ¿Ud. aquí?...

MAURICIO. Nadie... dando un paso, estoy en mi cuarto. (Suplicando.) ¡Nada tiene Ud. que temer estamos solos, en completa libertad!... Ausente él... todo duerme á nuestro alrededor... Puedo al fin contemplarla á mi gusto... Sí, sola conmigo... sin tener que acallar el amor que me enloquece... ni apagar el fuego de mis ojos que en esos se miran embelesados.

CECILIA. (Separada de él por el diván.) Fuerza será el perdonarle ya que es Ud. un niño!... Ahora que me ha visto y hablado, vuelvase Ud. por donde vino.

MAURICIO. (Suplicando.) ¡Oh! no... no...

CECILIA. (Retrocediendo.) ¡Mauricio!

MAURICIO. (Pasando la línea del diván á la izquierda.) No he venido para irme así... ;tengo tantas cosas que decirle!...

CECILIA. ;Ruego á Ud.!...

MAURICIO. ;Y yo le suplico... imploro de su bondad, que no me rechace de ese modo!... déjeme un

instante al menos, aquí á sus pies! (Cae de rodillas.)

CECILIA. (Retrocediendo más.) ¡No!...

MAURICIO. (Cogiéndole las manos.) ¡Sí! ¡Oh!... ¡Cuanto te amo!...

(Cecilia está separada de él por una silla que se quedó aquí desde la escena del duelo.)

CÉCILIA. Por Dios... ¡Mauricio!... ¿si viniese alguien?... ¡que locura!.. ¡amigo mío!... ¡pueden venir!

MAURICIO. (Atrayéndola á sí y enlazándola con sus brazos, retira la silla.) ¡No!... no vendrá nadie... el mundo entero nos pertenece en este momento... Quiero cubrir de besos esas manos adoradas... hacerte sentir toda la inmensidad del amor mio, y embriagarme siquiera sea una vez en mi vida, con los hechizos de tu hermosura, mirarme en tus ojos... y sentir sobre mi frente el soplo suave de tu perfumado aliento, suspiros de tu alma enamorada!...

CECILIA. (Fuera de sí cae en la silla.) ¡Ah!... si... te a... (Levantándose de un salto y escapándose hacia la izquierda.) ¡Qué locura!... déjeme Ud... ¡Soy muy culpable... y quedo bien castigada!...

MAURICIO. ¡Culpable!...

CECILIA. (Fuera de sí.) Sí, culpable, por no haber ahogado ese amor en su corazón... culpable por haber dominado mal muchos actos... Culpable, por no haberle arrojado de aquí esta noche, consintiendo su presencia, aun á riesgo de perdernos los dos... y quedo bien castigada, con el desprecio que siento por mí misma!...

MAURICIO. ¡Desprecio!...

CECILIA. ¡Sí, déjeme Ud., soy una miserable, una loca... una infame!...

MAURICIO. (Avanzando hacia ella con ternura.) ¿Por qué? ¿porque me ama Ud.?...

CECILIA. ¿Es falso... yo no le amo... Déjeme Ud. repi-

to... ¡Ud. no tiene ningún derecho para permanecer aquí, ¿Qué hace aquí, en las habitaciones de mi marido... de su amigo leal?... ¡Esto es una infamia! Váyase Ud...

MAURICIO. (Con ternura.) Estas habitaciones son las de usted y de nadie más... y hace un momento...

CECILIA. ¡No es cierto!... Mentí... sorprendida, sin defensa, no sabía lo que contestaba á sus palabras ardientes; y distraída un momento, fuera de mí, al oír sus frases apasionadas, impresionada por su locura, pude tal vez decir... ¡yo no sé lo que he dicho!... ¡lo que sé, es que no quiero amarle, ni ahora ni nunca! ¡No... no le amo!...

MAURICIO. (Rodeándole el talle con los brazos.) ¡Mucho, sí mucho debes amarme, cuando tanto lo niegas!...

CECILIA. (Procurando desasirse.) ¡Ah, triste de mí! ¡ya no me cree!...

MAURICIO. ¿Por qué negarlo?... ¿por qué?... Cuando este amor es nuestra vida; y en él se confunden nuestras almas, como unidos laten nuestros corazones, al impulso de la pasión ardiente, que nos enloquece y domina... Sí... no ves... ya no puedes rechazarme... ¡eres mía!...

CECILIA. (Huyendo de él.) ¡Jamás!... (Pasa entre el velador y la puerta de la izquierda, quedando separada de Mauricio.)

MAURICIO. ¡Cecilia!...

CECILIA. (Con resolución.) ¡Jamás!... ¡Vergüenza horrible!... ¡Oh! si ¡vergüenza é infamia! para los dos... ¿y eso es lo que Ud. pretende?... Y al hablarme de amor... ¡oh!... ¡Sí ese es el amor de Ud. Mauricio... reniego de él con toda la energía de mi alma!...

MAURICIO. (Resuelto.) ¿Pues cómo quieres que te ame?...

CECILIA. (Retrocediendo hacia el medio de la escena.) ¡No se

me acerque Ud.!... ¡me da horror!... ¡Oh! Dios mío... ¿Qué es esto? ¿Cuando le he dado á Ud. derecho para que se atreva á hablarme así, y para ofenderme de ese modo?... ¿He podido olvidarme de mis deberes, hasta el punto de que Ud. se asombre de mi pudor y de mi dignidad?...

MAURICIO.

¡Cecilia!...

CECILIA.

¡Ah!... Podré ser ligera, frívola, coqueta, absurda, eso sí... ¡pero su querida nunca!...

MAURICIO.

(Empezando á perder la cabeza.) ¿Qué quiere Ud. ser entonces?...

CECILIA.

¡Su mayor enemiga, si no sale Ud. de mi presencia al momento! (Señalándole la puerta.)

MAURICIO.

Usted sería la primera en reirse de mí, ¡si tal hiciera!...

CECILIA.

¡Reirme yo!... Míreme bien... ¿le parece que puedo reirme?...

MAURICIO.

Lo que me parece es que estás más hermosa que nunca... que me amas á pesar tuyo Y que te amo más todavía, aumentando tu enojo mi cariño!... (Intenta asirla.)

CECILIA.

¡Déjeme Ud! ó, á riesgo de perderme, llamo... .

MAURICIO.

(Pasándole delante le impide llegar á la ventana.)
¡Llama!...

CECILIA.

(Espantada.) ¡Mauricio!... (Corre á la puerta de entrada intentando abrirla.) ¡Cerrada!... (Retrocede un paso tirando la silla que antes apartó Mauricio. Se apercibe del cordón de la campanilla. Movimiento de avance de Mauricio. Ella se lanza hacia la consola.) ¡Si da Ud. un paso más, llamo!...

MAURICIO

(Mauricio llega antes, coge el cordón con una mano y lo rompe con la otra.)

¡No! ¡no llamará Ud! (Tira el cordón al suelo.)

CECILIA.

(En el colmo de la desesperación.) ¡Mauricio!... ¡amigo mío!... ¡por piedad!...

MAURICIO.

(Acercándose y tomándole la mano.) ¡No!

- CECILIA.** (Retrocediendo.) Quiero irme de aquí... tengo miedo... Mauricio... ¡por piedad!... ¡Oh!... ¡es Ud. un miserable! ¡Me da Ud. horror!... le odio... Mauricio... amor mío. (Cae en el diván.) ¡Oh!... ¡Cobarde! ¡tal es quien emplea la fuerza contra una pobre mujer!... (Se levanta y le rechaza.)
- MAURICIO.** (Arrodillándose á sus pies.) ¡Te adoro!... ¡Cecilia, perdóname, angel mío! y dime que me amas...
- CECILIA.** (Insistiendo, de pie.) ¡Estoy perdida!
- MAURICIO.** ¡Dilo, dilo!...
- CECILIA.** (Esperanzada por una idea repentina.) ¡Ah!.. ¡el balcón!...
- MAURICIO.** ¡Pero dilo!...
- CECILIA.** Pues bien... sí... sí...
- MAURICIO.** (Levantándose.) ¡Al fin!...
- CECILIA.** (Con viveza y apartándose de Mauricio.) ¡Silencio!...
- MAURICIO.** ¿Qué hay?...
- CECILIA.** (Señalando el balcón y á media voz.) Allí, en el balcón...
- MAURICIO.** ¿Qué?...
- CECILIA.** Mira...
- MAURICIO.** ¡No es nada!...
- CECILIA.** ¡Sí... he visto pasar la sombra de alguien que nos espía!...
- MAURICIO.** (Colérico.) ¡Vive Dios!... (Se lanza hacia el balcón. Cecilia le sigue con la vista, ¡y así que Mauricio sale á ver, ella corre y cierra el balcón violentamente, cristales y postigos, y deja escapar un grito de triunfo.)
- CECILIA.** ¡Ah!... no había nadie... ¡Le he salvado!... (Déjase caer sentada en la silla á la izquierda del balcón.) Si he sido culpable, creo que bien merezco perdón por el modo con que me he defendido. (Se deja caer rendida de fatiga en el diván. Oyese el ruido de una llave en la cerradura, en la

puerta del jardín. Se incorpora asustada.) ¿Quién vendrá?...

ESCENA XIV

CECILIA, CESÁREO, MARTÍN y VARGAS

- CESÁREO. ;Sola!...
- CECILIA. (Asustada al principio.) ;Eres tú!
- CESÁREO. (Respirando.) Sí... yo... ¿te extraña, verdad?
- CECILIA. (Echándole los brazos al cuello loca de alegría.)
;Eres tú!... ;ah!... ;sí, tú!...
- CESÁREO. (Tan contento como ella.) ;Sola!... ;ya podéis entrar!... Te diré, he vuelto porque...
- MARTÍN. (Con alegría.) ;Porque se le ha escapado el tren!
- CECILIA. ;Ah!...
- CESÁREO. Si... (A Cecilia, abrazándola.) ;Pero tú no me esperabas?... ;Cómo te late el corazón!...
- CECILIA. Sí... la sorpresa... la alegría...
- CESÁREO. ;Me perdonas?
- CECILIA. ;Perdonarte, de qué?
- CESÁREO. Por el susto que te he dado...
- CECILIA. ;Quieres callar!...
- CESÁREO. (Prócurando contenerse las lágrimas de gozo.) ;Ah!... ;qué buena eres!... ;cuánto te quiero!... (Toma la cabeza de Cecilia y la besa varias veces.)
- VARGAS. (Viendo la silla por el suelo.) ¿Qué es eso? ;Una silla por el suelo? (Movimiento de Cesáreo y Cecilia.)
- MARTÍN. (Recogiendo el cordón de la campanilla.) ;Y este cordón?...
- VARGAS. ;Y aquella puerta abierta!...
- CESÁREO. (Fuera de sí.) ¿Qué puerta?... ;Quien ha abierto esa puerta?...

ESCENA XV

LOS MISMOS Y TOLOSA

TOLOSA. (Saliendo por la puerta del cuarto de Mauricio, muy

serio y hablando en voz baja.) ¡Chist!... ¡no hagan ustedes ruido... está durmiendo!...

TODOS. (Sorprendidos.) ¡El doctor!...

TOLOSA. (A Cesáreo siempre en el mismo tono.) ¡Calle!... ¡Don Cesáreo!... ¿Se le habrá escapado el tren, de seguro?...

CESÁREO. Pero...

TOLOSA. ¡Chit!... No hablemos muy alto, porque ahora empezaba á dormirse...

CESÁREO. ¿Pero, quién?...

TOLOSA. ¡Pues Rafael!...

MARTÍN. ¿Mi hijo?...

TOLOSA. Sí; un cigarro, aunque pequeño, como usted sabe... ¡Ah! ¡No, Ud. no sabe nada... le ha hecho daño... pero ya pasó, no ha sido nada... y aquí venía á tranquilizar á la señora!...

MARTÍN. ¡Mi hijo... un cigarro!...

TOLOSA. ¡Si ya no hay niños!... ¡Quién se había de figurar!... ¡Ibame yo tranquilamente, cuando me lo encontré aquí pálido como un muerto... y *patatraz!*... ¡desmáyase de repente y allí van rodando él y la silla por el suelo!...

CESÁREO. (Satisfecho, señalando la silla.) ¿Esa?..

TOLOSA. (Con naturalidad.) ¡Ah! perdone Ud., señora, se me olvidó levantarla. (Toma la silla de manos de Cesáreo y la coloca en su sitio.) ¡Pero en aquellos momentos!... ¡llamo, corro, me cuelgo de la campanilla, hasta romper el cordón, como Uds. ven! y... (Señalando el cordón en el suelo.)

CESÁREO. ¿Conque, ha sido Ud?...

TOLOSA. Abro la puerta del cuarto de Mauricio corriendo el pestillo. Cogemos entre los dos á Rafael, lo llevamos á la cama... ¡Es un ángel ese joven! ¡hasta en aquellos momentos! ¡sí, es un ágel.. llamaba á su papa!... echa á correr... y por ahí anda hará cosa de una

hora buscándole á Ud.... ¿No le han encontrado Uds?...

CESÁREO. (Respirando satisfecho.) ¡Ah!...

VARGAS. (A Martín.) ¡Si no es más que eso!...

MARTÍN. Conque, mi, mi... mi...

TOLOSA. (Acabando por él.) ¡Mi Rafael... sí señor. (Aparte.) Si no le empujo se nos queda tartamudo.

CECILIA. (A Tolosa.) ¡Ah! ¡Caballero)... (Pasa á la izquierda.)

CESÁREO. (A Vargas y Martín.) ¡Qué tal! ¿Estáis convencidos?...

VARGAS. }
MARTÍN. } ¿Convencidos?... Sí.

CESÁREO. ¡Gracias á Dios! Lo que es yo, ya lo sabía... estaba tan tranquilo!... He podido tener un momento de sorpresa... ¡pero inquietarme, quizá!... (Aparte, adelantándose en la escena.) Pero no importa, parece que respiro mejor que antes. (Vuélvese y ve á Cecilia muy pálida en el sillón.) ¿Qué, qué tienes?

CECILIA. ¡Nada!...

TOLOSA. No es nada. Se ha acostado, como era natural, y ahora la reacción... ¡Aquí se ahoga uno!...

CESÁREO. ¡En abriendo un poco!... (Señalando el balcón.)

CECILIA. (Impacientándose y apretando el brazo de Tolosa.) ¡Oh!...

TOLOSA. (Comprendiendo, bajo.) ¿Está allí?...

CECILIA. (Bajo.) Sí...

TOLOSA. ¡Canario!... (Alto.) ¡D. Cesáreo! (Cesáreo á punto de abrir el balcón, se detiene. Tolosa bajo á Cecilia.) ¿No, habrá saltado?

CECILIA. (Bajo.) No lo sé.

TOLOSA. (Olvidando su papel.) ¡Pues tiene que saltar y saltará!...

MARTÍN. ¿Quién saltará?

TOLOSA. (Enseñándole un frasco que tiene en la mano, hacien

do como quien no lo puede abrir.) Este maldito tapón... Vaya si saldrá... ¡Estos frascos esmerilados son insoportables! D. Cesáreo, ¿no tendría Ud?... (Se acerca á Cesáreo.)

CESÁREO. (Dándole una llave.) Tome Ud.

TOLOSA. ¡Gracias!... (Cesáreo va al balcón, y creyendo abrirlo, abre solo el postigo de la derecha. Cesáreo vuelve al lado de Tolosa y se queda mirándole. Tolosa golpea con la llave el tapón, echando ojeadas al balcón, sin moverse de su sitio, á medida que una hoja se va abriendo por sí sola después del postigo.) Sal... ta... pón... salta... ¡sal de una vez! (Con autoridad.) ¡Salta, animal!... (Haciendo saltar el tapón.)

CESÁREO. (Sonriendo.) ¡Ya salió!...

TOLOSA. (Devolviendo la llave á Cesáreo.) ¡Al fin!... Puede Ud. abrir. (Cesáreo abre la otra hoja del balcón; dirigiéndose á Martín.) ¡Cuestión de destreza!...

CESÁREO. (Junto al balcón enteramente abierto. A Cecilia.) ¿Cómo estás?...

CECILIA. (Viendo el balcón vacío.) ¡Mejor!...

CESÁREO. (Escuchando.) ¡Chist!... (Vuelve al balcón y escucha.)

TOLOSA. ¿Cómo?...

CECILIA. (Con terror.) ¡Lo habrá visto! (Cesáreo sin contestar va á salir por la puerta del jardín, ¿Adonde vas?...

CESÁREO. Voy al jardín á cerciorarme de una cosa... (Se lanza fuera.)

CECILIA. (Queriendo detenerle.) ¡Oh!...

TOLOSA. (Conteniéndola.) ¡Silencio!...

MARTÍN. { (Se miran sonriénd.) ¡Hola!... ¡Hola!...

VARGAS. (Cae el telón.)

FIN DEL TERCER ACTO

Acto cuarto.

Salón de la planta baja del segundo acto. Quedan retirados de la escena el piano y el velador. La mesa estará en el centro con albums, periódicos, plumas, tintero, etc. Si'lones á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

BLANCA, luego TOLOSA

- BLANCA. No hay nadie en el jardín... Nadie tampoco aquí... Por lo visto hoy no se madruga... (Apercibiendo á Tolosa.) ¡Ah!... sí, al fin doy con alguien... ¡gracias á Dios!
- TOLOSA. (Preocupado, entrando de prisa.) ¡Buenos días, Blanca, buenos días!...
- BLANCA. Pero míreme Ud. siquiera... ¡Trae Ud. una cara!...
- TOLOSA. (Mirando á todos lados.) ¡Sí, debo tenerla muy mala; apenas si he dormido esta noche!..
- BLANCA. Pero, ¿cómo viene Ud.?
- TOLOSA. No es nada... ¿Dígame?...
- BLANCA. ¡Hasta en el cuello!... ¡Si trae Ud. un cargamento de pajitas y hierbas!... ¿Dónde se ha...
- TOLOSA. En el parque...
- BLANCA. ¿En el parque?...
- TOLOSA. Sí; no quería volver á casa; tenía que saber... que observar... (Aparte.) ¿Pero qué le estoy diciendo?... (Alto.) Pues, nada; ha sido un capricho, la primavera... la luna... una tontería... pero no lo diga Ud. á nadie... se burlarían de mí. ¿Dónde está su papá?... (Dirigiéndose hacia la biblioteca.)

- BLANCA. No sé... no le he visto aún.
- TOLOSA. ¿Y Mauricio?...
- BLANCA. Tampoco lo he visto... ¿Pero qué le pasa á Ud., si puede saberse?... ¡Va, viene, pregunta, apenas contesta, y todo esto sin hacerme ningún caso!...
- TOLOSA. (Protestando.) ¿Yo?... Si no pienso más que en Ud.... Pero le estimaría mucho que me dijera donde está D. Cesáreo, necesito verle.
- BLANCA. ¿Por qué esa prisa de ver á papá ahora mismo? . . .
- TOLOSA. ¿Por qué? porque vengo decidido á pedirle la mano de Ud.
- BLANCA. ¿Mi mano?... ¿Y lo que le dije ayer?...
- TOLOSA. ¡Oh! desde ayer han sucedido muchas cosas...
- BLANCA. ¿Cree Ud. que el momento oportuno?...
- TOLOSA. ¡Oh!... ¡el momento!... no puede ser mejor..
- BLANCA. ¿Y mi madrastra?...
- TOLOSA. Corre de mi cuenta...
- BLANCA. ¡Cuando le decía yo á Ud. que no era difícil conquistarla!
- TOLOSA. ¡Demasiado lo he visto!...
- BLANCA. ¡Qué felicidad!... Voy corriendo á buscar á papá...
- TOLOSA. ¡Cuidado!...
- BLANCA. ¡Descuide Ud... cuando quiero tengo yo mis mañas!
- TOLOSA. (sonriendo.) ¿Sí, eh?...
- BLANCA. Pero nunca con Ud....
- TOLOSA. ¡Divina!... ¡Hasta luego, señora de Tolosa!...
- BLANCA. Hasta luego. (Se va por el jardín á la derecha.)
- TOLOSA. ¿Dónde hay nada comparable á ese candor?... (Volviéndose hacia donde ha salido Blanca y enviándola besos con la mano.) ¡Bendita seas! ¡Eres un ángel!... pero un ángel de verdad... ¡no como Rafael! (Viendo entrar á Cecilia.) ¡Al fin!...

ESCENA II

TOLOSA y CECILIA

CECILIA. (Febril, inquieta, saliendo de la biblioteca.) ¿Está Ud. solo?...

TOLOSA. Sí, señora.

CECILIA. (Dejándose caer en el sillón de la izquierda.) ¡Ah!... ¡doctor!...

TOLOSA. (Procurando tranquilizarla.) ¡Vamos, señora, por Dios; no hay que dejarse abatir de ese modo)...

CECILIA. ¿Mi marido?...

TOLOSA. No lo he visto más... ¿No volvió anoche?

CECILIA. ¿Si volvió?... ¿quién?... ¡ah, sí! no se donde tengo la cabeza... ¡Ay! qué noche, ¡Dios mío!...

TOLOSA. ¿Pasó algo entre Uds. dos?

CECILIA. No, nada... Sería la una de la mañana cuando volvió. Al oírle subir por la escalera me eché en la cama, vestida tal como estaba y me hice la dormida... Acercóse al lecho, abrió las colgaduras, yo me quedé muy quieta, *continué durmiendo*; pero mi corazón latía con tanta fuerza, que podían oírse claros aquellos repetidos golpes, que á un tiempo me destrozaban el pecho y la cabeza... ¡Permaneció así mucho rato, contemplándome... yo no podía verle, pero adivinaba su mirada fija en mí, que sentía penetrarme el alma... tuve miedo, mucho miedo!... Apartóse luego, y dió algunos paseos por el cuarto... abre de pronto la ventana, se asoma, y, en vez de acostarse, mirando al jardín, ha pasado el resto de la noche. ¡Lo que yo he sufrido, durante ese tiempo!... ¡Al fin, al aclarar el día se ha marchado y desde entonces no he vuelto á verle más... y neces-

sito verle!... ¿Cómo comprender esto...

Sí, le busco, y tengo un miedo horrible de encontrarle!...

TOLOSA. ¡Valor, señora!...

CECILIA. ¡Valor!... ya no lo tengo... Lo que he pensado y sufrido esta noche!... ¡Las cosas que me he dicho á mí misma!... ¿Verdad que soy muy culpable, que me mira Ud. con desprecio?...

TOLOSA. ¡Por Dios, señora!...

CECILIA. ¿No es verdad que una mujer, amada y feliz, al hacer lo que yo, no tiene perdón ni excusa?... ¿Y que hasta el cielo debe negarle toda misericordia y arrebatarle la dicha y los bienes todos, de que la calmara generoso, por indigna é infame?...

TOLOSA. Señora, se exalta Ud. demasiado, y...

CECILIA. (Sin escucharle.) ¿Pero quien ha podido prevenir?... ¿quién?... ¿Sus amigos, tal vez?...

TOLOSA. Sin duda...

CECILIA. (Se levanta y pasa á la derecha.) ¡Infame!... A quien tenían que amar, no era á él, sino á mí, que estaba loca... ciega... ¡Así me hubieran salvado, mientras que ahora!... ¿Qué habrán podido decirle?... (Mira á Tolosa que no se atreve á contestar.) ¿Qué yo era la querida de ese hombre? ¡Y él lo habrá creído!... y ésta noche mientras me estaba contemplando, se diría desesperado: "¡Es una infame... una vil mujer!...", No se me ocurrió entonces que á pensarlo como ahora, "¡No, no, no es verdad!...",

TOLOSA. ¡Y el hubiera podido contestar: Gracias á mi presencia!

CECILIA. ¡A su presencia!... ¿Acaso para arrojar al balcón á aquel hombre, aguardé á que volviera mi marido?...

TOLOSA. Lo hizo Ud. defendiéndose...

- CECILIA. ¿Pero qué es lo que se ha creído Ud.?...
- TOLOSA. Lo mismo que debe creer su esposo: ¡Que usted ocultó á Mauricio en el balcón al oír que subía gente!...
- CECILIA. (Desesperada.) ¡Entonces, prefiero decírselo todo!
- TOLOSA. ¿A su esposo?...
- CECILIA. Sí. será mejor confesárselo todo.
- TOLOSA. Pero, considere Ud...
- CECILIA. Soy culpable, lo sé... pero aún tengo derecho á ser perdonada.
- TOLOSA. (Deteniéndola.) ¡Por Dios!...
- CECILIA. No, déjeme Ud...
- TOLOSA. No la creerá á Ud...
- CECILIA. ¿Qué no me creerá?... ¿por qué?
- TOLOSA. ¿Qué pruebas tiene Ud.?
- CECILIA. ¡Pruebas!... tengo... no, ¡no tengo ninguna!... Todo me acusa... No me creerá... ¡Ah! no; ¡ni el cielo me oye ya!... ¡Justo Dios... qué castigada estoy!
- TOLOSA. (Viendo venir á Mauricio.) ¡Alguien viene... ¡Mauricio!...
- CECILIA. ¡No quiero verle!...
- TOLOSA. Sin embargo, urge que sepamos lo que ha pasado, si ha visto á...
- CECILIA. Escucharé desde allí. (Señalando el gabinete de Cesáreo.)
- TOLOSA. ¡Pero!...
- CECILIA. ¡Oh!... no; ¡le aseguro que me da horror ese hombre!... (Entra en el gabinete.)
- TOLOSA. ¡Y pensar que esto concluye siempre así... ¡Mejor fuera no empezar!...

ESCENA III

TOLOSA, MAURICIO y CECILIA (oculta.)

- MAURICIO. (Entrando de prisa, buscando á su alrededor, con las manos metidas en la solapa de la levita.) ¡Ah!... ¿Eres tú?... te andaba buscando...

- TOLOSA. Yo también te buscaba: ¿te vió?
- MAURICIO. Lo ignoro... pero creo que no: Acababa yo de callar, obedeciendo á tu voz de mando, veinte pies de altura, nada menos, para que lo sepas... cuando al recordar el equilibrio y mirar á mi alrededor lo ví casi descolgándose por el balcón y mirando afanoso... Yo, quieto en la sombra. Se retira... avanzo... y apenas tengo tiempo para ocultarme detrás de unos árboles, cuando ya lo veo otra vez mirando á todos lados, desde la azotea... Al fin, se aleja, buscando hacia otra parte... Respiro... deslízome como puedo, hacia el bosquecillo, me interno... y allí me he pasado toda la noche, entregado á mil reflexiones, nada halagüeñas por cierto.
- TOLOSA. Lo creo... pero no importa, no pudo verte... ¡Tendrá sospechas; certeza ninguna! ¡Esto marcha!...
- MAURICIO. ¡Si no fuera por esta mano!
- TOLOSA. ¿Qué mano?...
- MAURICIO. Al saltar, caí en mala posición sobre la mano derecha y... (Cecilia, levantando el portier, escucha.)
- TOLOSA. Una pequeña relajación...
- MAURICIO. Ves... no puedo mover la muñeca. (Tolosa le mueve la muñeca. Mauricio da un grito.) ¡Oh!... me haces daño!... (Sufriendo por el dolor va á sentarse en el sillón de la izquierda.)
- TOLOSA. ¡Voto va!... ¡no nos faltaba otra cosa!...
- MAURICIO. ¿Tendré para muchos días?...
- TOLOSA. ¡Eso no es nada, ni me preocupa; bien merecido lo tienes!...
- MAURICIO. ¡Gracias!...
- TOLOSA. Pero si el marido sospecha alguna cosa... no tiene más que verte la mano para conocer la verdad.
- MAURICIO. Si no es más que eso, no temas, no sabrá la

verdad, aun cuando tenga que batirme con él!.. Pero lo más grave del caso es...

TOLOSA. ¿Aún queda algo?...

MAURICIO. ¡Que si queda!... Volvamos al salto. Caí con tan mala suerte sobre unas macetas que había arrimadas al muro, debajo del balcón, que hice pedazos la de un magnífico captus, estropeándole de mala manera...

TOLOSA. ¡Pues pronto... á reemplazar ese captus!...

MAURICIO. ¡Fácil es!... ¡Una especie única... descubierta por Cesáreo!... una flor que se abrió ayer mismo... y bautizada con el nombre de su mujer... ¿Dónde encontrar otra igual?..

TOLOSA. ¿Recogiste los tiestos?...

MAURICIO. ¡Apenas si tuve tiempo de escapar!

TOLOSA. ¡Pero luego... durante la noche!

MAURICIO. No me atreví á volver...

TOLOSA. ¿Por la mañana?...

MAURICIO. Eso es, á la luz del día para que me vieran... Además, el hacer desaparecer la maceta es tan peligroso como dejarla...

TOLOSA. ¡Diantre!... En efecto, es un peligro...

MAURICIO. ¡Atroz!... Dentro de poco va á venir el jardinero para regar las macetas... vé el destrozo causado y... no hay salvación posible!...

CECILIA. (Saliendo del gabinete muy abatida.) ¡Ah!... ¡Todo concluyó!... ¡estoy perdida!...

MAURICIO. ¡Ella!...

TOLOSA. (Procurando tranquilizar á Cecilia.) Animo, señora, que aquí estoy yo...

CECILIA. ¿Qué va á ser de mí?... ¡Dios mío!...

TOLOSA. ¡Silencio!... ¡su hija!...

ESCENA IV

LOS MISMOS Y BLANCA

BLANCA. (Corre á besar á Cecilia.) ¡Buenos dias, mamá!...

- (A Tolosa.) ¿No preguntaba Ud. por papá?...
pues ahí lo tiene... (Movimiento general.)
- TOLOSA. ¡Ah!... ¿viene? ..
- BLANCA. Me ha costado mucho encontrarle. Estaba paseándose sólo en el sitio más apartado y desierto... advierto á Ud. que no parece que esté de muy buen humor... su aspecto era de estar muy preocupado!... (Va hacia la puerta y mira al jardín.)
- CECILIA. (A Tolosa.) Yo no puedo permanecer aquí, me retiro...
- TOLOSA. ¡De ningún modo!... ¡No se vaya usted!... (A Mauricio.) Ni tú tampoco te muevas de aquí...
- MAURICIO. ¿Por qué?...
- TOLOSA. (Le hace seña que se calle y dirigiéndose á Blanca.) ¡Ah!... ¿Conque le ha parecido á Ud.?...
- BLANCA. Sí... (Bajo á Tolosa.) Me parece que no es este el momento mejor para pedirle mi mano...
- TOLOSA. ¡Sí, si... es excelente!...
- BLANCA. ¡Entonces, me voy!.. ¡aquí está!...
- TOLOSA. ¡Pecho al agua!... (Mauricio se acerca al balcón fingiendo mirar fuera Cecilia vuelve á sentarse en el sillón. Blanca se va. Por el fondo aparece Cesáreo leyendo periódicos.)

ESCENA V

TOLOSA, MAURICIO, CECILIA y CESÁREO

- TOLOSA. (Fingiendo continuar una conversación.) ¡Cómo!... ¿de veras, señora, prefiere Ud. la música de Bellini?...
- CECILIA. Sí... sí...
- TOLOSA. (Vólviéndose.) ¡Calle! ¡Aquí está don Cesáreo!...
- CESAREO. (Con aire preocupado.) Buenos días, doctor. ¿Cómo está Ud.?

- TOLOSA. ¡Muy bien, gracias! (A Cecilia.) ¡Malo!... oculta su enojo... ¡Alerta!...
- CECILIA. (Aparte.) ¡Qué pálido está?...
- CESAREO. (Acercándose á Cecilia y dándole ligeramente la mano.) ¿Y tú, Cecilia?..... Anoche te dejé algo bruscamente (Va hacia la mesa); pero dormías tan tranquila cuando entré en el cuarto... que no me atreví á despertarte... Lo que es yo no he pegado los ojos en toda la noche.. ¡y tengo una jaqueca atroz!... Doctor, cúremela Ud...
- TOLOSA. (Observándole.) Como médico, tengo que decir que sí; como vecino y amigo...
- CESAREO. (Acabando la frase.) ¡Que no!... ¿no puede usted curarme?... prefiero esa franqueza... aquí tienen los periódicos... (Tirándolos encima de la mesa.)
- CECILIA. (Bajo á Tolosa.) ¡Ay, doctor!... me asusta mucho más verle así...
- TOLOSA. (Idem.) ¡Disimula alguna idea tremenda!...
- CESAREO. (Apercibiéndose de Mauricio, en la ventana.) ¡Hola! ¿Tú por aquí?...
- MAURICIO. Sí...
- CESAREO. Esta mañana llamé á tu puerta... ¿dormirías profundamente?
- MAURICIO. ¿A qué hora?...
- CESAREO. A las cinco...
- MAURICIO. Había salido ya...
- CESAREO. ¿Qué tienes en esa mano?... ¿alguna herida... alguna dislocación?... (Movimiento de Cecilia: contenido por Tolosa.)
- MAURICIO. No, no se nada...
- CESAREO. Como la tenías puesta así... creía...
- MAURICIO. (Moviendo la mano con afectación.) No... mire usted...
- CESAREO. Y a propósito... escíbeme aquí, en un sobre, tu dirección... Con la mejor letra que sepas...
- MAURICIO. ¿Mi dirección?
- CESAREO. Sí...

- MAURICIO. ¿No la sabe Ud.?...
- CESÁREO. Sí, pero no es para mí... es para mandar á...
- MAURICIO. ¿A quién?...
- CESÁREO. Ya te lo diré luego...
- MAURICIO. ¡Vaya una idea!...
- TOLOSA. Pero escribe, hombre, que no es ningún misterio tu dirección.
- MAURICIO. (Inquieto.) ¡No!... (Bajo á Tolosa.) ¡Es que no puedo!...
- TOLOSA. (Bajo.) ¡Escribe aunque revientes. (Le acerca una silla.)
- MAURICIO. (Alto.) ¿Tintero?...
- CESÁREO. (Sentado á la izquierda de la mesa.) Ahí lo tienes. Con todas sus letras, ¿eh?... nombres y apellidos...
- MAURICIO. (Se sienta á la derecha de la mesa.)
- TOLOSA. ¡Toma!... ¡aquí tienes una pluma nueva!...
- CESÁREO. (A Cecilia que se levanta.) ¿Quieres ver como escribe?...
- CECILIA. (Afectando una sonrisa.) ¡No será una cosa tan extraordinaria que valga la pena!...
- CESÁREO. (Reclinándose en el sillón.) Sí... sí... mira con qué gracia lo hace...
- MAURICIO. (Escribiendo.) Mauricio, Fernando, Carlos de Teruel y Ruiz... (Bajo á Tolosa.) ¡Oh!... esto se atroz!...
- TOLOSA. (Apretándole la otra mano.) ¡Adelante!
- CESÁREO. ¿Calle de?...
- MAURICIO. (Volviendo á escribir.) Calle... calle de Segovia.. (Enjugándose la frente.) (Tengo un calor!...
- CESÁREO. Anda, perezoso... ¡para poner un triste sobre... sudar así !... (A Cecilia.) ¿También tú?...
- CECILIA. Sí... la atención... estár inclinada... ¿no te marea á tí? (Aparte.) ¡Qué angustia, Dios mío!
- CESÁREO. (A Mauricio.) ¿Calle de?...
- MAURICIO. (Acabando con resolución.) Calle de Segovia,

número, ¿qué número es? (A Tolosa.) pues no me acuerdo...

TOLOSA. (Haciéndole aspirar las sales de un frasquito sin que lo vean.) ¡Animo!... ¡ya se acaba!...

CESÁREO. ¡Hombre!... número nueve (A Cecilia.) ¿es el nueve, verdad?...

CECILIA. ¿Yo que sé?...

CESÁREO. (Con naturalidad.) ¿no has estado nunca en su casa?...

CECILIA. ¿Yo?... ¡Si lo sabrás tú!...

CESÁREO. Nada, se le ha olvidado el número de su casa desde que está aquí...

MAURICIO. Número nueve duplicado... (Se le cae la pluma de la mano.)

CESÁREO. (Cogiendo la pluma y dándola á Mauricio.) ¡Madrid!

MAURICIO. (Tomando la pluma y después de reprimir un movimiento de dolor.) ¡Madrid!... (Se levanta y va á caer fatigado en el sillón de la derecha.)

TOLOSA. (Tomando el sombrero.) ¿Creo que ya está todo?... (Da el sobre á Cesareo.)

CESÁREO. Algo desigual la letra por estar temblón el pulso; mira, Cecilia. (Ensenándole el sobre.)

CECILIA. (A punto de desmayarse.) Sí... un poco...

CESÁREO. En fin, ¡es lo que yo quería!...

CECILIA. (Aparte.) ¡Yo me muero!...

MAURICIO. (A Tolosa.) ¡Si he de volver á empezar!...

TOLOSA. ¡Cállate!... ¡Cambiemos de conversación. (Tomando un diario.) ¡Ah! ¿Conque tiene Ud. el mismo diario que yo?... ¡Vaya un folletín ridículo el de ahora!...

CESÁREO. (Soplando el sobre y agitándolo para sacarlo.) ¿Lo lee Ud?

TOLOSA. No, señor, pero me lo ha dicho el boticario donde solemos hacer la tertulia...

CESÁREO. Pues no soy de esa opinión. Precisamente el de hoy es muy dramático; figura en él un marido... (Moviento general.)

- TOLOSA. (Tosiendo.) ¡Hum!...
- CESÁREO. ¡Un marido que, vilmente engañado por su mujer!...
- TOLOSA. (Aparte, dando golpes en el diario.) Maldito folletín!..
- CESÁREO. Se mata en un acceso de desesperación. Está muy bien escrito, con una verdad...
- TOLOSA. ¡Eso de verdad!... permítame Ud. que le diga que encuentro el tipo del marido exageradamente trágico...
- CESÁREO. ¿Pues qué quería Ud.? ¿que lo tomara á broma?... Si Ud. fuera casado, doctor, y sintiera tan sólo el aguijón de los celos... Comprendería Ud. que la más ligera sospecha es capaz de volverle á uno loco... y cuando las sospechas se convierten en realidad, cuando ya no hay duda posible, ¡oh! ¡entonces!... ¿Que hacer?... ¿Matar al seductor?... ¿y qué?... ¿Arrojar de casa á la mujer?... ¿para qué?... Para quedarse solo, con su dolor y su vergüenza, herido el amor propio en lo más sagrado, haciendo mayor el tormento... ¿ó bien en un arranque de sublime generosidad, perdonar?... ¡Perdonar!... Pero, ¿cómo poder olvidar?... ¿Cómo arrancar del corazón el recuerdo cruel que sin piedad ni consuelo lo tortura de continuo?... ¡No!... ¡decididamente ese marido tuvo razón, porque entre morir de un tiro en un segundo, ó vivir con eterna agonía en el alma, vale más saltarse la tapa de los sesos!... ¡Cuando se está de más en el mundo, no debe el hombre soportar cobarde, vergonzosa la existencia!
- CECILIA. ¡Matarse!...
- CESÁREO. (Sin escucharla.) ¡Mi muerte será su castigo!... ¡Como su mismo amor ha de ser mi venganza!
- CECILIA. ¡Su muerte!... pero... (Tolosa la contiene.)

- CESÁREO. ¿Qué?...
- TOLOSA. Decía. Que no tengo nada que decir...
- CESÁREO. ¡Por supuesto! (Golpeando el diario.) Toma... léelo, Cecilia, y dime si eres de mi opinión.
- MAURICIO. (Aparte.) ¡Ah!... ¡no puedo estar más aquí... me ahogo!...
- CESÁREO. Qué, ¿te vás?...
- MAURICIO. Sí, tengo que ir hoy á Madrid, ¿se le ofrece á Ud. algo?...
- CESÁREO. ¿Con qué te vas á Madrid?...
- MAURICIO. Sí, un negocio urgente... (Mirando su reloj.) Es preciso que me marche ahora mismo...
- CESÁREO. ¿Volverás esta noche?...
- MAURICIO. Es probable... (Da algunos pasos para irse.)
- CESÁREO. No, asegúramelo; tenemos que hablar...
- MAURICIO. ¡Volveré!... ¿Vienes, Tolosa? ¡Señora! (Saludándola.)
- CESÁREO. Y á mí ¿no me das la mano?
- MAURICIO. Sí...
- CESÁREO. (Apretándole la mano derecha sin mirarle.) ¡Adiós!... (Va á sentarse junto á la mesa.)
- MAURICIO. (Conteniendo el dolor.) ¡Adiós!... (A Tolosa.) Sostónme... me va á dar algo!...
- TOLOSA. (Sosteniéndolo. Bajo.) ¡Valor!... (Se lleva á Mauricio.)

ESCENA VI

CESÁREO Y CECILIA

Cecilia da un paso para retirarse, mirando á Cesáreo con inquietud. Este saca su cartera y mira otra vez lo escrito por Mauricio antes de guardarlo en ella.

- CECILIA. ¿Me necesitas para algo?...
- CESÁREO. No.
- CECILIA. ¿No tienes nada que decirme?...
- CESÁREO. (Sencillamente, guardándose el sobre.) No... ¡Ah!... sí, hazme el favor de ver si me han traído las cartas. (Viéndolas encima de la mesa.) No, están aquí.

- CECILIA. (Aparte, espantada de esa sangre fría.) ¿Qué intentará?... Si pudiera... si tuviese valor... (Quiere hablar y se apercibe que llega gente por el fondo.)
- CESÁREO. (Volviéndose.) ¿Eh?...
- CECILIA. Nada, nada. (Se va lentamente por la biblioteca sin perderle de vista.)

ESCENA VII

CESÁREO, MARTÍN, VARGAS, ELISA Y ABARCA

Vargas entra por el fondo y viendo á Cesáreo hace una seña á Martín, Abarca y Elisa de que entren. Después se adelanta por la izquierda, se acerca á Cesáreo, le toma la mano, apretándosela con aire contrito. Cesáreo, ocupado con sus cartas, corresponde al apretón de mano sin mirarle. Igual proceder de Abarca, que le sacude la mano. Luego Martín, que lo hace con sentimiento. Todos le rodean.

- ELISA. (Suspirando.) ¡Amigo don Cesáreo!... (Silencio. Le miran con aire melancólico.)
- CESÁREO. (Recogiendo las cartas que va cerrando y guardando.) ¿Cómo han pasado Uds. la noche? (Los amigos se miran sorprendidos de su tranquilidad.)
- VARGAS. ¿La noche?...
- CESÁREO. Sí...
- MARTÍN. Bien, ¿y tú?...
- CESÁREO. ¡Yo!... ¡Como quien no ha cerrado los ojos ni un momento!...
- MARTÍN. (Con sentimiento.) ¡Es natural!...
- CESAREO. No señor; ¡No tiene nada de natural!...
- VARGAS. ¡Quiere decir, Martín, que después de una noche semejante! (Mueven todos la cabeza con intención.)
- CESAREO. (Tranquilamente.) Se tiene necesidad de dormir es muy cierto... tengo la cabeza pesada... pero permitidme un minuto tengo que contestar cuatro líneas. (Va á la mesa y escribe durante lo que sigue. Los íntimos se agrupan á la izquier-

- ABARCA. da, hacia delante de la escena con aire de sorpresa.)
(A Vargas y á Martín, á media voz.) ¿De dónde han sacado Uds. ese cuento, de que su mujer?...
- VARGAS. (Estupefacto.) ¡Sí, es inconcebible!
- MARTÍN. (Idem.) ¡Esa sangre fría!...
- ELISA. (Como contrariada.) ¡Si no habrá pasado nada!...
- VARGAS. ¡Es que ella es muy lista!...
- ELISA. (A su marido.) ¡Y hay maridos tan tontos!...
- MARTÍN. ¿Por quién lo dice Ud.?...
- ABARCA. ¡Cuernos de cuernos!... ¡yo que me creía que al fin íbamos á andar á palos! ¡qué mala suerte!...
- MARTÍN. ¡Desde el momento que acepta su situación! .. ¡porque, no hay que dudarle, él acepta su situación!...
- ELISA. ¡Hombre, por Dios!...
- MARTÍN. Si, señora: Semejante situación puede soportarse; pero no se debe aceptar nunca... Yo la he sufrido toda mi vida, como una desgracia, pero sin aceptarla jamás...
- VARGAS. ¡Eso es innoble!...
- ELISA. ¡Un matrimonio de tres!... ¿Espero que no vamos á permanecer más tiempo en esta casa?
- MARTÍN. (Adelantándose.) ¡Ni yo tampoco!... ¡Qué ejemplo para mi pobrecito Rafael!... á esa edad en que empieza á formarse el corazón ¿qué diría?... ¿Es este modo de vivir?...
- ABARCA. (Para sí.) ¿Sucedía lo mismo en casa de papá?...
- MARTÍN. (Concluyendo, sin escucharle.) ¿Será igual en todas partes?...
- VARGAS. ¡Esto nos enseñará á hacer favores!...
- ELISA. ¡Sí, ábranle Uds. los ojos!...
- MARTÍN. ¡Casi siempre se engaña uno con los amigos!...
- TODOS. ¡Siempre!...
- MARTÍN. ¡Felices los egoistas!... Cuantas veces en mi vida he pensado: ¡quién fuera egoista!...

ESCENA VIII

LOS MISMOS y el JARDINERO

- EL JARDINERO. (Entrando.) ¡Señor!... señor... (Habla bajo á Cesáreo y éste se levanta.)
- CESÁREO. (Agitado.) ¡Debajo del balcón!... (Sale de prisa seguido del jardinero. Vargas, Abarca, Martín y Elisa van hacia el fondo mirándole salir.)

ESCENA IX

MARTÍN, VARGAS, ABARCA y ELISA

- MARTÍN. (Alto.) ¿Qué pasará?... ¡Va como alma que lleva el diablo!...
- ABARCA. (Adelantándose, después de haber seguido á Cesáreo con la vista.) ¡Cómo corre!...
- ELISA. ¡Para mí, es que ha estado disimulando y ahora va á pasar algo horrible!...
- MARTÍN. Bien puede ser... creánme Uds. no nos metamos en nada. Bastante hemos hecho ya. ¡Un escándalo... la justicia! podríamos comprometernos...
- ELISA. ¿Usted cree?...
- MARTÍN. ¡Hemos cumplido con nuestro deber de amigos, hasta lo último... Ahora nada más podemos hacer... así pues, nada sabemos, ni nada hemos visto!...
- VARGAS. ¡Lo que es yo, no sé de lo que se trata!...
- ELISA. ¿Si nos fuéramos cada uno por su lado?...
- MARTÍN. ¡Eso es! ¡separémonos... no nos llamen á declarar!...
- VARGAS.
ELISA. } Sí, sí... (Se van de puntitas por el fondo á la izquierda. Martín se va por la puerta de la derecha.)
- ABARCA. ¡Los muy canallas!...
- MARTÍN. (En el umbral, retrocediendo hacia Abarca.) ¡Si lo hubiésemos pensado mejor, debíamos haber nos ido ésta mañana!... (Se va.)

ABARCA. (Solo, mirádoles y encogiéndose de hombros.) ¡Mal rayo os parta!... ¡Por vida de!... Casi no conozco á Cesáreo... ¡No importa!... ¡Corro á su lado... si hay que andar á tiros... ó estrangular á alguien!... vive Dios que lo haré gustoso por él... ¡Cuernos!... (Va para salir.)

ESCENA X

ABARCA Y CECILIA

Cecilia entra inquieta.

CECILIA. (Deteniéndole.) ¿Oiga Ud.?...

ABARCA. (Parándose en seco.) ¡Señora!...

CECILIA. ¿Mi marido?...

ABARCA. Acaba de salir con el jardinero. (Mauricio aparece por la puerta de la izquierda, se detiene y escucha. Trae en el brazo un gabán, puesto el sombrero, pronto á marcharse.)

MAURICIO. (Aparte.) ¡El jardinero!...

CECILIA. (Asustada.) ¡Oh!... sí le he visto... ¿con el jardinero?...

ABARCA. Ha venido á llamarle no sé para qué... para enseñarle algo debajo del balcón, me parece (Movimiento de Mauricio.) ¡alguna planta, probablemente!...

MAURICIO. (Aparte.) ¡Ah! ¡lo que yo me temía!

ABARCA. ¿Y voy á ver?... (Se va por la derecha del jardín.)

CECILIA. ¡Sí!... ¡acechanzas, peligros por todas partes! (Va y mira hacia el jardín, por donde ha salido Abarca.)

MAURICIO. (Atravesando.) Es verdad... (Tirando el gabán en el sillón de la derecha.) Elirme en estos momentos, sería indigno... cobarde... ¡Me quedo!

ESCENA XI

CECILIA y MAURICIO.

CECILIA. (Volviéndose y apercibiéndole.) ¡Aquí todavía!...

- MAURICIO. Sí... Ud. lo ha dicho: peligros, asechanzas la amenazan por todas partes... Mientras exista el peligro quiero permanecer aquí para recoger yo solo toda la culpa, todo el castigo... para acusarme, para justificarme, para defenderla!...
- CECILIA. ¿Cree Ud. que yo he de permitir que Ud. me defienda?
- MAURICIO. ¡Por piedad!...
- CECILIA. ¡No!... váyase Ud... ¡Es todo cuanto le pido... sabré defenderme sola!...
- MAURICIO. No olvide Ud...
- CECILIA. ¡Olvidar!... ¡oh!... no, nada olvido... Y jamás olvidaré que por causa suya estuve á punto de ser la mujer más despreciable y la más indigna... Nunca he de olvidarlo, nunca, que ante la sinceridad de mi profundo arrepentimiento, no han de ser bastante para perdonarme á mí misma, ni toda la virtud, ni toda la lealtad, ni toda la abnegación á que desde hoy he de dedicar mi vida entera!...
- MAURICIO. ¡Péro al menos!...
- CECILIA. Váyase Ud. he dicho... váyase que no le encuentren aquí conmigo...
- MAURICIO. ¡Es verdad!... (Disponiéndose á salir.)
- CECILIA. (Espantada.) ¡Ei!... (Se desliza en el sillón, quedando medio oculta á la vista de Cesáreo. Mauricio retrocede hasta el extremo de la derecha.)

ESCENA XII

LOS MISMOS Y CESÁREO

Cesáreo entra sin detenerse ni reparar en ellos. Va derecho á la mesa del centro; lo revuelve todo buscando algo que no encuentra. Entra luego en el gabinete de la izquierda, dejando abierta la puerta de par en par. Mauricio y Cecilia siguen todos sus movimientos con ansiedad.

- CECILIA. (A Mauricio, que se ha acercado para ver.) ¿Qué estará buscando?

MAURICIO. ¡No puedo atinar!...
(Retrocede al ver venir á Cesáreo, al andar hacia atrás Mauricio empuja y abre la puerta del cuarto de Martín, la cual cerrándose á medias, le oculta. Cesáreo entra, trayendo la caja de las pistolas, la coloca encima de la mesa y saca una pistola de la caja, que queda abierta. Váse por la puerta del jardín y Mauricio sale de su escondite.

ESCENA XIII

CECILIA, y MAURICIO

CECILIA. (Corriendo hacia la mesa.) ¿Algo se ha llevado? (Viendo la caja.) ¡de aquí! (Levanta la tapa, y dando un grito) ¡Ah!...

MAURICIO. (Espantado.) ¡Las pistolas!...

CECILIA. ¡Se ha llevado una!

MAURICIO. Ah!... ¡pronto, huya Ud.!...

CECILIA. (Vacilando.) ¿Por dónde?... ¡Ni sé donde estoy!...

MAURICIO. Por aquí...

CECILIA. No... por allí. (Quiere correr y le faltan las fuerzas: no puede hablar ni avanzar un paso, y rechaza á Mauricio, que quiere sostenerla.) ¡Llame Ud.... de voces!... ¡corra, corra Ud.... yo no puedo!... (Irguiéndose se pone en pie de un salto) ¡Ah!... ¡sin embargo... yo lo quiero!... (Adelanta unos pásos para salir. Oyese una detonación. Se detienen los dos lanzando un grito. Cecilia cerca ya de la puerta, vacila y cae contra la pared.) ¡Ah!... ¡yo lo he matado!... ¡Soy yo quien le ha muerto!...

ESCENA XIV

Los precedentes, VARGAS, ELISA, MARTÍN, ABARCA, LORENZO Y CRIADOS, llegan por distintos lados.

TODOS. ¿Qué ocurre?... ¿qué sucede? ¿Ese ruído?...

TOLOSA. (Entrando.) ¿Qué pasa?...

MAURICIO. (Señalando la caja de las pistolas.) Toma mira... Cesáreo...

TOLOSA. ¡Se ha matado!...

TODOS. ¡Muerto!... (Movimiento general. Dirigense todos

hacia la puerta del jardín. Se oye á lo lejos reír á Cesáreo.)

CESAREO. (Dentro bastidores, riéndose á carcajadas.) ¿Eh?...
qué tal?... la maté... já... já... já...

ESCENA XV

TOLOSA, CECILIA, MAURICIO, VARGAS, ELISA,
CESÁREO, LORENZO, y BLANCA

Cesáreo entra radiante con aire de triunfo, trayendo en una mano la pistola y en la otra una zorra pequeña que acaba de matar.

CESAREO. ¡Muerta!... Y del primer pistoletazo...
¡Aquí está la muy ladrona!...

TODOS. ¡Una zorra!...

CESAREO. (Muy horondo, cogiéndola por las orejas y dándole golpes.) Toma, toma, ¡bien me has hecho tragar bilis desde anoche!...

TOLOSA. ¿Desde anoche?...

CESÁREO. Sí, señor. Le ví andar por debajo del balcón... reconocí perfectamente la bestia... ¡ahora verás!... pensé... bajo corriendo al jardín... llego... miro... busco y... ¡la del humo!... ¡en cambio mis pobres macetas andaban rodando por el suelo que era un dolor!... Dije para mí: ¡tú volverás!... puesto que les andas buscando el cuerpo á mis gallinas, sobre todo á mi querida y predilecta moñuda, tú volverás!... y como que era camino para el gallinero, por eso me pasé la noche en blanco, atisbando desde la ventana de mi cuarto... ¡Pero nada, ni la sombra!... Esto me tenía sumamente contrariado. (A Cecilia.) ¿No has notado que no estaba yo esta mañana como de costumbre?...

CECILIA. Sí... sí...

CESÁREO. En esto viene el jardinero, y me dice: "Señor, he visto brillar dos ojos enormes, allá en la obscuridad, dentro de la bodega (á su mujer) precisamente debajo de tu ventana..."

y allí estaba! (Tirándole de las orejas á la zorra.)
¡allí estaba el muy zorro, porque es un macho de tomo y lomo! ¡Se acabaron tus hazañas! ¡pero caro me ha costado, muy caro!

MARTÍN. ¿Cómo, caro? (Martín, Vargas y Elisa forman un grupo á la izquierda.)

CESAREO. (Buscando en el bolsillo.) ¡Miren Uds!... ¡el destrozo de anoche! ¡Nada menos que mi *captus Cecilia!*... ¡Descubierto por mí, y con tanto afán cultivado!... (Ofreciendo la flor á su mujer.)
¡Toma... mujercita querida, esto te recordará el triste día de ayer!...

CECILIA. (Tomando la flor.) ¡No lo olvidaré!...

TOLOSA. (Aparte.) ¡Sí... me parece que la lección!...

VARGAS. ¡Cómo!... ¿fue la zorra quién?...

CESAREO. (Enseñándose la.) ¡Toma!... ¿no la ves?...

MARTÍN. (Para sí.) ¡No era mala zorra la que ví yo ayer! (Señalando á Cecilia y dirigiéndose á Elisa.)
¿Eh, que tal?...

CESAREO. (Sacando del bolsillo una carta.) Y para que mi satisfacción sea completa, aquí tienes, Mauricio, un buen empleo para tí... un empleo que solicité ayer, al reusármelo Vargas... y que me han concedido á vuelta de correo!

MAURICIO. ¿Cómo! ¿Ud. se ocupaba?...

CESAREO. ¡Ya lo ves! y por eso te hice escribir tu nombre y la dirección de tu casa... Quería ver tu letra... Había asegurado que era buena... y aquí *inter nos*, no lo es mucho!... ¡Pero bah!...
¡Lo que hace falta es que te marches cuanto antes... en seguida!

MAURICIO. (Muy conmovido.) ¡Oh! ¡Don Cesáreo!...

CESÁREO. ¡Bueno, hombre, bueno! ¡no vayas á llorar por eso! ¡qué niño eres!...

MAURICIO. ¡Nunca podrá Ud. imaginarse!... ¡no!... ¡Es Ud. quien... por mí... ¡Ah!... ¡Dios mío!...

TOLOSA. (Bajo á Mauricio.) ¿Y tu muñeca?...

MAURICIO. (Idem.) ¡Ni la siento! (Saluda á Blanca y á Cecili

Da la mano á Tolosa, que le acompaña y se va por el fondo.)

CESAREO. (Acercándose á Vargas y dándole en el hombro.) ¡Ya ves como solicitando bien las cosas!...

VARGAS. (Coje bruscamente el brazo de su mujer é interrumpiéndole.) ¡Eso es, venme con reproches ahora! Puedes guardarlos para tí... y como mi dignidad se resiste en absoluto á ocupar puestos inferiores, como aquí se pretende, nos marcharemos ahora mismo de tu casa.. y antes de pasar el umbral de esa puerta, cuidaremos de sacudirnos hasta el polvo de los zapatos... ¡Vámonos esposa!... (Se van)

ESCENA XVI

CESÁREO, MARTÍN, TOLOSA, CECILIA, BLANCA,
después ABARCA

CESAREO. ¡Vayan benditos de Dios!... Cuanto menos bulto más claridad!...

MARTÍN. Cuenta siempre con mi amistad y la de Rafael... Pero, ¿por dónde anda Rafael?...

ABARCA. (Entrando.) ¿Su hijo de Ud.?... ¡Allá va que vuela, junto con Juana, camino de la estación!...

MARTÍN. (Alarmado.) ¿Con Juana, dice Ud.?...

ABARCA. Si, señor... y como si fuera medio alegrillo, porque me ha dicho gritando: ¡dígame usted á papá que me aburro aquí; que voy á distraerme con Juana á Madrid!... acompañando esas palabras con cierto gesto que... ¡Oh!...

MARTÍN. (Fuera de sí.) ¡Rafael!... ¡hijo mío! ¡fugarte con una maritornes! ¡Desgraciado!... ¡esa mujer te va á deshorrar!...

CESAREO. (Queriendo detenerle.) ¡Calma, Martín, calma!...

MARTÍN. ¡Adiós!... ¡maldición!... ¡maldición!...

CESAREO. ¡Qué!... ¿acaso tenemos la culpa nosotros si?...

- MARTÍN. Sí... escribiré en la puerta de esta casa:
¡Orgía!... ¡Orgía!...
- CESAREO. ¡Pero! ¿te has vuelto loco?...
- MARTÍN. (Trágicamente.) ¡Cesáreo de Monleón, amigo ingrato! ¡Yo te maldigo!...
- ABARCA. (Sorprendido.) ¿De Monleón?...
- MARTÍN. (Marchándose.) ¡Rafael!... no la escuches... ¡recházala!... valor... ¡Corro á salvarte!... (Sale corriendo.)

ESCENA XVII

LOS MISMOS, menos MARTÍN

- ABARCA. ¿De Monleón?... ¿Pero Ud. se llama de Monleón?...
- CESAREO. ¡Como mi padre!...
- ABARCA. ¿Con que Ud. no es don Cesáreo Monteros, antiguo comerciante en *Azabache africano* en Cuba?...
- CESAREO. ¡Líbreme Dios de tal comercio!...
- ABARCA. ¡Por Cristo!... ¿qué hago yo, pues, en esta casa?...
- CESAREO. ¡Eso digo yo!...
- ABARCA. (Animándose.) ¡Si yo no le conozco á Ud.!...
- CESAREO. (Idem.) ¡Pues yo tampoco, ni falta que me hace!...
- ABARCA. ¡Habrás visto cosa igual! ¡Por vida de!... Dos días hace que estoy aquí, comiendo, bebiendo, y durmiendo á pierna suelta como en mi casa... ¿Cree Ud. que esto me divierte?
- CESAREO. ¡Ni á mí!
- ABARCA. (Dándole la mano.) ¡Bah!... ¡que importa!... Usted es un infeliz, y después de todo, no le tengo mala voluntad ¿por qué?
- CESAREO. ¡Es Ud. muy amable!...
- ABARCA. Si alguna vez necesita Ud. de mí, ya sabe... Jerónimo Abarca Benitez, en toda la costa antillana me conocen hasta los perros... ¡Cuernos, cuernos! (Se va.)

ESCENA XVIII

CESÁREO, CECILIA, TOLOSA y BLANCA

- CESAREO. ¡Al fin dijo su nombre!... ¡Anda y que te emplumen! (Se vuelve, quedándose sentado.) ¡Vayan todos muy enhoramala, que más descansado me quedo!
- BLANCA. (Con un mohín.) Si todos se van... ¿Cómo festejaremos este día?
- CESAREO. ¿Qué día?...
- BLANCA. (A Tolosa.) ¿Qué, no le ha dicho Ud. nada á papá?... ¿Qué ha hecho Ud. pues desde esta mañana?... ¿En qué está Ud. pensando?...
- TOLOSA. (Con timidez.) ¿Qué quiere Ud.?... ¡No me he atrevido!... Como que D. Cesareo quiere absolutamente para yerno á un amigo suyo, y yo...
- CECILIA. ¿Dónde podrá encontrar otro mejor que ¿Ud?... ¿que sea más adicto, más leal?...
- CESÁREO. (Tendiéndole la mano.) ¡Es verdad! (Aparte.) ¡Me ha salvado la vida!...
- TOLOSA. ¡Gracias á Dios!... ¡Esta vez está Ud. en lo cierto, mi señor papá político)...
- CECILIA. (Besando á Blanca.) ¡Sé feliz, hija mía!...
- BLANCA. (Bajo.) ¿Crees tú ahora que es posible serlo?...
- CECILIA. ¡Estoy segura de que lo serás!...
- CESÁREO. ¡Bueno! ¿Y para mí, qué?... ¡Después que caso á mi hija... que mato á un animal dañino... que me libro de otros tan zorros y más dañinos que aquel... nada!... ¡ni un abrazo siquiera!... ¿No se me quiere ya en esta casa?...
- CECILIA. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Con toda el alma!...
- TOLOSA. (A Cesáreo.) Ahora verá Ud. claro que tenía razón mi fábula, cuando decía: que no todos nuestros íntimos son nuestros amigos. (Cae el telón.)

FIN.

